



Ferdinand von Schirach

Crímenes

La realidad de la que podemos hablar
jamás es la realidad en sí.
WERNER K. HEISENBERG

Prólogo

Jim Jarmusch dijo una vez que prefería hacer una película sobre un hombre que sale a pasear con su perro que sobre el emperador de China. A mí me pasa lo mismo. Escribo sobre procedimientos penales, en los que he actuado como abogado defensor en más de setecientas ocasiones, pero en realidad hablo del ser humano, de sus fracasos, de su culpa y su grandeza.

Uno de mis tíos era juez presidente de un tribunal de jurado. Esta clase de tribunales son los encargados de juzgar delitos contra la vida: homicidios y asesinatos. Nos contaba casos que nosotros, de niños, éramos capaces de comprender. Siempre empezaban con la misma frase: «La mayoría de las cosas son complicadas, y la culpabilidad es siempre un asunto peliagudo».

Tenía razón. Perseguimos las cosas, pero son más rápidas que nosotros y nunca logramos darles alcance. Yo cuento las historias de asesinos, traficantes de drogas, atracadores de bancos y prostitutas. Todos tienen su historia y no son muy distintos de nosotros. Nos pasamos la vida danzando sobre una fina capa de hielo; debajo hace frío, y nos espera una muerte rápida. El hielo no soporta el peso de algunas personas, que se hunden. Ése es el momento que me interesa. Si tenemos suerte, no ocurre nada y seguimos danzando. Si tenemos suerte.

Mi tío el juez sirvió durante la guerra en la marina, y una granada le cercenó el brazo izquierdo y la mano derecha. Pese a ello, durante mucho tiempo no se dio por vencido. Dicen de él que fue un buen juez, humano, un hombre íntegro y con un gran sentido de la justicia. Le gustaba salir de caza y tenía un coto pequeño. Una mañana se adentró en el bosque, se llevó el doble cañón de su escopeta a la boca y apretó el gatillo con el muñón del brazo derecho. Llevaba puesto un jersey negro de cuello alto; había colgado la chaqueta en una rama. Se voló la cabeza. Muchos años después tuve la ocasión de ver las fotografías. Dejó una carta breve para su mejor amigo, en la que decía que simplemente estaba harto. La carta empezaba con estas palabras: «La mayoría de las cosas son complicadas, y la culpabilidad es siempre un asunto peliagudo». Sigo echándolo de menos. Todos los días.

Este libro trata de personas como él y de sus historias.

Fähner

Friedhelm Fähner había sido toda su vida médico de familia en Rottweil, despachaba 2800 volantes al año, tenía consulta en la Hauptstrasse, era presidente del Círculo Cultural Egipcio, miembro del Lions Club, y no había cometido un solo delito, ni siquiera una infracción. Además de su casa, poseía otras dos que tenía alquiladas, un Mercedes clase E de tres años con tapicería de piel y climatizador automático, unos 750 000 euros en acciones y obligaciones, y un seguro de vida de capital diferido. Fähner no tenía descendencia. Su único familiar vivo era su hermana, seis años menor que él, que vivía en Stuttgart con su marido y sus dos hijos. A decir verdad, no había mucho que contar de la vida de Fähner.

Hasta que ocurrió lo de Ingrid.

~ ~ ~

A los veinticuatro años, Fähner conoció a Ingrid en el sexagésimo aniversario de su padre, que también había sido médico en Rottweil.

Rottweil es una ciudad burguesa por los cuatro costados. Sin que lo haya preguntado, a cualquier forastero se le cuenta que fue fundada por la dinastía de los Hohenstaufen y que es la ciudad más antigua de Baden-Württemberg. Lo cierto es que en ella uno encuentra miradores medievales y hermosos letreros en forja originales del siglo XVI. Los Fähner siempre habían vivido en Rottweil. Formaban parte de las llamadas familias principales de la ciudad, eran médicos, jueces y farmacéuticos de renombre.

Friedhelm Fähner se parecía a John F. Kennedy cuando era joven. Risueño, la gente lo tenía por una persona sin preocupaciones, las cosas le iban bien. Sólo si uno se fijaba con atención, advertía en sus rasgos algo triste, algo viejo y oscuro, como se ve no pocas veces en esta región situada a caballo entre la Selva Negra y los montes Suabos.

Los padres de Ingrid, farmacéuticos en Rottweil, se llevaron a su hija a la fiesta de cumpleaños. Era tres años mayor que Fähner, una robusta belleza de provincias con abundante pecho. De ojos azules como el mar, pelo negro y piel blanca, Ingrid era consciente de la impresión que causaba. Su voz, singularmente estridente y metálica, no susceptible de modulación alguna, irritaba a Fähner. Sólo cuando hablaba en voz baja asomaba en sus frases una melodía.

No había terminado el instituto y trabajaba de camarera. «Es algo provisional», le dijo a Fähner. A él no le importaba. En otro terreno que a Fähner le interesaba más, ella le llevaba una gran ventaja. Hasta esa fecha, Fähner había tenido solamente dos breves encuentros sexuales con mujeres, que habían terminado por despertarle más inseguridad que otra cosa. Se enamoró de Ingrid al instante.

Dos días después de la celebración, ella lo engatusó para que lo acompañara de *picnic*. Se acostaron en un refugio e Ingrid se mostró muy aplicada. Fähner estaba tan confuso que al cabo de una semana le pidió que se casara con él. Ella aceptó sin vacilar: Fähner era lo que se considera un buen partido, estudiaba Medicina en Múnich, era atractivo y cariñoso, y le quedaba poco para el primer examen de estado. Sin embargo, lo que más la atraía de él era su seriedad. Ella era incapaz de formularlo así, pero le dijo a una amiga que Fähner jamás la dejaría plantada. Cuatro meses más tarde, ya vivía con él.

El viaje de novios fue a El Cairo, por deseo de él. Luego, cuando la gente le

preguntaba por Egipto, les decía que era un lugar «ingrávido», aun cuando sabía que nadie iba a entenderlo. Allí era el joven Parsifal, el bobo puro, y se sentía feliz. Fue la última vez en su vida.

La noche antes del regreso yacían en la habitación del hotel. Las ventanas estaban abiertas, todavía hacía demasiado calor, el aire se estancaba en la pequeña habitación. Era un hotel barato, olía a fruta podrida y oían el ruido de la calle.

A pesar del calor sofocante, habían hecho el amor. Fähner estaba tumbado boca arriba y seguía las rotaciones del ventilador de techo; Ingrid fumaba un cigarrillo. Ella se volvió de costado, apoyó la cabeza en una mano y lo observó. Él sonrió. Permanecieron callados un buen rato.

Luego ella se puso a hablar. Habló de los hombres que habían precedido a Fähner, de desengaños y deslices, pero sobre todo habló del teniente francés que la había dejado embarazada y del aborto que por poco le cuesta la vida. Lloraba. Él se asustó y la abrazó. Sintió en su pecho los latidos de ella, estaba desconcertado. Se me ha confiado, debo velar por ella, pensó.

—Tienes que jurarme que vas a cuidar de mí. No puedes abandonarme nunca. —A Ingrid le temblaba la voz.

Fähner estaba conmovido, quiso tranquilizarla, le dijo que ya lo había jurado en la iglesia el día de la boda, que era feliz a su lado, que su intención era...

Ella lo interrumpió de mala manera, levantó la voz, que tenía ahora el timbre metálico y falto de colorido.

—¡Que me lo jures!

Y de pronto lo comprendió. Aquello no era una conversación entre amantes; el ventilador, El Cairo, las pirámides, el calor sofocante de la habitación del hotel, todos los tópicos se esfumaron de golpe. La apartó un poco de sí para poder mirarla a los ojos. Entonces lo dijo. Lo dijo lentamente, y era consciente de lo que estaba diciendo.

—Lo juro.

Volvió a acercarla hacia sí y la besó en la cara. Hicieron de nuevo el amor. Esta vez fue distinto. Ella se colocó encima de él e hizo cuanto quiso. Estaban serios, desconocidos y solos. Cuando ella se corrió, le dio una bofetada. Al cabo de un buen rato, él seguía despierto en la cama y miraba fijamente el techo. Se había producido un apagón, el ventilador había dejado de moverse.

~ ~ ~

Como era de esperar, Fähner superó el examen con sobresaliente, hizo el doctorado y obtuvo su primer empleo en el Hospital Comarcal de Rottweil. Encontraron un piso: tres habitaciones, baño y vistas a las lindes del bosque.

Cuando empaquetaron los enseres que había en la casa de Múnich, ella tiró la colección de discos de Fähner. Él no se dio cuenta hasta que se instalaron en el nuevo piso. Ingrid dijo que no podía soportar aquellos discos, que él los había escuchado con otras mujeres. Fähner se puso furioso. Durante dos días apenas se hablaron.

A Fähner le gustaba la naturaleza diáfana del estilo Bauhaus, pero ella amuebló la vivienda con roble y pino, puso cortinas en las ventanas y compró ropa de cama de colores. Fähner transigió incluso con los posavasos de ganchillo y la vajilla de estaño; no quería cortarles las alas.

Unas semanas más tarde, Ingrid le dijo que le molestaba la manera en que cogía los cubiertos. En un primer momento él se rió y se dijo que era una infantil. Ella repitió el

reproche al día siguiente y en los días sucesivos. Y como ella se lo tomaba tan a pecho, él terminó por coger el cuchillo de otra manera.

Ingrid se quejaba de que él nunca bajaba la basura. Él, por su parte, trataba de convencerse de que eso no eran más que las dificultades iniciales. Poco después, ella le echó en cara que volviera tan tarde a casa, que a ver si coqueteaba con otras mujeres.

Los reproches no cesaban, pronto empezó a oírlos a diario. Que si era desordenado, que si se manchaba las camisas, que si arrugaba el periódico, que si olía mal, que si sólo pensaba en sí mismo, que si no decía más que disparates, que si la engañaba. Föhner a duras penas se defendía.

Pasados unos años comenzaron los insultos. Al principio eran contenidos, luego cada vez más desaforados. Que si era un cerdo, que si la torturaba, que si era un imbécil. Después llegaron la escatología y los gritos. Él se dio por vencido. Por las noches se levantaba y leía novelas de ciencia ficción. Como en sus años en la universidad, salía a correr todos los días una hora. Hacía ya mucho tiempo que no se acostaban. Él recibía proposiciones de otras mujeres, pero no tenía aventuras. A los treinta y cinco se hizo cargo de la consulta de su padre, a los cuarenta ya peinaba canas. Föhner se notaba cansado.

~ ~ ~

Cuando Föhner contaba cuarenta y ocho años, murió su padre; cuando tenía cincuenta, su madre. Con la herencia compró una casa de paredes entramadas en las afueras de la ciudad. La finca incluía un pequeño parque, plantas vivaces abandonadas, cuarenta manzanos, doce castaños y un estanque. El jardín fue la salvación de Föhner. Encargó libros, se suscribió a revistas especializadas y leyó todo cuanto podía leerse sobre plantas vivaces, estanques y árboles. Compró las mejores herramientas, se aficionó a las técnicas de riego y lo aprendió todo con esa minuciosidad y ese aire metódico que lo caracterizaban. Floreció el jardín, y las plantas vivaces llegaron a ser tan conocidas en los alrededores que Föhner se encontraba a extraños haciendo fotos entre los manzanos.

Entre semana pasaba mucho tiempo en la consulta. Como médico, Föhner era concienzudo y compasivo. Sus pacientes lo apreciaban, sus diagnósticos tenían en Rottweil rango de norma. Salía de casa antes de que Ingrid se despertara y nunca regresaba antes de las nueve. Las cenas llenas de reproches las sufría en silencio. Una frase tras otra, la voz metálica de Ingrid enhebraba una sucesión de ataques sin la menor modulación. Se había convertido en una persona obesa; con los años, su piel blanca se había teñido de rosa. Su grueso cuello había dejado de ser robusto, en la garganta se le había formado un colgajo que temblaba al compás de sus insultos. Sufría de asma e hipertensión. Föhner, por su parte, estaba cada día más delgado. Una noche, cuando tras muchos circunloquios Föhner le propuso que tal vez podría solicitar ayuda a un neurólogo con el que tenía amistad, ella le arrojó una sartén y le gritó que era un guarro y un ingrato.

~ ~ ~

La noche anterior a su sexagésimo aniversario, Föhner estaba tumbado en la cama, despierto. Había sacado la fotografía desvaída de Egipto: Ingrid y él delante de la pirámide de Keops, al fondo unos camellos, beduinos para solaz de los turistas y arena. Después de que ella hubiera tirado los álbumes de la boda y el viaje de novios, él había recogido la foto del cubo de la basura. Desde entonces la guardaba a buen recaudo en el fondo de su armario.

Esa noche Föhner comprendió que seguiría siendo, hasta el fin de sus días, un

prisionero. Lo había prometido en El Cairo. Era precisamente ahora, en los malos tiempos, cuando debía cumplir su promesa; no había promesas sólo para los buenos tiempos. La fotografía se nubló ante sus ojos. Se desvistió y se colocó desnudo frente al espejo del baño. Se miró largo rato. Al cabo, se sentó en el borde de la bañera. Por vez primera desde que era adulto, lloraba.

~ ~ ~

Fähner estaba trabajando en su jardín. Tenía por entonces setenta y dos años, hacía cuatro que había vendido la consulta. Como todos los días, se había levantado a las seis. Había salido de la habitación de invitados con sigilo (hacía años que se había instalado allí). Ingrid aún dormía. Era un día radiante de septiembre. La niebla de la mañana se había disipado, el aire era sereno y frío. Con la escarda, Fähner arrancaba las malas hierbas que había entre las plantas vivaces que florecían en otoño. Era una labor fatigosa y monótona. Fähner estaba satisfecho. Esperaba ansioso el momento del café, que como siempre tomaría en su pausa de las nueve y media. Reparó en la espuela de caballero que había plantado en primavera. Iba a florecer por tercera vez a finales de otoño.

Cuando menos lo esperaba, Ingrid abrió de golpe la puerta de la terraza y se puso a dar gritos; le dijo que había vuelto a olvidarse de cerrar la puerta de la habitación de invitados, que no era más que un idiota. Se le escapó un gallo. Metal bruñido.

Posteriormente, Fähner sería incapaz de describir con precisión qué le pasó por la cabeza en ese instante. Afirmó que algo en lo más hondo de su ser empezó a emitir una luz intensa y cegadora. Que con esa luz todo resultaba extremadamente claro. Que lo deslumbraba.

Le pidió a Ingrid que bajara al sótano, y él lo hizo por la escalera exterior. Ingrid entró resollando en la habitación del sótano donde él guardaba las herramientas de jardinería. Estaban colgadas en la pared, ordenadas por tamaño o función, o bien metidas, limpias, en cubos de hojalata y plástico. Eran herramientas bonitas que había ido reuniendo a lo largo de los años. Ingrid casi nunca bajaba al sótano. Cuando ella abrió la puerta, Fähner cogió el hacha de la pared sin pronunciar palabra. Era de fabricación sueca, hecha a mano, estaba engrasada y sin una mota de óxido. Ingrid se quedó muda. Él todavía llevaba puestos los gruesos guantes de jardinero. Ella no apartaba los ojos del hacha. No retrocedió. Ya el primer hachazo, que le seccionó la bóveda craneal, resultó mortal. El hacha penetró junto con esquirlas de hueso hasta el cerebro, el filo le partió la cara en dos. Antes de caer al suelo ya estaba muerta. A Fähner le costó trabajo sacar el hacha del cráneo, tuvo que apoyar el pie en el cuello de ella. Con dos fuertes hachazos separó la cabeza del tronco. El forense consignaría otros diecisiete hachazos, los que Fähner necesitó para cortar brazos y piernas.

Fähner respiraba con dificultad. Se sentó en el pequeño taburete de madera que normalmente sólo utilizaba para plantar. Las patas estaban inmersas en un charco de sangre. Le entró hambre. En algún momento se levantó, se desnudó junto al cadáver y, en el lavabo del sótano, se lavó y se quitó la sangre que tenía en el pelo y la cara. Cerró el sótano con llave y subió a la vivienda por la escalera interior. Una vez arriba, se vistió de nuevo, llamó a la policía, indicó su nombre y dirección, y dijo literalmente:

—He cortado a Ingrid en pedazos. Vengan de inmediato.

La llamada quedó grabada. Fähner colgó sin esperar siquiera una respuesta. Por la voz no parecía alterado.

Pocos minutos después, la policía se presentó con la sirena y las luces apagadas.

Uno de los agentes llevaba veintinueve años en el cuerpo de policía, todos los miembros de su familia habían sido pacientes de Fährner. Éste, que aguardaba de pie ante la puerta del jardín, le dio las llaves. Le dijo que Ingrid estaba en el sótano. El policía sabía que era mejor no hacer preguntas: Fährner vestía un traje, pero no llevaba zapatos ni calcetines. Estaba muy tranquilo.

~ ~ ~

El juicio duró cuatro días. El presidente del tribunal de jurado escabinado era un hombre con experiencia. Conocía a Fährner, sobre el cual tenía que dictar una sentencia. Y conocía a Ingrid. Por si no la hubiera conocido lo suficiente, los testigos le dieron referencias. Todos compadecieron a Fährner, todos testificaron a su favor. El cartero afirmó que siempre había tenido a Fährner por «un santo», que le parecía «un milagro» que hubiera «aguantado tanto». El psiquiatra certificó que Fährner padecía un «trastorno emocional», pero no lo declaró exento de responsabilidad criminal.

El fiscal solicitó ocho años. Se tomó su tiempo, hizo una reconstrucción verbal de los hechos y se paseó entre los charcos de sangre que había en el sótano. Luego añadió que Fährner tenía otras alternativas, que bien podría haberse divorciado.

El fiscal estaba equivocado; si había algo que Fährner no podía hacer era separarse. La última reforma de la ley de enjuiciamiento criminal ha suprimido la obligación de prestar juramento antes de declarar en un proceso penal. Hace ya mucho que no creemos en eso. Cuando un testigo miente, miente: ningún juez cree seriamente que eso cambiaría con la prestación de juramento. Parece que al hombre moderno el juramento le da igual. Pero —y este «pero» encierra todo un mundo— Fährner no era un hombre moderno. Su promesa era solemne, iba en serio. Lo había tenido atado de pies y manos toda su vida, más aún: lo había hecho prisionero. Fährner no podía liberarse, hubiera sido traición. La erupción de violencia fue el estallido del recipiente a presión en el que estuvo encerrado toda su vida en virtud de su juramento.

La hermana de Fährner, que fue quien me pidió que asumiera la defensa de su hermano, se hallaba entre el público asistente. Lloraba. La antigua enfermera de la consulta de su hermano la cogía de la mano. En la cárcel, Fährner había adelgazado aún más. Estaba sentado, impasible, en el banco de los acusados, que era de madera oscura.

En la causa no había nada que defender. Era un problema de filosofía del derecho: ¿cuál es el sentido del castigo? ¿Por qué castigamos? En mi alegación traté de dar con el motivo. Existen muchas teorías. Que el castigo nos disuade, que el castigo está ahí para protegernos, que el castigo sirve para impedir que un delincuente reincida en el delito, que el castigo compensa la injusticia cometida. Nuestra ley recoge todas estas teorías, pero ninguna se ajustaba al caso que nos ocupa. Fährner no volvería a matar. La injusticia del crimen era manifiesta, pero resultaba difícil ponerlo en una balanza. ¿Y quién iba a querer vengarse? Fue un alegato largo. Conté su historia. Quería que entendieran que Fährner había llegado al final. Hablé hasta que creí haber calado hondo en el ánimo del tribunal. Cuando uno de los escabinos asintió con la cabeza, volví a ocupar mi asiento.

Fährner tenía la última palabra. Al final de un juicio, el tribunal escucha al acusado; los jueces deben tomar en cuenta sus palabras en la deliberación. Hizo una reverencia, una mano posada sobre la otra. No fue necesario que se aprendiera las frases de memoria, era el resumen de su vida:

—Quise a mi mujer, y acabé matándola. Sigo queriéndola, se lo prometí, y sigue siendo mi mujer. Lo será hasta el día que yo muera. He quebrantado mi promesa. Debo

cargar con la culpa mientras viva.

Fähner se sentó, enmudeció y volvió a clavar la mirada en el suelo. En la sala reinaba el silencio, daba la impresión de que incluso el propio presidente de la sala estaba compungido. Al cabo anunció que el tribunal se retiraba a deliberar, el veredicto se daría a conocer al día siguiente.

Esa misma tarde volví a visitar a Fähner en la prisión. Ya no había mucho que decir. Llevaba consigo un sobre arrugado del que sacó la fotografía del viaje de novios. Acarició con el pulgar el rostro de Ingrid. Hacía mucho tiempo que la capa de barniz se había desprendido de la foto, la cara de Ingrid estaba casi blanca.

Fähner fue condenado a tres años, la orden de detención fue revocada y anuladas las medidas de prisión provisional; se ordenó su excarcelación. Podría cumplir condena en régimen abierto. Régimen abierto significa que el reo debe pernoctar en la institución penitenciaria pero puede salir en libertad durante el día. La condición es que ejerza un trabajo. No es fácil encontrar un nuevo empleo para alguien de setenta y dos años. Al final, su hermana dio con la solución: Fähner solicitó una licencia profesional para vender fruta. Vendía las manzanas de su jardín.

Cuatro meses después me llegó al bufete una caja con diez manzanas rojas. El sobre adjunto contenía una sola hoja: «Este año las manzanas son buenas. Fähner».

El cuenco de té de Tanata

Estaban en una de esas fiestas de estudiantes abiertas al público que se celebraban en Berlín, en las que siempre había alguna que otra chica a la que le iban los chicos de barrios como Kreuzberg o Neukölln por el mero hecho de que eran diferentes. Quizá lo que las atraía era dar con su lado vulnerable. Parecía que también esa vez a Samir le había sonreído la suerte: la chica tenía los ojos azules y reía sin parar.

De pronto apareció el novio, que le dijo a Samir que o se largaba o lo dirimían en la calle. Samir no sabía qué significaba «dirimir», pero sí entendió que se trataba de una agresión. Los invitaron a salir fuera. Un estudiante ya mayor le dijo a Samir que el otro era boxeador aficionado y campeón de la universidad.

—Me importa una mierda —repuso Samir.

Acababa de cumplir los diecisiete, pero tenía a sus espaldas más de ciento cincuenta peleas callejeras y había muy pocas cosas que le dieran miedo (las reyertas no se contaban entre ellas).

El boxeador era musculoso, le sacaba una cabeza y era mucho más ancho de espaldas. Y exhibía una sonrisa bobalicona. Alrededor de ambos se hizo un corro, y mientras el boxeador se quitaba la chaqueta, Samir le dio con toda la puntera en los testículos; los zapatos tenían refuerzo de acero. El boxeador gargajeó y se dobló retorciéndose de dolor. Samir lo agarró por los pelos y tiró de la cabeza hacia abajo al mismo tiempo que le propinaba un rodillazo en la cara. Pese a que en la calle había bastante alboroto, se oyó cómo la mandíbula del boxeador se partía en dos. Sangraba tendido sobre el asfalto, una mano en el regazo, la otra en la cara. Samir retrocedió dos pasos para coger carrerilla y le rompió dos costillas de una patada.

Samir creía que había jugado limpio. No le había pateado la cara y, lo más importante, no había sacado la navaja. Había sido coser y cantar, apenas se había sofocado. Estaba enfadado porque la rubia no iba a marcharse con él, sino que lloraba a moco tendido y se preocupaba por el tipo tendido en el suelo.

—Putilla de mierda —dijo, y se marchó a casa.

El juez de menores condenó a Samir a dos semanas de arresto y a asistir a un seminario contra la violencia. Samir estaba furioso. Trató de explicar a los asistentes sociales del correccional que la condena era un error. Que había empezado el boxeador, sólo que él había sido más rápido. Que eso no era ningún juego, que uno puede jugar al fútbol, pero que al boxeo no se juega. Que el juez no había entendido las reglas.

Transcurridas las dos semanas, Özcan fue a recoger a Samir al centro penitenciario. Özcan era el mejor amigo de Samir. Tenía dieciocho años, era un muchacho alto y lento, de cara fofa. A los doce ya se había echado novia y filmaba con el móvil todo lo que hacía con ella. Eso le había garantizado su condición de líder por siempre jamás. Özcan tenía un pene descomunal, y en los urinarios se colocaba de tal modo que los demás pudieran verlo. Quería irse a Nueva York a toda costa. Nunca había estado allí, no hablaba inglés, pero estaba obsesionado con la ciudad. Nunca se lo veía sin su gorra azul marino con las iniciales «N. Y.». Su idea era montar un club nocturno con restaurante y gogós en Manhattan. O algo similar. Era incapaz de razonar por qué debía ser precisamente en Nueva York, pero tampoco le daba muchas vueltas. Su padre había trabajado toda la vida en una fábrica de bombillas; había emigrado de Turquía con una maleta por todo equipaje. Había

depositado en su hijo todas las esperanzas. No entendía lo de Nueva York.

Özcan le dijo a Samir que había conocido a alguien que tenía un plan. Que ese alguien se llamaba Manólis, que el plan en cuestión era bueno, pero que el tal Manólis «no estaba muy bien de la cabeza».

Manólis era de origen griego, su familia regentaba una cadena de restaurantes y cibercafés en Kreuzberg y Neukölln. Había superado la selectividad y empezado la carrera de Historia mientras hacía sus pinitos en el tráfico de drogas. Un par de años atrás algo se había torcido. El maletín, en lugar de cocaína, sólo contenía papel y arena. El comprador disparó a Manólis cuando éste trataba de huir en coche con el dinero. El comprador no era un buen tirador, de las nueve balas sólo una dio en el blanco. Le penetró por la región occipital y allí se quedó. Manólis tenía todavía el proyectil en la cabeza cuando se estrelló contra un coche patrulla. No fue hasta que llegó al hospital cuando los médicos descubrieron la bala, y desde entonces Manólis tenía un problema. Después de la operación anunció a su familia que en adelante sería finlandés, celebraba todos los años el 6 de diciembre la fiesta nacional finlandesa y se esforzaba en vano por aprender el idioma. Por añadidura, sufría constantes lagunas, y tal vez fuera por eso por lo que su plan no era en realidad un plan en toda regla.

Sin embargo, Samir sí creyó que era una especie de plan: la hermana de Manólis tenía una amiga que trabajaba de asistenta en una mansión del barrio de Dahlem. Necesitaba dinero urgentemente, así que le propuso a Manólis entrar a robar en la casa a cambio de una pequeña parte del botín. Conocía el código del dispositivo de alarma y el de la cerradura electrónica, sabía dónde estaba la caja fuerte y, lo más importante, que en breve el propietario iba a ausentarse de Berlín durante cuatro días. Samir y Özcan enseguida se mostraron de acuerdo.

La noche antes de autos, Samir durmió mal; soñó con Manólis y Finlandia. Cuando despertó eran ya las dos de la tarde. Dijo «puto juez» y arrancó a su novia de la cama. A las cuatro tenía que estar en el seminario contra la violencia.

~ ~ ~

Özcan fue a recoger a los otros sobre las dos de la madrugada. Manólis se había quedado dormido, y Samir y Özcan tuvieron que esperar veinte minutos delante de la puerta. Hacía frío, los cristales se habían empañado; se perdieron, se gritaron unos a otros. Poco antes de las tres llegaron a Dahlem. Se pusieron los pasamontañas de lana negros en el coche; les iban grandes, se les caían y les raspaban en la cara. Sudaban. Özcan tenía una pelotilla de lana en la boca, la escupió sobre el tablero de mandos. Se enfundaron unos guantes de látex y tomaron el camino de grava hasta la puerta de la mansión.

Manólis introdujo el código en el teclado de la cerradura. La puerta se abrió con un clic. El dispositivo de alarma se hallaba en la entrada. Después de que Manólis tecleara allí también una combinación de números, las lucecitas cambiaron de color y pasaron de rojo a verde. Özcan no pudo contener la risa. «Özcans Eleven», dijo en voz alta; le encantaban las películas. Se disipó la tensión. Nunca había sido tan fácil. La puerta de la entrada se cerró; estaban a oscuras.

No encontraban el interruptor. Samir tropezó con un escalón, se dio contra un perchero y se abrió la ceja izquierda. Özcan trastabilló con los pies de Samir y, al caer, se apoyó en la espalda de su compañero. Samir se lamentó bajo el peso de su amigo. Manólis se mantenía en pie; se había olvidado la linterna.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Samir se limpió la sangre de la cara.

Finalmente, Manólis dio con el interruptor. La casa estaba decorada al estilo japonés (Samir y Özcan estaban convencidos de que nadie podía vivir así). Les bastaron unos pocos minutos para localizar la caja fuerte, la descripción que les habían facilitado era buena. La arrancaron de la pared valiéndose de unas palanquetas y la llevaron al coche. Manólis quería volver a entrar, había descubierto la cocina y tenía hambre. Lo discutieron un rato, hasta que Samir decidió que era demasiado peligroso; le dijo que ya pararían de camino en algún quiosco. Manólis refunfuñó.

Trataron de abrir la caja fuerte en un sótano de Neukölln. Tenían experiencia con cajas de caudales, pero ésta se les resistía. Özcan tuvo que pedir prestado a su cuñado el taladro de alta potencia. Cuando, cuatro horas después, la abrieron, supieron que había merecido la pena. Hallaron 120 000 euros en metálico y seis relojes en un cofrecillo. También había una pequeña caja de madera negra lacada. Samir la abrió. Estaba forrada de seda roja y contenía un cuenco antiguo. Özcan lo encontró horrible y quería tirarlo, Samir pretendía regalárselo a su hermana, y a Manólis le daba todo igual: seguía teniendo hambre. Al final se pusieron de acuerdo y decidieron vendérselo a Mike. Mike era dueño de un negocio modesto con un gran rótulo; se hacía llamar anticuario, pero lo cierto es que sólo poseía una camioneta y se dedicaba a vaciar pisos y vender trastos. Les pagó treinta euros por el cuenco.

Cuando salieron del sótano, Samir le dio a Özcan una palmadita en el hombro, repitió lo de «Özcans Eleven», y todos se echaron a reír. La hermana de Manólis iba a recibir 3000 euros para su amiga. Cada uno de ellos se había embolsado casi 40 000 euros, Samir se encargaría de vender los relojes a un perista. Había sido un buen golpe, un robo sencillo, no habría problemas.

Se equivocaban.

~ ~ ~

De pie en su dormitorio, Hiroshi Tanata contemplaba el boquete en la pared. Tenía setenta y seis años. Su familia influía en los destinos de Japón desde hacía siglos, contaba con intereses en compañías de seguros, en la banca y en la industria pesada. Tanata no gritó, no hizo ningún gesto, se limitó a mirar absorto el agujero. Sin embargo, el secretario, que llevaba treinta años a su servicio, le comentó por la noche a su mujer que jamás había visto a Tanata tan enfurecido.

Ese día el secretario tuvo mucho trabajo. La policía estaba en la casa y hacía preguntas. Sospechaban de los empleados del hogar —al fin y al cabo, la alarma había sido desactivada y habían abierto la puerta sin forzarla—, pero las sospechas no se concretaron en nada. Tanata defendía a sus empleados. El registro del escenario de los hechos no arrojó ninguna pista, los técnicos de la oficina de investigación criminal no encontraron huellas dactilares, y el hallazgo de restos de ADN quedaba descartado: la asistente había limpiado a fondo antes de que nadie llamara a la policía. El secretario conocía bien a su jefe y respondió a las preguntas de los agentes con evasivas y monosílabos.

Lo más urgente era informar a la prensa y a los grandes coleccionistas: si a alguien le ofrecían el cuenco de té de Tanata, la familia, que poseía el objeto desde hacía más de cuatrocientos años, lo recompraría al máximo precio. En ese caso, Tanata solamente pediría conocer el nombre del vendedor.

~ ~ ~

El salón de peluquería de la Yorckstrasse se llamaba como su dueño: Pocol. En el

escaparate había dos carteles publicitarios de los años ochenta, descoloridos, de la marca Wella: una belleza rubia con un jersey a rayas y excesiva cabellera, y un hombre de mentón largo y bigote. Pocol había heredado el negocio de su padre. Cuando era joven, él mismo había cortado el pelo a los clientes, había aprendido el oficio en casa. Ahora regentaba varios salones recreativos, un par legales y muchos ilegales. Conservaba la peluquería, se pasaba el día sentado en uno de los dos cómodos sillones, tomando té y haciendo sus negocios. Con los años se había vuelto obeso, le encantaban los dulces turcos. Tres edificios más allá, su cuñado regentaba una pastelería y hacía los mejores *balli elmalar* de la ciudad, rodajas de manzana con miel que se fríen en grasa muy caliente.

Pocol era un hombre bruto y colérico, y sabía que ése era su principal activo. Todo el mundo había oído alguna vez la historia del dueño de un restaurante que le había dicho a Pocol que tenía que pagar lo que comiera. De eso hacía quince años. Pocol no conocía al dueño del restaurante, ni el dueño conocía a Pocol. Después de arrojar el plato contra la pared, Pocol había ido al maletero de su coche y regresado con un bate de béisbol. El dueño del restaurante perdió la visión del ojo derecho, el bazo y el riñón izquierdo, y pasó el resto de su vida en una silla de ruedas. Pocol fue condenado a ocho años de reclusión por intento de homicidio. El día del fallo, el dueño del restaurante se cayó con la silla de ruedas por las escaleras del metro; se desnucó. Desde que salió en libertad, Pocol no tuvo que pagar ni una sola comida más.

Pocol supo del robo por el periódico. Tras realizar una docena de llamadas a parientes, amigos, peristas y demás socios, averiguó quién había entrado en casa de Tanata. Mandó a uno de sus esbirros, un joven prometedor que se lo hacía todo. El esbirro fue a ver a Samir y Özcan y les dio un recado: Pocol quería hablar con ellos. Inmediatamente.

Se presentaron poco después en el salón de peluquería (a Pocol no se lo hacía esperar). Les ofreció té y dulces, reinaba el buen humor. De pronto, Pocol se puso a gritar, agarró a Samir de los pelos, lo arrastró por todo el salón y, en una de las esquinas, lo pateó hasta dejarlo planchado. Samir no se defendió y, entre patada y patada, le ofreció el treinta por ciento. Pocol gruñó, asintió con la cabeza, dejó a Samir y, con una tabla que tenía en el salón para estos casos, golpeó a Özcan en la frente. Luego se calmó, se sentó de nuevo en el sillón y llamó a su novia, que estaba en la habitación contigua.

Hasta hacía pocos meses, la novia de Pocol había trabajado de modelo, y había conseguido ser la chica *Playboy* de septiembre. Soñaba con pasarelas o con una carrera en un canal musical de televisión, hasta que Pocol la descubrió, propinó una paliza al que hasta entonces era su novio y se erigió en su representante. Pocol llamaba a eso «coger flores». Le pagó un aumento de pecho y un relleno de labios. Al principio, ella creía en sus planes y Pocol se dejaba la piel para colocarla en una agencia. Cuando le resultó demasiado fatigoso, llegaron las actuaciones en discotecas, luego en clubes de *striptease*, y finalmente en películas porno que en Alemania no podían adquirirse legalmente. Llegó un día en que Pocol le dio el primer chute de heroína, y ahora dependía de él y lo amaba. Pocol había dejado de acostarse con ella cuando sus amigos, los de él, la utilizaron de orinal en una película. Si seguía a su lado era sólo porque tenía la intención de venderla a Beirut —la trata de blancas funcionaba también en esa dirección—; después de todo, debía recuperar el dinero invertido en las operaciones de cirugía estética.

La novia de Pocol aplicó una venda en la herida abierta de Özcan; Pocol bromeaba y le decía que parecía un indio, «Ya sabes, como un piel roja». Volvió a ofrecerles té recién hecho y dulces. Luego mandó salir a su novia y pudieron proseguir con las negociaciones. Acordaron un cincuenta por ciento; los relojes y el cuenco de té se los quedaría Pocol.

Samir y Özcan admitieron su error; Pocol insistió en que no era nada personal y, a la hora de despedirse, abrazó a Samir y lo besó cariñosamente.

Poco después de que estos dos se marcharan de la peluquería, Pocol llamó a Wagner. Wagner era un estafador y un impostor. Medía un metro sesenta, la piel se le había vuelto amarillenta de tantos años de tomar rayos UVA, llevaba el pelo teñido de castaño y en las raíces le crecían un par de centímetros de color gris. La de Wagner era el estereotipo de casa de los ochenta. Contaba con dos plantas; el dormitorio, con armarios de luna, alfombras de Flokati y una cama enorme, estaba en la de arriba. El salón, en la planta de abajo, era un paisaje de sofás de piel blancos, suelos de mármol blanco, paredes esmaltadas en blanco y mesillas con forma de diamante. A Wagner le encantaba todo lo que brillara; tenía incrustadas piedras de cristal hasta en la tapa del teléfono móvil.

Años atrás se había declarado insolvente, había repartido sus bienes entre los familiares y, como la justicia en estos casos es lenta, se las arregló para seguir contrayendo deudas. A decir verdad, Wagner no tenía ya nada de su propiedad; la casa era de su ex mujer, hacía meses que no podía pagar el seguro médico, y la factura del salón de belleza por el maquillaje permanente de su novia seguía pendiente de pago. El dinero fácil que había ganado en otros tiempos lo había gastado en coches y fiestas de champán y cocaína en Ibiza. Ahora, los banqueros especialistas en inversiones con los que en su día se había ido de fiesta habían desaparecido, y ya no podía permitirse unos neumáticos nuevos para el Ferrari, que tenía diez años. Wagner llevaba mucho tiempo esperando la gran oportunidad que lo cambiara todo para bien. En los cafés pedía a las camareras «uno rapidito», y una y otra vez se echaba a reír por aquel chiste antediluviano. Wagner había sufrido toda la vida su propia insignificancia.

~ ~ ~

Mientras que el impostor medio se limita a estafar, Wagner tenía además otras dotes. Se las daba de «tipo duro», de «joven berlinés de la calle» que «se lo había currado». La gente de mejor posición social le cogía confianza. Creían, cómo no, que era un hombre grosero, desagradable y que hablaba a gritos, pero, precisamente por eso, honrado y transparente. Wagner ni era un tipo duro ni un hombre honrado. Incluso a sus propios ojos, no «se lo había currado». Era inteligente sólo de una manera astuta, y como él mismo era débil, sabía reconocer las debilidades de los demás. Y así se aprovechaba de ellas aun cuando, en realidad, no obtuviera ninguna ventaja.

A veces Pocol utilizaba a Wagner. Le daba una paliza cuando se ponía gallito, cuando hacía mucho de la última vez o simplemente cuando le apetecía. Por lo demás, lo consideraba escoria. Sin embargo, le pareció que era la persona indicada para ese trabajillo. Pocol sabía por experiencia que, por cuestiones de origen e idioma, nadie fuera de su círculo se lo tomaba en serio.

Wagner recibió el encargo de ponerse en contacto con Tanata y ofrecerle el cuenco y los relojes; los términos y pormenores de la transacción debía dejarlos por concretar. Wagner aceptó. Averiguó el número de teléfono de Tanata y habló veinte minutos con su secretario, que le aseguró que la policía no iba a intervenir. Después de colgar, se alegró, acarició a los dos chihuahuas, que había bautizado *Dolce* y *Gabanna*, y se puso a pensar en cómo podía engañar un poco a Pocol.

~ ~ ~

En la actualidad, la palabra *garrotte* designa un alambre fino en cuyos extremos se

fijan unas pequeñas asas de madera. Tiene su origen en un instrumento medieval de tortura y ejecución —en España se usó para ajusticiar a algunos reos hasta 1974—, y todavía hoy goza de cierto predicamento como herramienta de asesinato. Sus componentes pueden comprarse en cualquier gran almacén de materiales para la construcción, es barato, fácil de transportar y efectivo: se ajusta el lazo al cuello de la víctima y se estrecha con fuerza por detrás; no puede gritar y muere rápidamente.

Cuatro horas después de la llamada a Tanata sonó el timbre en casa de Wagner. Éste entreabrió la puerta. La pistola que llevaba en la cintura del pantalón no lo salvó. Ya el primer golpe en la laringe lo dejó sin respiración, y cuando, tres cuartos de hora más tarde, el alambre terminó con su vida, agradeció poder morir.

A la mañana siguiente, la asistente de Wagner estaba guardando la compra en la cocina cuando vio dos dedos amputados pegados en el fregadero. Llamó a la policía. Wagner estaba tendido en la cama, los muslos aplastados por dos tornillos de banco, en la rodilla izquierda le habían ensartado dos clavos de carpintero, tres en la derecha. Tenía un lazo alrededor del cuello, la lengua colgándole de la boca. Antes de morir, se había orinado, y los agentes encargados de las pesquisas especulaban sobre qué información le habría revelado al autor del crimen.

En el salón, entre el suelo de mármol y la pared, estaban tendidos los dos perros; sus ladridos debieron de molestar al visitante, que los había aplastado con los pies. Los de la policía científica trataron de obtener de los cadáveres un perfil de las suelas, pero no fue hasta que se realizó el análisis patológico cuando se detectó un trozo de plástico en uno de los perros. Era evidente que el autor del crimen llevaba bolsas de plástico en los zapatos.

~ ~ ~

La misma noche en que murió Wagner, sobre las cinco de la madrugada, Pocol se dirigía a la peluquería cargado con dos cubos de plástico con la recaudación de sus salones recreativos. Estaba cansado, y cuando se inclinó para abrir la puerta, oyó un zumbido agudo. Le resultó familiar. Su cerebro no alcanzó a clasificarlo a tiempo, pero, una fracción de segundo antes de que la bola de acero situada en el extremo de la porra telescópica le impactara en la nuca, supo de qué se trataba.

Su novia lo encontró en el salón de peluquería cuando iba a pedirle heroína. Estaba tumbado boca abajo en uno de los dos sillones, las manos alrededor del respaldo, como si quisiera abrazarlo. Tenía las manos atadas a la parte inferior con bridas de plástico, su voluminoso cuerpo embutido entre los brazos del sillón. Estaba desnudo; del ano le sobresalía el palo roto de una escoba. El forense hizo constar en la autopsia que la fuerza con la que había sido introducida la madera había perforado asimismo la vejiga. El cuerpo presentaba en la espalda y la cabeza un total de ciento diecisiete heridas abiertas, la bola de acero de la porra había roto catorce huesos. No se pudo determinar con certeza cuál de los golpes terminó por matarlo. No habían forzado la caja fuerte de Pocol y los dos cubos con la recaudación de las máquinas estaban casi intactos en la puerta. Pocol tenía una moneda en la boca cuando murió, y le encontraron otra en el esófago.

Las investigaciones no conducían a ninguna parte. Las huellas dactilares que se hallaron en el negocio de Pocol podían atribuirse a cualquier delincuente habitual de Neukölln o Kreuzberg. La tortura con el palo de la escoba apuntaba a que los autores eran árabes, por cuanto entre ellos se considera una forma singular de humillación. Se produjeron algunas detenciones e interrogatorios en el entorno, la policía creía que se trataba de disputas territoriales, pero no tenía nada a que agarrarse. Los nombres de Pocol y

Wagner nunca habían aparecido juntos en una investigación policial; la brigada de homicidios no pudo establecer ninguna conexión entre ambos hechos. Al final no hubo más que un montón de hipótesis.

~ ~ ~

La acera de delante de la peluquería de Pocol estaba acordonada con cinta de seguridad blanca y roja; los focos alumbraban la zona. Cualquiera persona de Neukölln a la que le interesara sabía ya, mientras la policía inspeccionaba el lugar de los hechos, cómo había muerto Pocol. Y a esa hora, Samir, Özcan y Manólis temblaban de miedo. A las once de la mañana se hallaban entre la multitud congregada frente a la peluquería, con el dinero, los relojes y el cuenco de té. A cuatro calles de allí, Mike, el anticuario al que habían vendido el cuenco, se aplicaba frío en el ojo derecho. Lo habían obligado a devolvérselo y a pagarles una compensación por los gastos. El ojo a la funerala formaba parte del juego, así eran las reglas.

Manólis dijo lo que todos pensaban: habían torturado a Pocol, y si la cosa tenía que ver con el cuenco, estaba claro que los había delatado. Si alguien se había atrevido a matar a Pocol, ellos tenían pocos números para salvar el pellejo. Samir dijo que había que arreglar cuanto antes el asunto del cuenco. Los otros le dieron la razón, y al final a Özcan se le ocurrió ir a ver a un abogado.

~ ~ ~

Los tres muchachos me contaron la historia; el que habló fue Manólis, que una y otra vez se perdía en divagaciones filosóficas y tenía dificultades para concentrarse. Todo eso duró un buen rato. Luego dijeron que no estaban seguros de si Tanata sabía quién había entrado a robar en su casa. Pusieron el dinero, los relojes y la cajita lacada con el cuenco sobre la mesa de la sala de reuniones y me pidieron que hiciera llegar los objetos a su propietario. Lo anoté todo con la máxima exactitud de que fui capaz; no acepté el dinero, hubiera sido blanqueo de capitales. Hablé por teléfono con el secretario de Tanata y concerté una cita para esa misma tarde.

La casa de Tanata estaba situada en una calle tranquila de Dahlem. No había telefonillo en la puerta, una invisible barrera lumínica produjo una señal, un gong de timbre grave, como en un monasterio zen. El secretario me entregó su tarjeta de visita con ambas manos y los dedos estirados, lo cual me pareció un tanto absurdo, teniendo en cuenta que ya estaba allí. Luego caí en la cuenta de que en Japón el intercambio de tarjetas es un ritual, e hice lo mismo. El secretario era amable y serio. Me llevó a una salita de paredes ocre y suelo de madera negra. Nos sentamos a una mesa, las sillas eran duras; por lo demás, la habitación estaba vacía, no había más que un arreglo floral de ikebana en una hornacina. La luz, indirecta, era cálida y tenue.

Abrí el maletín y saqué los objetos. El secretario dejó los relojes sobre una bandeja forrada de piel dispuesta para la ocasión; la cajita cerrada con el cuenco de té ni la tocó. Le pedí que me firmara el recibo que llevaba preparado. Se excusó y salió por una puerta corredera.

Se hizo un silencio monacal.

Al cabo regresó, firmó el recibo por los relojes y el cuenco de té, se llevó la bandeja y volvió a dejarme solo. La cajita seguía sin abrir.

Tanata era un hombre bajo y de aspecto marchito. Me saludó a la manera occidental; estaba visiblemente de buen humor y me habló de su familia en Japón.

Transcurrido un rato, se acercó a la mesa, abrió la cajita y sacó el cuenco. Con una mano lo sostenía por la base mientras con la otra iba girándolo a la altura de sus ojos. Era un cuenco de *matcha*, uno de éstos en los que el té verde molido y brillante se remueve con una brocha de bambú. Era de color negro, de cerámica oscura esmaltada. Este tipo de cuencos no se fabricaban en un torno, sino que se les daba forma a mano; no había dos iguales. La escuela de alfarería más antigua firmaba la cerámica con el ideograma *rakú*. Un amigo me dijo una vez que en estos cuencos late el Japón ancestral.

Tanata volvió a depositarlo en la cajita, y dijo:

—Este cuenco lo hizo Chojiro en 1581 para nuestra familia.

Chojiro fue el fundador de la tradición *rakú*. El cuenco nos observaba fijamente desde la seda roja como un ojo negro.

—¿Sabía usted que ya hubo una guerra por culpa de este cuenco? De eso hace mucho tiempo, la guerra duró casi cinco años. Me alegro de que esta vez las cosas hayan ido más rápido.

Le dio un toque a la tapa de la cajita, que se cerró de golpe. Resonó.

Le comenté que también iban a devolverle el dinero; negó con la cabeza.

—¿Qué dinero? —preguntó.

—El de la caja fuerte.

—Si no había dinero...

En un primer momento no lo comprendí.

—Mis clientes dicen que...

—Si hubiera habido dinero —me interrumpió—, quizá habría sido no declarado.

—¿Sí?

—Y puesto que deberá usted presentar el recibo en la policía, le harán preguntas. En la denuncia no declararé que me hubiesen robado dinero.

Por último, acordamos que me encargaría de comunicar a la policía la restitución del cuenco y los relojes. Como es natural, ni Tanata preguntó por los autores del robo ni yo inquirí por Pocol y Wagner. Sólo hizo preguntas la policía. Con el fin de salvaguardar los derechos de mis clientes, apelé al deber del secreto profesional.

~ ~ ~

Samir, Özcan y Manólis salvaron el pellejo.

Samir recibió una llamada; lo requerían para que se personara con sus amigos en un café del Kurfürstendamm. El hombre que los recibió fue amable. Les mostró en la pantalla de un móvil los últimos minutos de Pocol y Wagner, se disculpó por la calidad de la grabación y los invitó a los tres a tomar un pastel. El pastel ni lo tocaron, pero al día siguiente devolvieron los 120 000 euros. Sabían que era lo adecuado en estos casos, y añadieron otros 28 000 «para gastos»; más no lograron reunir. Después de decirles que no hacía falta, el amable caballero se guardó el dinero en el bolsillo.

Manólis se retiró, se puso al frente de uno de los restaurantes de su familia, se casó y se calmó. En su restaurante cuelgan cuadros de fiordos y barcas de pescadores, y se sirve vodka finlandés; planea emigrar a Finlandia con su familia.

Özcan y Samir se pasaron al tráfico de drogas; nunca volvieron a robar nada sin saber qué era.

La asistenta de Tanata, la que había sugerido el golpe, se fue dos años más tarde de vacaciones a Antalya; hacía ya mucho que no pensaba en aquel asunto. Salió a nadar. Pese a que aquel día el mar estaba tranquilo, se golpeó la cabeza en una roca y se ahogó.

Volví a ver a Tanata en la Filarmónica de Berlín, estaba sentado cuatro filas atrás. Cuando me volví, me saludó cortésmente y sin decir palabra. Murió medio año después. Sus restos mortales fueron repatriados a Japón, y vendida la casa de Dahlem; también el secretario volvió a su país.

El cuenco es hoy el principal objeto de interés de un museo de la Fundación Tanata, con sede en Tokio.

Apéndice

Cuando Manólís conoció a Samir y a Özcan era sospechoso de traficar con drogas. Las sospechas eran infundadas, y las escuchas telefónicas ordenadas por el juez se suspendieron al poco tiempo. Sin embargo, quedó grabado el primer contacto que mantuvieron Manólís y Samir. Özcan escuchó la conversación a través de altavoz del móvil y se sumó a ella.

SAMIR: ¿Eres griego?

MANÓLIS: Soy finlandés.

SAMIR: No tienes acento finlandés.

MANÓLIS: Soy finlandés.

SAMIR: Pues por el acento pareces griego.

MANÓLIS: Ya, ¿y? A ver si sólo porque mi madre y mi padre y mis abuelas y abuelos y en realidad todos en mi familia sean griegos, voy a tener que pasarme toda la vida siendo griego. Odio los olivos y el *tzatziki* y ese baile de chiflados. Yo soy finlandés. Todo en mí es finlandés. Soy finlandés por dentro.

OZCAN a SAMIR: Tiene pinta de griego.

SAMIR a OZCAN: Déjalo que sea finlandés, si es lo que quiere.

OZCAN a SAMIR: Pero es que ni siquiera parece sueco. (Özcan conocía a un sueco del colegio).

SAMIR: ¿Por qué eres finlandés?

MANÓLIS: Por lo de los griegos.

SAMIR: ...

OZCAN: ...

MANÓLIS: Con los griegos pasa lo mismo desde hace siglos. Imaginaos que un barco naufraga.

OZCAN: ¿Por qué?

MANÓLIS: Porque se ha abierto una vía de agua o porque el capitán está borracho.

OZCAN: Pero ¿por qué se ha abierto una vía de agua?

MANÓLIS: Joder, es sólo un ejemplo.

OZCAN: Umm.

MANÓLIS: El caso es que el barco naufraga. ¿Vale?

OZCAN: Umm.

MANÓLIS: Todos se ahogan. Todos. ¿Lo entendéis? Sólo sobrevive un griego. Y entonces nada y nada y nada y al final llega a la orilla. Vomita toda el agua salada que ha tragado. Devuelve por la boca. Devuelve por la nariz. Devuelve por cada poro de su piel. Lo saca todo a gargajos, hasta que al final, hecho polvo, se duerme. El tío es el único superviviente. El resto ha muerto. Está sobando tendido en la playa. Cuando despierta, se da cuenta de que sólo él ha sobrevivido. Así que se levanta, coge al primero que pasa y lo mata a golpes. Así, sin más. Sólo cuando el que pasaba por ahí está muerto queda todo

compensado.

SAMIR: ?

OZCAN: ?

MANÓLIS: ¿Lo entendéis? Tiene que matar a otro para que el que no se ha ahogado también muera. El otro por él. Menos uno, más uno. ¿Lo pilláis?

SAMIR: No.

OZCAN: ¿Dónde dices que se abre la vía?

SAMIR: ¿Cuándo quedamos?

El violonchelo

Tackler vestía un esmoquin azul celeste y una camisa rosa. La papada le rebosaba por encima del cuello de la camisa y de la pajarita, la chaqueta se le tensaba sobre la barriga y le formaba arrugas en el pecho. Estaba entre su hija Theresa y su cuarta esposa; ambas lo superaban en altura. Con los dedos de la mano izquierda, poblados de un vello negro, sujetaba a su hija por la cadera. Se posaban allí como una bestia oscura.

La recepción le había costado mucho dinero, pero creía que había merecido la pena, pues había acudido todo el mundo: el presidente, los banqueros, personas influyentes y gente guapa, pero sobre todo el famoso crítico musical. En aquel momento no quería pensar en nada más. Era la fiesta de Theresa.

Theresa contaba por entonces veinte años, era una belleza clásica y esbelta con un rostro de simetría casi perfecta. Parecía tranquila y serena, y sólo una vena muy sutil en el cuello revelaba el pulso agitado de su corazón.

Tras un breve discurso de su padre, se acomodó en el escenario, revestido de rojo, y afinó el violonchelo. Su hermano Leonhard estaba sentado en un taburete a su lado, sería el encargado de pasar las páginas de la partitura. El contraste entre ambos hermanos no podría haber sido mayor. Theresa le sacaba una cabeza al muchacho, que había heredado la estatura y las facciones de su padre, pero no su adustez. El sudor le resbalaba por la cabeza pelirroja hasta el cuello de la camisa, cuyo borde se había teñido de un tono oscuro. Sonreía al público con aire cordial y tierno.

Los invitados, sentados en sillas minúsculas, poco a poco fueron guardando silencio. Se bajaron las luces. Y mientras yo estaba todavía indeciso y no sabía si debía abandonar el jardín y volver a la sala, ella empezó a tocar. Interpretó las tres primeras de las seis sonatas para violonchelo de Bach, y a los pocos compases me di cuenta de que jamás iba a poder olvidar a Theresa. Aquella cálida noche de verano en el gran salón de la mansión de finales del siglo XIX, cuyas altas puertas vidrieras se abrían de par en par al jardín iluminado, viví uno de esos raros momentos de dicha absoluta que sólo la música nos depara.

~ ~ ~

Tackler era la segunda generación de una familia de empresarios constructores. Tanto él como su padre eran hombres inteligentes, que sabían imponer su voluntad y habían amasado una fortuna con el negocio inmobiliario en Frankfurt. El padre había llevado toda su vida un revólver en el bolsillo derecho del pantalón y un fajo de billetes en el izquierdo. Tackler ya no tenía necesidad de ir armado.

Tres años después del nacimiento de Leonhard, la madre visitó un rascacielos que su marido acababa de construir. En el piso 18 de la obra bruta se celebraba la cobertura de aguas: la colocación del techo del edificio. Alguien había olvidado proteger la zona con una barandilla. Lo último que Tackler vio de su mujer fueron su bolso y una copa de champán que había dejado a su lado, en una mesa de pie.

En los años siguientes, los niños presenciaron el desfile de toda una retahíla de «madres». Ninguna se quedó más de tres años. Tackler vivía por todo lo alto, tenía chófer, cocinera, un ejército de asistentes y dos jardineros que se encargaban del parque. No tenía tiempo para ocuparse de la educación de sus hijos, de ahí que la única constante en la vida

de éstos fuera una enfermera ya entrada en años. La mujer había criado ya a Tackler, olía a lavanda y todo el mundo la llamaba simplemente Etta. Su principal afición eran los patos. En su apartamento de dos habitaciones, situado en la buhardilla de la casa de Tackler, tenía colgados en las paredes cinco ejemplares disecados, e incluso en la cinta del sombrero de fieltro marrón, sin el cual no salía de casa, llevaba dos plumas azules de pato macho. Los niños no le gustaban especialmente.

Etta siempre había estado allí, hacía ya mucho que era una más de la familia. Tackler consideraba que la infancia era una pérdida de tiempo, apenas recordaba algo de la suya. Confiaba en Etta porque coincidían en cuáles debían ser los principios de la educación. Los niños tenían que crecer disciplinados y, como decía Tackler, «sin presunción». A veces era necesaria mano dura.

Theresa y Leonhard debían ganarse por su cuenta el dinero para los gastos personales. En verano recogían dientes de león en el jardín y recibían medio céntimo por cada planta («pero sólo si tienen raíz; de lo contrario, no hay nada», les advertía Etta). Etta contaba cada una de las plantas con la misma minuciosidad que las monedas. En invierno debían retirar la nieve con la pala; Etta les pagaba por metros.

Cuando tenía nueve años, Leonhard se escapó de casa. Se encaramó a un abeto del parque y esperó a que fueran a buscarlo. Imaginaba que primero Etta y después su padre se desesperarían y lamentarían su fuga, pero nadie se desesperó. Antes de cenar, Etta gritó que, si no acudía inmediatamente, se iría a la cama sin cenar y con el culo caliente. Leonhard se dio por vencido; tenía la ropa manchada de resina y se ganó una bofetada.

En Navidad, Tackler regalaba a sus hijos jabón y jerséis. En una ocasión, un compañero de negocios que aquel año había ganado mucho dinero con Tackler mandó una escopeta de juguete para Leonhard y una cocinita para Theresa. Etta se encargó de llevar los juguetes al sótano.

—No necesitan nada de eso —dijo, y Tackler, que no había prestado atención, asintió.

Etta juzgaba que la educación habría llegado a su término cuando ambos hermanos fueran capaces de comportarse a la mesa, expresarse en un alemán correcto y estarse por lo demás quietecitos. Le dijo a Tackler que iban a acabar mal, que eran demasiado blandos, no verdaderos Tackler como lo era él y lo había sido su padre. Aquella frase se le quedó grabada.

A Etta le diagnosticaron Alzheimer, poco a poco fue experimentando una regresión y se volvió más humana. Legó sus pájaros a un museo local, que no supo qué hacer con ellos y ordenó su destrucción. A su entierro sólo acudieron Tackler y sus dos hijos. A la vuelta, Tackler dijo:

—Bueno, un asunto menos de que ocuparnos.

Durante las vacaciones, Leonhard trabajaba para Tackler. Hubiera preferido irse de viaje con sus amigos, pero no tenía dinero. Era lo que Tackler quería. Se llevaba a su hijo a una de las obras, lo dejaba al cuidado del capataz y le decía que lo obligara a «trabajar duro de verdad». El capataz hacía lo que podía, y cuando, a la segunda noche, Leonhard vomitó de puro cansancio, Tackler le dijo que ya se acostumbraría. A la edad de Leonhard, decía, él había dormido más de una vez en las obras con su padre y «cagado en cuclillas» como el resto de los ferrallistas. Que no se creyera que él era «superior» a los demás.

También Theresa tenía trabajos de temporada; ella se desempeñaba en el departamento de contabilidad de la empresa. Igual que a Leonhard, le pagaban sólo el treinta por ciento del sueldo medio.

—Vosotros no ayudáis, sino que dais trabajo. Vuestro sueldo es un regalo, no una ganancia —decía Tackler.

Cuando querían ir al cine, Tackler les daba diez euros para los dos, y como tenían que desplazarse en autobús, sólo les alcanzaba para una entrada. No se atrevían a decírselo. En alguna ocasión, el chófer de Tackler los acercaba a escondidas a la ciudad y les daba un poco de dinero: tenía hijos y conocía a su jefe.

Aparte de la hermana de Tackler, que trabajaba en la empresa y siempre corría a contar a su hermano cualquier secreto de los chicos, no había más familiares. Al principio, los niños temían a su padre; luego pasaron a odiarlo y al final su mundo terminó por resultarles tan ajeno que no tenían ya nada que decirle.

Tackler no despreciaba a Leonhard, pero aborrecía su blandura. Pensaba que debía hacerlo más fuerte, «forjarlo», decía. Cuando contaba quince años, Leonhard colgó en su habitación una fotografía de un *ballet* que había ido a ver con el colegio. Tackler la arrancó de la pared y la emprendió a gritos con el muchacho, diciéndole que se anduviera con cuidado, que a ver si iba a convertirse en un marica. Que estaba demasiado gordo, le dijo, que así no iba a tener novia en la vida.

Theresa se pasaba todo el tiempo con su violonchelo en casa de su profesor de música, en Frankfurt. Tackler no la entendía, por eso la dejaba en paz. Sólo una vez obró de otra manera. Fue un verano, poco después de que Theresa cumpliera los dieciséis. Hacía un día sereno. Theresa nadaba desnuda en la piscina. Cuando salió del agua, Tackler estaba al borde de la piscina. Había bebido. Miraba a su hija como a una extraña. Echó mano de la toalla y empezó a secarla. Cuando le rozó los pechos, apestaba a *whisky*. Theresa corrió y se metió en casa. Jamás volvió a la piscina.

Las pocas veces que cenaban juntos, hablaban de «sus» temas, de relojes, comidas y coches. Theresa y Leonhard sabían el precio de todos los coches y de todos los relojes de marca. Era un juego abstracto. De tarde en tarde, su padre les mostraba un extracto de la cuenta bancaria, acciones o informes comerciales.

—Algún día todo esto será vuestro —les decía.

Y Theresa le susurraba a Leonhard que su padre había sacado esa frase de una película.

—El mundo interior es una estupidez —decía Tackler.

No conducía a nada de provecho.

Los niños sólo se tenían el uno al otro. Cuando a Theresa la aceptaron en el conservatorio, decidieron que iban a dejar juntos a Tackler. Querían decírselo a la hora de cenar y lo habían ensayado; se habían preguntado cómo iba a reaccionar y preparado las respuestas. No bien empezaron a hablar, Tackler dijo que esa noche no tenía tiempo y se marchó. Tuvieron que esperar tres semanas, y esta vez fue Theresa quien llevó la voz cantante. Ambos hermanos estaban convencidos de que por lo menos a ella no le levantaría la mano. Theresa anunció que iban a marcharse de Bad Homburg. «Marcharse de Bad Homburg», creían, sonaba mejor que decirlo directamente. Theresa añadió que se llevaría a Leonhard consigo, que ya se las arreglarían para salir adelante.

Tackler no los entendió, siguió comiendo como si nada. Cuando le pidió a Theresa que le alcanzara el pan, Leonhard le espetó:

—Ya nos has torturado lo suficiente.

Y Theresa, en voz un poco más baja, añadió:

—No queremos convertirnos en lo mismo que tú.

Tackler dejó caer el cuchillo en el plato. Se oyó un tintineo. Luego se levantó sin

pronunciar palabra, cogió el coche y se fue a casa de su novia. No regresó hasta las tres de la madrugada.

Más tarde, esa misma noche, Tackler estaba sentado a solas en la biblioteca. En la pantalla que había mandado instalar en la librería se proyectaba una película casera muda. La había pasado de una cámara de Super 8 a vídeo. Las imágenes estaban sobreexpuestas.

Su primera mujer lleva de la mano a los dos niños, Theresa debe de tener tres años, y Leonhard, dos. Su mujer dice algo, mueve la boca en silencio, suelta a Theresa, señala a lo lejos. La cámara sigue el brazo, sobre el fondo borroso se advierten las ruinas de un castillo. Gira y enfoca a Leonhard, que se esconde tras una pierna de su madre y se echa a llorar. Aparece un primer plano movido con piedras y hierba, la cámara cambia de manos sin dejar de filmar. Vuelve a enfocar hacia arriba; Tackler, con vaqueros y la camisa abierta, el pecho cubierto de vello, ríe a carcajada limpia sin que se oiga nada, tiene a Theresa a contraluz y le da un beso, saluda a la cámara. La imagen se torna más clara y se acaba la película.

~ ~ ~

Esa noche Tackler decidió organizar un concierto de despedida en honor de Theresa. La presencia de sus conocidos sería suficiente, iba a llevarla «a lo más alto». Tackler no quería ser mala persona. Extendió sendos cheques por valor de 250 000 euros a cada uno de sus hijos y los dejó sobre la mesa del desayuno. Creía que con eso bastaría.

~ ~ ~

El día después del concierto, un periódico de difusión nacional publicó un artículo poco menos que entusiasta. El gran crítico musical auguraba a Theresa un «futuro esplendoroso» como violonchelista.

No se matriculó en el conservatorio. Theresa creía que su talento era tanto que aún podía esperar. Por entonces lo que importaba era otra cosa. Los dos hermanos pasaron casi tres años viajando por Europa y Estados Unidos. Salvo algunas actuaciones en conciertos privados, Theresa tocaba sólo para su hermano. El dinero de Tackler hizo que disfrutaran de independencia, por lo menos durante un tiempo. Eran inseparables. No se tomaban en serio ninguna de las aventuras que iban teniendo, y en aquellos años apenas hubo un día que no pasaran el uno sin el otro. Parecían libres.

~ ~ ~

Cuando se cumplían casi dos años exactos del concierto en Bad Homburg, volví a encontrármelos en una fiesta en las inmediaciones de Florencia. Se celebraba en el Castello di Tornano, un castillo en ruinas del siglo XI, rodeado de olivos y cipreses y situado en medio de viñedos. *Jeunesse dorée*: así fue como el anfitrión bautizó a los hermanos, que llegaron en un descapotable de los años sesenta. Theresa le dio un beso, y Leonhard se quitó el absurdo borsalino de paja con una elegancia exagerada.

Cuando, entrada la noche, le dije a Theresa que no había vuelto a oír una interpretación tan intensa de las sonatas para violonchelo como la que ella había hecho en casa de su padre, me respondió:

—Es el preludio de la primera sonata. No la sexta, que todos consideran la más significativa y es la más difícil. No, es la primera. —Dio un trago, se me arrimó y me susurró al oído—: ¿Entiendes? El preludio de la primera. Es la vida concentrada en tres minutos.

Y se echó a reír.

~ ~ ~

A finales del siguiente verano, los dos hermanos estaban en Sicilia. Se alojaron unos días en casa de un comerciante de materias primas que había alquilado allí una villa para pasar el verano. Se había encaprichado de Theresa.

Leonhard despertó con unas décimas de fiebre. Pensó que era consecuencia del alcohol ingerido la noche anterior. No le apetecía estar enfermo, no en aquel día radiante, no en aquella época tan feliz. Las bacterias E. coli se extendieron rápidamente por todo su cuerpo. Estaban en el agua que había bebido dos días atrás en una estación de servicio.

En el garaje encontraron una vieja Vespa y salieron en dirección al mar. La manzana estaba en medio del asfalto, la camioneta que transportaba la cosecha la había perdido. Era casi redonda y brillaba al sol del mediodía. Theresa dijo algo y Leonhard volvió la cabeza para oírla. La rueda delantera patinó sobre la manzana y se puso de través. Leonhard perdió el control. Theresa tuvo suerte, sólo se dislocó el hombro y sufrió algunos rasguños. Leonhard se quedó aprisionado entre la rueda trasera y una piedra, que le reventó la cabeza.

Durante la primera noche que estuvo en el hospital, su estado empeoró. Nadie le hizo un análisis de sangre, había otras cosas de que preocuparse. Theresa llamó a su padre, que desde Frankfurt mandó un médico con el jet privado de la empresa; llegó cuando ya era demasiado tarde. Las toxinas bacterianas que había en el cuerpo de Leonhard habían pasado de los riñones al sistema circulatorio. Theresa permanecía sentada en el pasillo, delante del quirófano. Mientras le hablaba, el médico la cogía de la mano. El aire acondicionado era ruidoso; el cristal en que Theresa tenía clavados los ojos desde hacía horas estaba velado por el polvo acumulado. El médico anunció que se trataba de una urosepsis con fallo multiorgánico. Theresa no lo entendió. El médico le explicó que el cuerpo de Leonhard estaba lleno de orina y que las probabilidades de que sobreviviese eran del veinte por ciento. Siguió hablando, sus palabras creaban distancia. Theresa llevaba casi cuarenta horas sin dormir. Cuando el médico volvió al quirófano, ella cerró los ojos. El médico había dicho «defunción», y Theresa vio delante de sí la palabra escrita en letras negras. Aquella palabra no tenía nada que ver con su hermano. Ella había dicho «No». Simple y llanamente «No». Nada más.

Cuando se cumplían seis días de su ingreso, el estado de Leonhard se estabilizó. Pudieron trasladarlo a Berlín en avión. Al llegar al hospital de la Charité, tenía el cuerpo afectado de necrosis, una capa negra, coriácea, que indicaba la muerte de tejidos celulares. Los médicos lo operaron catorce veces. Le amputaron el pulgar, el índice y el anular de la mano izquierda. Los dedos del pie izquierdo se los cercenaron hasta la base de la articulación, así como el antepié derecho y partes del talón derecho. No quedó más que un muñón deforme, sin apenas función; huesos y cartílagos ejercían una presión visible sobre la piel. Leonhard se encontraba en estado de coma inducido. Había sobrevivido, pero aún no podían evaluarse las consecuencias de las heridas que se había hecho en la cabeza.

El hipocampo es el animal que, en la mitología griega, tira del carro de Poseidón, un monstruo marino mitad caballo, mitad pez. Da nombre a una parte muy antigua del cerebro situada en los lóbulos temporales. Es allí donde los recuerdos pasan de la memoria a corto plazo a la memoria a largo plazo. El hipocampo de Leonhard había resultado dañado. Cuando al cabo de nueve semanas lo despertaron del coma, le preguntó a Theresa quién era. Y luego, quién era él. Había perdido por completo la memoria y era incapaz de

recordar nada durante más de tres o cuatro minutos. Tras practicarle un sinnúmero de pruebas, los médicos intentaron explicarle que se trataba de una amnesia anterógrada y retrógrada. Leonhard entendió sus explicaciones, pero al cabo de tres minutos y cuarenta segundos ya las había olvidado. Olvidaba incluso su desmemoria.

Y mientras Theresa lo cuidaba, él no veía más que una mujer guapa.

~ ~ ~

Al cabo de dos meses, ambos hermanos pudieron mudarse al piso que su padre tenía en Berlín. Una enfermera iba todos los días tres horas; por lo demás, era Theresa quien se ocupaba de todo. Al principio invitaba a algunos amigos a cenar, pero llegó un momento en que ya no soportaba cómo miraban a Leonhard. Tackler los visitaba una vez al mes.

Fueron meses de soledad. Poco a poco, Theresa fue decayendo, el cabello se le tornó estropajoso, pálida la piel. Una noche sacó el violonchelo de la funda; hacía meses que no lo tenía entre las manos. Se puso a tocar en la penumbra de la habitación. Leonhard yacía en la cama, dormitando. En un momento determinado, Leonhard apartó la colcha y comenzó a masturbarse. Ella dejó de tocar y se volvió hacia la ventana. Leonhard le pidió que se acercara. Theresa lo miró. Él se incorporó y le pidió que se dejara besar, ella negó con la cabeza. Él se dejó caer de nuevo y le dijo que por lo menos se abriera la blusa. El muñón lleno de cicatrices de su pie derecho reposaba como un trozo de carne sobre la sábana blanca. Theresa se acercó y lo acarició en la mejilla. Entonces se desnudó, se sentó en la silla y empezó a tocar con los ojos cerrados. Esperó a que él se durmiera, se levantó, le limpió con un pañuelo el semen que tenía en la barriga, lo tapó con la colcha y le dio un beso en la frente.

Luego fue al baño y vomitó.

Pese a que los médicos habían descartado que Leonhard pudiera recobrar la memoria, parecía que el violonchelo lo conmovía. Mientras tocaba, Theresa creía sentir un vínculo tenue, apenas perceptible, con su antigua vida en común, un débil reflejo de la intimidad que tanto echaba de menos. A veces, Leonhard seguía acordándose del violonchelo incluso al día siguiente. Hablaba de él y, aun cuando no era capaz de atar cabos, parecía que algo se le hubiera quedado grabado en la memoria. Theresa tocaba por entonces todas las noches para él, que se masturbaba casi siempre, tras lo cual, también casi siempre, ella se derrumbaba en el baño y se echaba a llorar.

~ ~ ~

Seis meses después de la última operación, a Leonhard empezaron a dolerle las cicatrices. Los médicos dijeron que era necesario practicar más amputaciones. Tras realizarle una tomografía computerizada, anunciaron que pronto iba a perder también el habla. Theresa se sabía incapaz de soportarlo.

~ ~ ~

El 26 de noviembre fue un día de otoño frío y gris; anocheció enseguida. Theresa había dispuesto unas velas sobre la mesa y llevó a Leonhard en su silla de ruedas hasta su sitio. Había comprado los ingredientes para la sopa de pescado en KaDeWe, los grandes almacenes más exquisitos de la ciudad; era un plato que a Leonhard siempre le había gustado. En la sopa, en los guisantes, en el asado de corzo, en la *mousse* de chocolate, hasta en el vino, había echado Luminal, un barbitúrico que, con el pretexto de los dolores que sufría Leonhard, había conseguido sin problema. Se lo administró en pequeñas dosis para

que no lo devolviera. Ella no probó bocado y se limitó a esperar.

Leonhard se adormeció. Theresa lo empujó hasta el cuarto de baño y abrió el grifo de la gran bañera. Le quitó la ropa, él apenas tenía fuerza para agarrarse a los nuevos asideros y meterse pesadamente en la bañera. Luego ella también se desnudó y se metió con él en el agua caliente. Lo tenía sentado delante, la cabeza apoyada en sus pechos; respiraba tranquilo y con regularidad. De niños, se habían bañado muchas veces juntos de esa guisa, pues Etta no quería malgastar una sola gota de agua. Theresa lo mantenía abrazado con fuerza, descansando la cabeza sobre el hombro de él. Cuando se hubo dormido, le dio un beso en la nuca y dejó que se deslizara bajo el agua. Leonhard inspiró profundamente. No hubo agonía, el Luminal había inhibido su capacidad de controlar el propio cuerpo. Se le llenaron los pulmones de agua y se ahogó. Tenía la cabeza entre las piernas de ella, los ojos cerrados, la larga melena flotando en la superficie. Transcurridas dos horas, Theresa salió del agua fría, cubrió el cuerpo sin vida de su hermano con una toalla y me llamó por teléfono.

~ ~ ~

Confesó. Pero no fue una mera confesión; estuvo sentada durante casi siete horas enfrente de los dos inspectores de policía y les dictó su vida para que constara en acta. Dio cuenta de todo. Empezó por su infancia y terminó con la muerte de su hermano. No se dejó nada en el tintero. No lloró, no se vino abajo; permaneció sentada, derecha como una estaca, y habló tranquilamente, con voz equilibrada y las palabras justas. No fue necesario interrumpirla para hacer preguntas. Mientras la dactilógrafa imprimía su declaración, nos fumamos un cigarrillo en una habitación contigua. Me dijo que ya no diría nada más, que lo había contado todo.

—No hay nada más —concluyó.

Como era de esperar, se dictó una orden de prisión por asesinato. Fui a visitarla casi todos los días. Se hacía mandar libros y se quedaba en la celda incluso en las horas de ocio. Leer era su anestesia. Cuando nos encontrábamos, no quería hablar de su hermano. Tampoco le interesaba el juicio, que era inminente. Prefería leerme fragmentos de sus libros, pasajes que seleccionaba entre rejas. Eran horas de lectura en voz alta en una prisión. Me gustaba la calidez de su voz, pero por entonces no entendía que no le quedaba ninguna otra posibilidad de expresarse.

El 24 de diciembre estuve con ella hasta el final del horario de visita. Luego, las puertas de cristal blindado se cerraron tras de mí. Fuera había nevado, reinaba un ambiente apacible, era Navidad. Theresa fue acompañada de nuevo hasta su celda, se sentó a la pequeña mesa y escribió una carta a su padre. Cuando hubo terminado, desgarró la sábana, la enrolló hasta formar una cuerda y se ahorcó del tirador de la ventana.

El 25 de diciembre, Tackler recibió una llamada de la fiscal de guardia. Después de colgar el teléfono, abrió la caja fuerte, sacó el revólver de su padre, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.

~ ~ ~

La administración penitenciaria custodió las pertenencias de Theresa en el depósito. En nuestro poder notarial figura que, como abogados, estamos autorizados a recibir objetos en nombre de nuestros clientes. Un buen día, la autoridad judicial nos mandó un paquete con la ropa y los libros de Theresa, que reenviamos a su tía de Frankfurt.

Me quedé con uno de sus libros, había escrito mi nombre en la primera página. Se

trataba de *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald. Estuvo dos años intacto en mi escritorio, hasta que un día fui capaz de volver a cogerlo. Theresa había subrayado en azul los pasajes que quería leer en voz alta, y anotado al margen algunos comentarios en letra minúscula. Sólo un pasaje estaba marcado en rojo, la última frase; cada vez que lo leo, sigo oyendo su voz:

«Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado».

El erizo

Los jueces se pusieron las togas en la sala de deliberaciones, uno de los escabinos llegó con unos minutos de retraso y el oficial fue sustituido después de quejarse de dolor de muelas. El acusado era un libanés recio, un hombretón llamado Walid Abu Fataris, que permaneció en silencio desde un principio. Los testigos declararon, la víctima exageró un poco, se analizaron las pruebas. Se veía una causa por robo a mano armada, para el cual se prevé una pena de cinco a quince años de prisión. Los jueces estaban de acuerdo: dados los antecedentes penales del acusado, lo condenarían a ocho años; no había ninguna duda acerca de la autoría o la responsabilidad penal. El juicio transcurría sin sorpresas ni sobresaltos. Nada de particular, pues, aunque tampoco es que cupiera esperar nada en particular.

Se hicieron las tres de la tarde, faltaba poco para que concluyera la vista oral. Aquel día no quedaba ya mucho por hacer. El presidente echó un vistazo a la lista de testigos, sólo faltaba oír a Karim, un hermano del acusado. «Bueno —pensó el presidente—, ya sabemos qué valor tienen las coartadas que proporcionan los familiares», y lo observó por encima de sus gafas de leer. De hecho, no tenía más que una pregunta para ese testigo, a saber: si realmente pretendía afirmar que su hermano Walid estaba en su domicilio cuando se produjo el atraco en la casa de empeños de la Wartenstrasse. El juez se la planteó de la manera más llana posible, incluso llegó a preguntarle en dos ocasiones si la había comprendido.

Nadie esperaba que Karim abriera la boca. El presidente le había explicado por extenso que, en tanto hermano del acusado, tenía derecho a guardar silencio. Así era la ley. Todos en la sala, incluidos Walid y su abogado, se sorprendieron de que quisiera declarar. Ahora estaban todos a la espera de su respuesta, de la que iba a depender el futuro de su hermano. Los jueces estaban impacientes, el abogado se aburría, y uno de los escabinos miraba continuamente el reloj porque quería coger el tren de las cinco a Dresde. Karim era el último testigo de la vista oral; en un tribunal los testigos menos relevantes se dejan para el final. Karim sabía lo que se hacía. Lo había sabido siempre.

~ ~ ~

Karim había crecido en una familia de delincuentes. De su tío se contaba que en el Líbano había matado a tiros a seis personas por una caja de tomates. Todos y cada uno de los ocho hermanos de Karim tenían una lista de antecedentes penales cuya mera lectura en los juicios duraba media hora. Habían cometido hurtos, robos, estafas, extorsiones y perjurio. Hasta la fecha, salvo por homicidio y asesinato, los habían condenado por todo.

Durante generaciones, en su familia los primos se habían casado con las primas y los sobrinos con las sobrinas. Cuando a Karim le llegó el momento de ir a la escuela, los maestros se lamentaron («Otro Abu Fataris») y lo trataron como a un idiota. Lo obligaron a sentarse en la última fila, y el primer maestro que tuvo le dejó bien claro, a los seis años, que no debía hacerse notar, meterse en peleas ni hablar más de la cuenta. De modo que Karim no abría la boca. Enseguida comprendió que no podía dejar ver que era diferente. Sus hermanos le daban collejas porque no entendían lo que él les decía. Sus compañeros de clase —gracias al modelo de integración vigente en la ciudad, el ochenta por ciento de los alumnos de primero eran extranjeros— en el mejor de los casos se reían de él cuando

intentaba explicarles alguna cosa. Normalmente también ellos le pegaban cuando daba la impresión de ser demasiado diferente. De modo que Karim empezó a sacar malas notas adrede. No tenía alternativa.

A los diez años había aprendido por su cuenta estocástica, cálculo integral y geometría analítica con un libro de texto que había sustraído de la biblioteca de la sala de profesores. Pero en los exámenes calculaba cuántos de esos ejercicios ridículos debía resolver mal para que le pusieran un suficiente pelado que no llamara la atención. A veces tenía la sensación de que el cerebro le zumbaba cuando encontraba en el libro un problema matemático supuestamente insoluble. Ésos eran momentos de felicidad íntima.

Vivía, como todos los hermanos (incluso el mayor, de veintiséis años), con su madre; el padre había fallecido al poco de nacer él. La vivienda de la familia en Neukölln tenía seis habitaciones. Seis habitaciones para diez personas. Él era el pequeño, le habían asignado el cuarto trastero. El tragaluz era de vidrio opalino, y había una estantería de madera de píce. Allí se acumulaban los objetos que ya nadie quería: escobas sin palo, cubos sin asa, cables para los que no existían ya aparatos. Se pasaba el día entero allí metido, sentado delante del ordenador, y mientras que su madre estaba convencida de que también él —como todos sus hermanos— se entretenía con videojuegos, Karim leía a los clásicos en *www.Gutenberg.de*.

A los doce años hizo un último intento por congraciarse con sus hermanos. Ideó un programa informático capaz de burlar las barreras electrónicas de seguridad del Postbank y de cargar millones de cuentas bancarias con importes de centésimas de céntimo sin que nadie lo advirtiera. Sus hermanos no entendieron lo que el «tonto», como lo llamaban, acababa de entregarles. Le dieron una nueva colleja y tiraron a la basura el CD con el programa. Sólo Walid notaba que Karim era superior a ellos, y lo defendía de los hermanos más brutos.

Al cumplir los dieciocho, Karim dejó los estudios. Lo había dispuesto todo de tal modo que obtuvo el título de secundaria por los pelos. Nadie en su familia había llegado nunca tan lejos. Pidió prestados a Walid 8000 euros. Éste creyó que quería el dinero para traficar con drogas y se lo dejó con mucho gusto. Karim, que conocía muy bien la Bolsa por haberla estudiado a conciencia, invirtió en el mercado de divisas por internet. En el transcurso de un año ganó cerca de 700 000 euros. Alquiló un pequeño apartamento en un barrio acomodado; salía todas las mañanas del domicilio familiar y daba cuantos rodeos fueran necesarios hasta asegurarse de que nadie lo había seguido. Amuebló su refugio, compró libros de matemáticas y un ordenador más rápido; dedicaba su tiempo a jugar a la Bolsa y a leer.

Su familia daba por sentado que el «tonto» traficaba con drogas, y estaba contenta con ello. Evidentemente, era demasiado enclenque para ser un auténtico Abu Fataris. Nunca fue al gimnasio de *kick-and-fight*, aunque, de todos modos, llevaba como ellos cadenas de oro, camisas de raso de colores chillones y chaquetas de napa negra. Hablaba en el argot de Neukölln y, como nunca lo habían pillado, se había ganado incluso un poco de respeto. Sus hermanos no lo tomaban en serio. Si alguien les hubiera preguntado, habrían respondido que era de la familia y punto. Más allá de eso, nadie se preocupaba por él.

Nadie intuía nada de su doble vida. Ni que poseía un fondo de armario con vestimenta completamente distinta, ni que se había sacado el bachillerato en un instituto nocturno y acudía dos veces por semana a clases de matemáticas en la universidad politécnica. Disponía de un modesto patrimonio, pagaba impuestos y tenía una novia maja que estudiaba Teoría Literaria y no sabía nada de Neukölln.

~ ~ ~

Karim había leído las diligencias del procedimiento penal contra Walid. Habían pasado por las manos de toda la familia, pero sólo él las había comprendido. Walid había asaltado una casa de empeños, se había llevado 14 490 euros y había vuelto corriendo a casa para procurarse una coartada. La víctima había avisado a la policía y proporcionado una descripción detallada del asaltante; los dos inspectores de policía comprendieron enseguida que debía de tratarse de uno de los Abu Fataris. Sin embargo, los hermanos se parecían una barbaridad, circunstancia que los había salvado ya en más de una ocasión. Ningún testigo era capaz de distinguirlos en una rueda de reconocimiento, incluso era difícil diferenciarlos en las grabaciones de las cámaras de vigilancia.

Esta vez los policías actuaron deprisa. Walid había escondido el botín camino de casa y arrojado la pistola empleada en el atraco a las aguas del Spree. Cuando la policía irrumpió en la vivienda, estaba sentado en el sofá tomando té. Llevaba una camiseta verde manzana con una inscripción amarillo fosforescente: «FORCED TO WORK». No sabía qué significaba, pero le gustaba. Lo detuvieron. Se ordenaron medidas cautelares aduciendo «peligro en la demora» y procedieron a un «desorden motivado por el registro»: rajaron los sofás, vaciaron cajones en el suelo, echaron armarios por tierra, e incluso arrancaron el zócalo de la pared porque creían que detrás podía haber un escondrijo. No encontraron nada.

Pese a todo, Walid permaneció detenido: el tipo de la casa de empeños había descrito su camiseta de manera inequívoca. Los dos policías se alegraron de haber atrapado finalmente a un Abu Fataris, al que podrían poner fuera de circulación por lo menos cinco años.

~ ~ ~

Sentado en el banco de los testigos, Karim miraba a los jueces. Sabía que nadie en la sala iba a creer una sola de sus palabras si se limitaba a proporcionar una coartada a Walid. A fin de cuentas, era un Abu Fataris, un miembro de una familia que la fiscalía había descrito como integrada por delincuentes habituales. Todos allí esperaban que mintiera. Eso no podía funcionar, Walid desaparecería en la cárcel por muchos años.

Karim pensó en la frase de Arquíloco, hijo de una esclava: «Muchas cosas sabe el zorro, pero el erizo sabe una muy importante». Era su lema vital. Jueces y fiscales ya podían ser zorros, que él era un erizo y había aprendido su arte.

—Señoría... —dijo, y empezó a sollozar.

Sabía perfectamente que con eso no iba a conmovier a nadie, pero logró un poco más de atención. Karim se esforzó lo indecible por resultar creíble sin dejar de parecer tonto.

—Señoría, Walid estuvo toda la tarde en casa.

Dejó que la pausa obrara su efecto. Con el rabillo del ojo vio que el fiscal redactaba un escrito, probablemente para acusarlo de falso testimonio.

—Vaya, vaya, así que toda la tarde en casa... —dijo el presidente del tribunal inclinándose hacia delante—. Pero la víctima identificó a Walid de manera inequívoca.

El fiscal negó con la cabeza y la defensa se sumió en el estudio de las diligencias.

Karim conocía las fotos de la rueda de reconocimiento por las diligencias. Cuatro policías con aspecto de policía (bigote rubio, riñonera y zapatillas deportivas), y luego Walid (una cabeza más alto, el doble de ancho de espaldas, tez oscura y camiseta verde con inscripción amarilla). Una ancianita de noventa años, ciega y que no hubiera estado en el

lugar de los hechos, lo habría «identificado de manera inequívoca».

Karim volvió a sollozar y se limpió la nariz con la manga de la chaqueta. Algo se le quedó pegado. Lo observó y dijo:

—No, señoría. No fue Walid. Le ruego que me crea.

—Le recuerdo nuevamente que si quiere declarar en este juicio debe decir usted la verdad.

—Es lo que estoy haciendo.

—Se expone usted a penas severas, puede acabar en la cárcel —le advirtió el juez. Con este recordatorio quería ponerse al mismo nivel que Karim. Luego añadió con aire de superioridad—: ¿Y quién se supone que fue, si no fue Walid?

Miró en derredor; el fiscal sonreía.

—Eso, ¿quién fue? —repitió el fiscal, que se ganó una mirada de reproche del magistrado: ésa era su pregunta.

Karim titubeó tanto como pudo. Contó mentalmente hasta cinco, y luego dijo:

—Imad.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere con «Imad»?

—A que fue Imad, no Walid —explicó Karim.

—¿Y quién es el tal Imad?

—Imad es otro de mis hermanos.

El magistrado lo miró con cara de asombro, incluso el abogado defensor salió súbitamente de su ensimismamiento. «¿Un Abu Fataris se salta las reglas e incrimina a alguien de su propia familia?», se preguntaban todos.

—Pero Imad se largó antes de que llegara la policía —añadió Karim.

—Ah, ¿sí? Vaya. —El presidente del tribunal empezaba a estar molesto. «Esto no son más que patrañas», pensó.

—Tuvo tiempo de darme esto —dijo Karim.

Estaba convencido de que no iba a bastar con la declaración. Meses antes de que se iniciara el proceso, había empezado a sacar diversas cantidades de sus cuentas. Ahora, el dinero estaba en un sobre marrón; era exactamente la misma cantidad que había robado Walid y en billetes idénticos. Se lo entregó al presidente del tribunal.

—¿Qué contiene? —preguntó éste.

—No lo sé —dijo Karim.

El juez rasgó el sobre y sacó el dinero. No se detuvo a pensar en las huellas dactilares, aunque de todos modos tampoco hubieran hallado ninguna. Contó despacio y en voz alta:

—Hay 14 490 euros. ¿Y dice que Imad se lo entregó la noche del 17 de abril?

—Sí, señoría, así es.

El magistrado reflexionó un momento. Al cabo formuló la pregunta con la que esperaba coger en falso a Karim. Había un ligero desdén en su voz:

—¿Recuerda el testigo cómo iba vestido Imad cuando le hizo entrega de este sobre?

—Ummm. Déjeme hacer memoria.

Alivio en el banco de los jueces. El presidente se reclinó en su asiento.

«Ahora, poco a poco, introduce una pausa, oblígale a hacer una pausa», pensó Karim. Y dijo:

—Vaqueros, una chaqueta de piel negra y una camiseta.

—¿Qué clase de camiseta?

—Uf, de eso sí que no me acuerdo.

El magistrado miró satisfecho al juez ponente, que más tarde se encargaría de redactar la sentencia. Ambos hicieron un gesto de aprobación con la cabeza.

—Ummm. —Karim se rascó la cabeza—. Ah, sí, ya me acuerdo. Llevábamos todos esas camisetas que nos dio nuestro tío. Las consiguió tiradas de precio y nos las regaló. Llevan no sé qué escrito en inglés, algo así como que tenemos que trabajar y demás. Algo cachondo y tal.

—¿Se refiere usted a la camiseta que su hermano Walid lleva en esta fotografía? —El magistrado mostró a Karim una foto sacada del legajo que contenía el material gráfico.

—Sí, sí, señorita. Ni más ni menos. Es ésa. Tenemos un montón. Yo mismo llevo puesta una. Pero ese de la foto es Walid, no Imad.

—Sí, eso ya lo sé —dijo el magistrado.

—A ver, enséñenos —intervino el fiscal.

«Por fin», pensó Karim, y dijo:

—¿Cómo que se las enseñe? Si están en casa...

—No, que nos enseñe la que usted lleva puesta, digo.

—¿Ahora?

—Sí, sí, vamos —lo urgió el presidente.

Karim no se encogió de hombros hasta que el fiscal asintió con la cabeza. Se bajó la cremallera de la chaqueta de piel con la mayor indolencia de que fue capaz y la abrió. Llevaba la misma camiseta que Walid en la fotografía de las diligencias. Karim había mandado imprimir veinte iguales la semana anterior en una de las numerosas copisterías de Kreuzberg, había repartido una a cada hermano y dejado las otras diez en el domicilio familiar, para el caso de que se produjera un nuevo registro.

Hubo un receso y mandaron salir a Karim. Antes tuvo tiempo de oír cómo el magistrado le decía al fiscal que sólo les quedaba la rueda de reconocimiento, que no disponían de más pruebas. «El primer asalto ha salido bien», pensó.

Cuando volvieron a llamar a Karim, le preguntaron si tenía antecedentes penales, a lo que él contestó que no. La fiscalía se había procurado un extracto del registro que así lo confirmaba.

—Señor Abu Fataris —dijo el fiscal—, ¿es usted consciente de que con su declaración incrimina a Imad?

Karim asintió con la cabeza. Avergonzado, se miró los zapatos.

—¿Por qué lo hace?

—Bueno —dijo balbuceando de nuevo un poco—, Walid también es mi hermano. Yo soy el pequeño, todos se pasan el día diciendo que soy el tonto y demás. Pero tanto Walid como Imad son hermanos míos, es lo que hay. ¿Me entiende? Y aunque haya sido otro de mis hermanos, no veo por qué Walid debe ir a la cárcel en lugar de Imad. Sería mejor que hubiera sido otro, quiero decir alguien de fuera de la familia... pero el caso es que ha sido uno de mis hermanos. Imad, ya le digo. —Y se preparó para asestar el último golpe—: Señorita, de verdad que no fue Walid. Aunque es cierto que se parecen un montón. Mire.

Rebuscó en su mugrienta cartera, sacó una fotografía familiar arrugada, en la que aparecían todos, los nueve hermanos, y se la mostró al presidente del tribunal; se la puso literalmente delante de las narices, incomodándolo. El magistrado la cogió y la depositó irritado sobre la mesa de los jueces.

—Ese de ahí, el primero, soy yo. El segundo, señorita, es Walid; el tercero es

Farouk; el cuarto, Imad; el quinto...

—¿Podemos quedarnos la fotografía? —interrumpió el abogado de oficio, un hombre amable y entrado en años al que de pronto el asunto había dejado de parecerle un caso perdido.

—Sólo si me la devuelven, no tengo más que ésa. Nos la hicimos para nuestra tía Halima, que vive en el Líbano. Hará más o menos medio año, así con los nueve hermanos juntos y tal, ¿entienden? —Karim miró a todas las partes implicadas en el juicio para ver si comprendían—. Para que la tía nos viera a todos. Pero al final no se la mandamos porque Farouk decía que parecía imbécil. —Karim volvió a echar un vistazo a la foto—. La verdad es que parece imbécil, en la foto. Farouk, digo. Cuando lo cierto es que...

El magistrado hizo un gesto con la mano; ya era suficiente.

—Que el testigo regrese a su sitio.

Karim se sentó en el banco de los testigos y volvió a empezar:

—Se lo repito, señoría. El primero soy yo; el segundo es Walid; el tercero es Farouk; el cuarto es...

—Gracias —dijo el juez, ya fuera de quicio—. Lo hemos entendido.

—¿Sabe? Es que todo el mundo los confunde, incluso los maestros los confundían en la escuela. Una vez, en un examen de Biología, como Walid era tan malo en Biología... —prosiguió Karim, imperturbable.

—Gracias —dijo el juez levantando la voz.

—No; tengo que contarles lo del examen de Biología, y cómo fue que...

—No —zanjó el juez.

Le dijeron que podía retirarse y Karim abandonó la sala.

El dueño de la casa de empeños estaba sentado entre el público. El tribunal había oído ya su testimonio, pero él quería asistir al veredicto. A fin de cuentas, era la víctima. Volvieron a llamarlo y le mostraron la fotografía familiar. Le había quedado claro que se trataba del «número dos», era ése a quien debía reconocer. Dijo —algo deprisa, como luego él mismo admitiría— que el autor de los hechos era «por supuesto el segundo hombre de la foto». Que no tenía dudas, que el autor era ése, sí, que se trataba inequívocamente del «número dos». El tribunal se sosegó un poco.

Delante de la puerta, Karim se preguntaba cuánto tardarían los jueces en comprender del todo la situación. El presidente no iba a necesitar mucho tiempo; decidiría volver a interrogar al propietario de la casa de empeños. Karim esperó exactamente cuatro minutos y —sin que nadie lo requiriera— entró de nuevo en la sala de audiencias. Vio al empeñador junto a la mesa de los jueces, mirando la fotografía familiar. Todo iba tal como había planeado. Y entonces, de repente, Karim se puso a hablar en voz alta y a decir que había olvidado algo, que debían volver a escucharlo, con la venia, que sería sólo un momento y que era muy importante. El presidente del tribunal, que detestaba esa clase de interrupciones, dijo irritado:

—Bueno, ¿y ahora qué pasa?

—Discúlpeme, he cometido un error. Un error tonto, señoría, completamente estúpido.

En un instante, Karim se había ganado la atención de toda la sala. Todos esperaban que retirara las acusaciones vertidas sobre Imad. Era algo que sucedía con frecuencia.

—Verá, señoría, el segundo de la fotografía es Imad. Walid no es el segundo, es el cuarto. Usted perdone, pero estoy un poco confundido. Por tantas preguntas y tal. Lo siento.

El presidente negó con la cabeza, el propietario de la casa de empeños se sonrojó, el

abogado defensor esbozó una sonrisa.

—El segundo, ¿eh? —dijo furioso el magistrado—. Así que el segundo...

—Sí, sí, el segundo. ¿Sabe, señoría? —dijo Karim—. Detrás de la foto escribimos quién era quién para que la tía lo supiera, porque ella, la tía, digo, no nos conoce a todos. Quería vernos a todos, pero no pudo venir a Alemania por el permiso de entrada y esas cosas. Pero es que somos muchos hermanos. Señoría, dele la vuelta a la foto. ¿Lo ve? Ahí tiene todos los nombres según aparecen al otro lado, quiero decir en la foto. Bueno, ¿y cuándo dicen que van a devolvérmela?

~ ~ ~

Después de buscar imágenes de Imad en los archivos fotográficos y de realizar una «inspección ocular», el tribunal no tuvo más remedio que absolver a Walid.

Imad fue detenido. Pero, como Karim sabía perfectamente, pudo probar con los sellos de entrada y salida en el pasaporte que el día de autos se hallaba en el Líbano. Lo pusieron en libertad al cabo de dos días.

Al final, la fiscalía abrió diligencias contra Karim por falso testimonio y por calumnia en perjuicio de Imad. Karim me contó la historia, y acordamos que en el futuro mantendría la boca cerrada. También sus hermanos, en tanto que parientes consanguíneos, pudieron ejercer su derecho a negarse a prestar declaración. La fiscalía se quedó sin pruebas. Al final, sobre Karim no pesó más que una grave sospecha. Lo había previsto todo a la perfección, no podían acusarlo de nada. Las otras posibilidades eran demasiadas; por ejemplo, Walid podría haber entregado el dinero a Imad, o alguno de los otros hermanos podría haber viajado con el pasaporte de Imad: lo cierto es que los hermanos se parecían mucho.

Ni que decir tiene que siguieron dándole collejas a Karim. No comprendieron que había salvado a Walid y asestado un golpe a la justicia.

Karim no dijo nada. Pensaba en el erizo y los zorros.

Suerte

Su cliente llevaba veinticinco años en política. Mientras se desnudaba, le contó cómo se las había arreglado para llegar tan alto. Había pegado carteles, pronunciado discursos en la trastienda de locales pequeños, construido su propio distrito electoral y superado su tercera legislatura como diputado en una posición intermedia en las listas. Dijo que tenía muchos amigos y que incluso estaba al frente de una comisión de investigación. No es que fuera una comisión muy importante, pero él era el presidente. Y ahí estaba frente a ella, en ropa interior. Irina no sabía qué era una comisión de investigación.

El hombre, que era grueso, encontraba la habitación demasiado estrecha. Sudaba. Aquel día debía hacerlo por la mañana, a las diez tenía una sesión. La chica le había dicho que no había problema. La cama parecía limpia y ella era guapa. No tendría más de veinte años, pechos bonitos, labios turgentes, por lo menos un metro setenta y cinco de estatura. Como casi todas las chicas de la Europa del Este, iba muy maquillada. Al gordo eso le gustaba. Sacó setenta euros de su billetera y se sentó en la cama. Había dejado sus cosas cuidadosamente dobladas sobre el respaldo de la silla; era importante que la raya del pantalón no se arrugara. La chica le quitó los calzoncillos y le apartó hacia arriba los michelines; él no le veía a ella más que el cabello, y sabía que iba a necesitar mucho tiempo. «Al fin y al cabo es su trabajo», pensó, y se recostó en la cama. Lo último que el gordo sintió fue una punzada en el pecho; quiso levantar las manos y decirle a la chica que parara, pero sólo fue capaz de gruñir.

Irina interpretó los gruñidos como un signo de beneplácito y continuó unos minutos más, hasta que advirtió que el hombre se había quedado mudo. Alzó la mirada. Su cliente tenía la cabeza vuelta a un lado, con un reguero de saliva en la almohada y los ojos en blanco, en dirección al techo. Le gritó y, como él seguía sin moverse, fue a la cocina a buscar un vaso de agua y se lo echó en la cara. El hombre no reaccionó. Aún llevaba puestos los calcetines. Estaba muerto.

~ ~ ~

Irina vivía en Berlín desde hacía año y medio. Hubiera preferido quedarse en su país, donde había ido al parvulario y a la escuela, donde vivían su familia y amigos y cuya lengua era su hogar. Allí había trabajado de modista y poseía un piso bonito en el que tenía de todo: muebles, libros, CD, plantas, álbumes de fotos y un gato blanco y negro que de un día para otro se había instalado en su casa. Tenía toda la vida por delante y la vivía con ilusión. Diseñaba moda femenina, había cosido ya algunos vestidos e incluso vendido un par. Sus bocetos eran diáfanos y de trazo fino. Soñaba con abrir una pequeña tienda en la calle principal.

Pero en su país había guerra.

Un fin de semana fue a casa de su hermano, en el campo. Éste se había puesto al frente de la finca paterna y por ello lo habían eximido del ejército. Ella lo convenció para que fueran al pequeño lago que lindaba con la finca. Pasaron un buen rato sentados en el embarcadero, al sol de la tarde; Irina le contó sus planes y le enseñó el cuaderno con sus nuevos diseños. Él se mostró contento y le pasó el brazo por los hombros.

Cuando regresaron, en la casa había soldados. Pegaron un tiro al hermano y violaron a Irina. En ese orden. Los soldados eran cuatro. Uno le escupió en la cara mientras

la tenía debajo. La llamó puta y la golpeó en los ojos. Después de esto, Irina dejó de oponer resistencia. Cuando se marcharon, ella permaneció tumbada sobre la mesa de la cocina. Se arrebujó en el mantel rojo y blanco y cerró los ojos. Esperaba que para siempre.

A la mañana siguiente volvió al lago. Creyó que le resultaría fácil ahogarse, pero no lo logró. Cuando subió de nuevo a la superficie, abrió la boca y se le llenaron los pulmones de oxígeno. Permaneció en el agua, desnuda; no había más que los árboles de la orilla, el cañaveral y el cielo. Entonces gritó. Gritó hasta que no pudo más, gritó contra la muerte y la soledad y el dolor. Sabía que iba a sobrevivir, pero también que aquél había dejado de ser su país.

Al cabo de una semana enterraron a su hermano. Era una sepultura sencilla con una cruz de madera. El sacerdote dijo algo sobre la culpa y el perdón, mientras el alcalde clavaba la mirada en el suelo y apretaba los puños. Irina entregó la llave de la finca a los vecinos de al lado, les regaló el poco ganado que quedaba y todo cuanto había en la casa. Luego cogió la maleta pequeña y el bolso, y se marchó a la capital en autobús. No se volvió. Atrás dejaba su álbum de bocetos.

Preguntó por la calle y en los bares por «pasadores» que pudieran llevarla a Alemania. El intermediario fue hábil: le quitó todo el dinero que tenía. Sabía que ella buscaba seguridad y que estaba dispuesta a pagar por ello (había muchas como Irina, eran un buen negocio).

Irina y las otras partieron en un microbús hacia el Oeste. Al cabo de dos días se detuvieron en un calvero, bajaron del autobús y, a pie, se adentraron en la noche. El hombre que las guió y las ayudó a cruzar riachuelos y a atravesar una ciénaga era parco en palabras, y cuando ellas ya no podían con su alma, les dijo que se encontraban en Alemania. Otro autobús las llevó a Berlín. Se detuvo en algún lugar de las afueras, hacía frío y había niebla; Irina estaba cansada, pero por entonces se creía a salvo.

A lo largo de los meses siguientes conoció a otros hombres y mujeres de su país. Le hablaron de Berlín, de sus autoridades y sus leyes. Irina necesitaba dinero. Legalmente no podía trabajar; en realidad, ni siquiera podía estar en Alemania. Las mujeres le echaron una mano durante las primeras semanas. Se apostó en la Kurfürstenstrasse, aprendió los precios de la felación y del coito. Su cuerpo le resultaba ajeno, se servía de él como quien usa una herramienta; quería seguir viviendo, aunque no supiera para qué. Había dejado de sentirse.

~ ~ ~

Él se sentaba todos los días en la acera. Cuando ella se subía a los coches de los hombres lo veía, y lo veía cuando volvía a casa por la mañana. Colocaba delante de sí un vaso de plástico en el que la gente echaba dinero de tarde en tarde. Irina se acostumbró a su presencia, estaba permanentemente allí. Él le sonreía (y, al cabo de unas semanas, ella le devolvió la sonrisa).

Cuando llegó el invierno, Irina le llevó una manta que había comprado en una tienda de ropa de segunda mano. Él se mostró contento.

—Me llamo Kalle —dijo, e hizo que su perro se sentara sobre la manta. Lo envolvió en ella y lo acarició detrás de las orejas, mientras él volvía a acucillarse sobre un par de periódicos.

Kalle llevaba unos pantalones finos y pasaba frío, pero aun así abrigaba al perro. A Irina le tiritaban las piernas y prosiguió rápidamente su camino. Se sentó en un banco a la vuelta de la esquina, se cogió las rodillas y agachó la cabeza. Tenía diecinueve años y hacía uno que nadie la abrazaba. Por primera vez desde aquella tarde en su país, lloró.

Cuando atropellaron al perro, ella estaba al otro lado de la calle. Vio a Kalle correr a cámara lenta por el asfalto e hincarse de rodillas delante del coche. Kalle recogió al perro. El conductor le gritó algo desde atrás, pero él siguió caminando por el centro de la calzada con el perro en brazos. No se volvió. Irina corrió tras él, comprendía su dolor, y de pronto se dio cuenta de que tenían el mismo sino. Juntos, enterraron al perro en un parque municipal; Irina lo cogió de la mano.

Así empezó todo. Llegó un día en que decidieron intentarlo juntos. Irina dejó la pensión mugrienta, encontraron un piso de una habitación, compraron una lavadora y un televisor, y poco a poco fueron adquiriendo el resto de las cosas. Era el primer piso de Kalle. Se había largado de casa a los dieciséis años, desde entonces había vivido en la calle. Irina le cortó el pelo, le compró pantalones, camisetas, jerséis y dos pares de zapatos. Él encontró un trabajillo de repartidor de correo comercial y por las noches ayudaba en un bar.

Por entonces los hombres acudían a su casa, Irina ya no tenía que hacer la calle. Por la mañana, cuando volvían a estar solos, sacaban del armario su ropa de cama, se acostaban y no se soltaban el uno al otro. Yacían fundidos en un abrazo, desnudos, inmóviles y en silencio, no oían más que la respiración del otro y se abstraían del mundo. Nunca hablaban del pasado.

~ ~ ~

Irina tenía miedo del gordo muerto, y miedo de que la detuvieran a la espera de la expulsión y la repatriaran. Iría a casa de su amiga, y allí haría tiempo hasta que llegara Kalle. Cogió el bolso y bajó corriendo las escaleras. El móvil lo olvidó en la cocina.

Como todas las mañanas, Kalle había salido con la bicicleta y un pequeño remolque en dirección a la zona industrial, pero aquel día el hombre que repartía el trabajo no tenía nada para él. Kalle tardó treinta minutos en volver a casa. Subió en el ascensor. Creyó oír el repiqueteo de los zapatos de Irina en la escalera. Cuando él abría la puerta de casa, ella salía del edificio en dirección a la parada del autobús.

Kalle estaba sentado en una de las dos sillas de madera y tenía la mirada clavada en el gordo muerto y en los calzoncillos, de un blanco nuclear. Por el suelo estaban los panecillos que había llevado a casa. Era verano, en la habitación hacía calor.

Kalle trató de concentrarse. Irina iría a la cárcel y luego debería volver a su país. Quizá el gordo le había pegado, ella nunca hacía nada sin motivo. Se acordó del día en que habían ido al campo en tren y se habían tumbado en un prado en pleno calor estival, e Irina lucía un aspecto infantil. Había sido feliz. Ahora creía que había llegado el momento de pagarlo. Y se puso a pensar en su perro. A veces se acercaba al lugar del parque en que lo había enterrado para ver si algo había cambiado.

A la media hora de haber empezado, Kalle se dio cuenta de que no había sido buena idea. Estaba desnudo, tan sólo se había dejado puestos los calzoncillos. El sudor se confundía con la sangre que había en la bañera. Había cubierto la cabeza del hombre con una bolsa de plástico, no quería verle la cara mientras lo hacía. Al principio se equivocó e intentó cortar los huesos, pero luego recordó cómo se parte un pollo y cogió el brazo del gordo y se lo retorció hasta sacárselo del hombro. La cosa mejoró, ahora sólo tenía que cortar músculos y filamentos. Llegó un momento en que el brazo descansaba sobre el suelo de azulejo amarillo, el reloj todavía en la muñeca. Kalle se volvió hacia la taza del váter y vomitó otra vez. Abrió el grifo del lavamanos, metió la cabeza debajo y se enjuagó la boca. El agua estaba fría, le dolían los dientes. Miró fijamente al espejo y no supo si estaba a éste o al otro lado del mismo. Era necesario que el hombre que tenía enfrente se moviera para él

hacer lo propio. El agua rebose del lavamanos, le salpicó los pies, Kalle volvió en sí. De nuevo se arrodilló en el suelo y echó mano de la sierra.

Al cabo de tres horas había cercenado las extremidades. En una tienda de comestibles compró bolsas de basura negras. La cajera lo miró con cara de extrañeza. Kalle intentaba no pensar en cómo iba a arreglárselas con la cabeza, pero era incapaz. «Si dejas el cuello tal como está, no habrá manera de meter al tipo en el remolque —pensaba—. Es que no puedo». Salió de la tienda; en la acera charlaban dos amas de casa, pasó el ferrocarril metropolitano, un joven chutó una manzana y la mandó al otro lado de la calzada. Kalle estaba furioso.

—No soy ningún asesino —dijo en voz alta justo cuando pasaba junto a un cochecito de niño.

La madre se volvió.

Hizo de tripas corazón. Una de las cubiertas del mango del serrucho se había desprendido, Kalle se hizo cortes en los dedos. Lloró como un niño, se le formaron burbujas en las ventanas de la nariz, serraba con los ojos cerrados. Lloraba y serraba, serraba y lloraba. Con el brazo, sujetaba la cabeza del gordo por debajo del cuello, la bolsa de plástico resbalaba y se le escurría una vez sí y otra también. Cuando al fin hubo separado la cabeza del tronco, se asombró de lo mucho que pesaba. Como un saco de carbón para la barbacoa, pensó, y se sorprendió de que le viniera a la mente el carbón de barbacoa. Kalle nunca había hecho una barbacoa.

Arrastró la bolsa más grande hasta el ascensor y bloqueó con ella la puerta automática. Luego fue por el resto. Las bolsas de basura aguantaban, para el tronco había utilizado dos. Entró el remolque de la bicicleta en el vestíbulo del edificio, nadie lo observaba. Eran cuatro bolsas de basura negras. Sólo se vio obligado a meter en una mochila los brazos; el remolque estaba lleno y se habrían caído.

Kalle se había puesto una camisa limpia. Tenía veinte minutos hasta el parque municipal. Pensó en la cabeza, en el cabello fino y en los brazos. Sintió los dedos del gordo en la espalda. Estaban mojados. Se apeó de la bicicleta de un salto y se quitó la mochila de mala manera. Luego se dejó caer sobre el césped. Esperaba que la gente gritara y se abalanzara sobre él, pero nada de eso ocurrió. De hecho, no ocurrió nada.

Kalle se quedó tumbado mirando al cielo y esperando.

Enterró al gordo en el parque municipal. Se le rompió el mango de la pala, se arrodilló y cogió la hoja de la pala con las manos. Lo metió todo a presión en el agujero, a sólo unos metros de distancia del perro muerto. No era suficientemente hondo, tuvo que hollar las bolsas de basura. La camisa que acababa de ponerse se había ensuciado, tenía los dedos negros y manchados de sangre, sentía una comezón en la piel. Tiró los restos de la pala en un cubo de la basura. Luego pasó casi una hora sentado en un banco del parque, observando a unos estudiantes que jugaban al *frisbee*.

~ ~ ~

Cuando Irina regresó de casa de su amiga, se encontró con que la cama estaba vacía. En el respaldo de la silla seguían la chaqueta y los pantalones doblados del gordo. Echó un vistazo al baño y se llevó la mano a la boca para no gritar. Enseguida lo comprendió: Kalle había intentado salvarla. La policía lo encontraría. Creerían que él había matado al gordo. Los alemanes esclarecían cualquier asesinato, constantemente daban prueba de ello en la televisión, pensó. Kalle terminaría en la cárcel. En la chaqueta del gordo no dejaba de sonar un móvil. Tenía que actuar.

Fue a la cocina y llamó a la policía. Los agentes apenas entendieron lo que les dijo. Cuando llegaron, inspeccionaron el baño y la detuvieron. Preguntaron por el cadáver, e Irina no supo qué responder. No cesaba de repetir que el gordo había muerto «en natural manera», que había sido un «corazón de ataque». Evidentemente, los policías no la creyeron. Cuando la conducían esposada fuera del edificio, pasó Kalle con la bicicleta. Ella lo miró y negó con la cabeza. Kalle no la entendió, bajó de la bicicleta de un salto y corrió a su encuentro. Tropezó. Los policías lo detuvieron también a él. Más tarde afirmaría que así estaba bien, que de todos modos no habría sabido qué hacer sin Irina.

~ ~ ~

Kalle no dijo nada. Había aprendido a callar y no tenía miedo de la cárcel. Ya había estado allí en más de una ocasión, hurtos y robos con fuerza. Había oído mi nombre allí dentro y me pidió que asumiera su defensa. Quería saber qué había pasado con Irina, su propio caso le traía sin cuidado. Dijo que no tenía dinero, pero que debía ocuparme de su novia.

Si Kalle hubiera declarado, se habría salvado, pero fue difícil convencerlo. No hacía más que preguntar todo el tiempo si eso no podía perjudicar a Irina. Me agarraba fuerte del brazo, temblaba, decía que no quería cometer ningún error. Lo tranquilicé y le prometí que encontraría un abogado para Irina. Al final accedió.

Llevó a la policía hasta el hoyo del parque municipal y estuvo presente cuando exhumaron al gordo y clasificaron las partes del cuerpo. También mostró a los agentes el lugar donde había enterrado a su perro. Fue un malentendido; desenterraron también el esqueleto del perro y se quedaron mirándolo con aire de interrogación.

Los forenses certificaron que todas las heridas se habían producido con posterioridad a la muerte. Analizaron el corazón del gordo: había muerto de un infarto, no había duda. Las sospechas de homicidio quedaron en nada.

Finalmente, los cargos se redujeron al hecho de haberlo descuartizado. La fiscalía pensó en acusarlo de un delito de profanación de cadáver. La ley prohíbe hacer ultraje de un cadáver. Cortar un cadáver con una sierra y enterrarlo es un ultraje grave, dijo el fiscal.

Llevaba razón. Pero no se trataba de eso. Lo único que importaba era la intención del imputado. El objetivo de Kalle era salvar a Irina, no profanar el cadáver.

—Ultraje por amor —dije.

Presenté una resolución de la Corte Federal de Justicia que daba la razón a Kalle. El fiscal enarcó las cejas, pero retiró los cargos.

Las órdenes de prisión fueron revocadas y ambos excarcelados. Con la ayuda de una abogada, Irina presentó una petición de asilo y pudo quedarse temporalmente en Berlín. No se incoó ningún expediente de expulsión.

~ ~ ~

Estaban sentados en la cama, el uno al lado del otro. Una bisagra de una de las puertas del armario se había salido durante el registro policial, y la puerta colgaba torcida. Por lo demás, nada había cambiado. Irina le cogía la mano a Kalle, miraban por la ventana.

—Ahora tendremos que hacer otra cosa —dijo Kalle.

Irina asintió y pensó en la enorme suerte que tenían.

Summertime

Consuelo pensaba en el cumpleaños de su nieto, ese día tenía que comprarle sin falta la consola de videojuegos. Tenía turno desde las siete. El trabajo como camarera de hotel resultaba agotador, pero era un empleo estable, mejor que la mayoría de los trabajos que había tenido hasta la fecha. El hotel pagaba algo más de las tarifas al uso, era el mejor de la ciudad.

Sólo le faltaba por limpiar la habitación 239. Consignó la hora en la hoja de servicio. Le pagaban por habitación hecha, pero la dirección del hotel exigía que se cumplimentara esa hoja. Y Consuelo hacía todo cuanto quería la dirección. No podía permitirse perder el trabajo. Escribió en el papel: «15:26 h».

Consuelo tocó el timbre. Como nadie respondió, llamó a la puerta con los nudillos y volvió a esperar. Luego desbloqueó la cerradura electrónica y abrió la puerta un palmo. Tal como se lo habían enseñado, anunció en voz alta:

—Servicio de limpieza.

Como no obtuvo respuesta, entró en la habitación.

Era una *suite* de treinta y cinco metros cuadrados decorada en cálidos tonos ocres. Las paredes estaban revestidas de una tela beige y en el suelo de *parquet* había una alfombra de color claro. La cama estaba revuelta, en la mesilla de noche había una botella de agua abierta. Entre las dos *chaises-longues* de color naranja yacía una joven desnuda, Consuelo le vio los pechos antes que la cara, tenía la cabeza tapada. En el borde de la alfombra clara, la sangre había impregnado los flecos de lana y dibujado en rojo una suerte de festón. Consuelo contuvo el aliento, el corazón le iba a mil, avanzó dos pasos con cautela. Debía ver la cara de la mujer. Y fue entonces cuando soltó un grito. Tenía delante una masa pastosa y sanguinolenta de huesos, cabello y ojos, parte de la masa encefálica blanquecina había salido de la cabeza reventada y salpicado el *parquet* oscuro, y la pesada lámpara a la que Consuelo quitaba el polvo todos los días emergía del rostro embadurnado de sangre.

~ ~ ~

Abbas se había quitado un peso de encima. Acababa de confesar todo. Estaban sentados en el pequeño piso de Stefanie, que lloraba.

Abbas había crecido en Chatila, un campo de refugiados palestinos en Beirut. Sus zonas de recreo estaban situadas entre chabolas con puertas de chapa ondulada, edificios de cinco plantas llenos de agujeros de bala y coches viejísimos de fabricación europea. Los niños iban en chándal y llevaban camisetas con inscripciones occidentales; pese al calor, las niñas de cinco años se cubrían la cabeza con un pañuelo, y había pan caliente envuelto en un papel muy fino. Abbas había nacido cuatro años después de la gran matanza. Por aquel entonces, la milicia cristiana libanesa había mutilado y asesinado a cientos de personas, violado a mujeres y disparado incluso a niños. Más tarde, nadie fue capaz de contar el número de víctimas; el miedo se quedó para siempre. A veces, Abbas se tumbaba en el suelo de barro de su calle. Intentaba contar la intrincada maraña de cables eléctricos y telefónicos que había tendidos entre las casas y que cortaban el cielo en pedazos.

Sus padres habían pagado mucho dinero a los «pasadores», querían que su hijo tuviera un futuro en Alemania. Entonces contaba diecisiete años. Naturalmente, no le

concedieron asilo político y las autoridades le denegaron el permiso de trabajo. Vivía de los subsidios estatales, todo lo demás le estaba prohibido. Abbas no podía ir al cine ni al McDonald's; no tenía PlayStation ni teléfono móvil. El idioma lo aprendió en la calle. Era apuesto pero no tenía novia, no hubiera podido invitarla siquiera a un helado. Abbas sólo se tenía a sí mismo. Se pasaba el día sentado sin hacer nada; estuvo doce meses tirando piedras a las palomas, viendo la tele en la residencia de refugiados y matando el rato frente a los escaparates lujosos del Kurfürstendamm. Se aburría soberanamente.

Un buen día empezó con los pequeños robos. Lo pillaron y, tras la tercera amonestación del juez de menores, cumplió su primera condena de privación de libertad. Fue una época estupenda. En la cárcel hizo muchas amistades, y cuando lo soltaron había comprendido ya un par de cosas. Le habían dicho que a la gente como él —y muchos allí eran como él— sólo le quedaba el tráfico de drogas.

Fue muy sencillo. Entró a trabajar para un importante *dealer* que ya no hacía la calle. El dominio de Abbas era una estación del ferrocarril metropolitano, lo compartía con otros dos. Al principio él era sólo el «búnker», una caja fuerte humana para los estupefacientes. Guardaba las papelinas con las dosis en la boca. Otro se encargaba de negociar la venta, y un tercero cogía el dinero. Lo llamaban trabajo.

Los yonquis pedían «polvo marrón» o «polvo blanco» y pagaban con billetes de diez o veinte euros que habían robado, mendigado o ganado con la prostitución. El trato se cerraba deprisa. A veces las mujeres ofrecían su cuerpo a los camellos. Si alguna se conservaba bien, Abbas se iba con ella. Al principio le interesaba porque las chicas hacían todo cuanto les pedía. Pero llegó un momento en que empezó a molestarle la avidez que había en sus ojos: no lo querían a él, sino la droga que guardaba en la chaqueta.

Cuando llegaba la policía, tenía que salir por piernas. Enseguida empezó a reconocerlos, incluso de paisano llevaban uniforme: zapatillas de deporte, riñonera y chaqueta hasta las caderas. Daba la impresión de que fueran todos al mismo peluquero. Y mientras Abbas corría, tragaba. Si conseguía embucharse las bolsitas de celofán antes de que lo alcanzaran, era difícil que aportaran alguna prueba. En ocasiones le administraban vomitivos. Entonces se sentaban a su lado y esperaban a que vomitara las bolsitas dentro de un colador. De tarde en tarde moría alguno de sus nuevos amigos, los jugos gástricos deshacían el celofán demasiado deprisa.

Era un negocio peligroso, rápido y lucrativo. Abbas tenía entonces dinero y mandaba con regularidad sumas importantes a su familia. Había dejado de aburrirse. La chica a la que quería se llamaba Stefanie. Había estado observándola largo rato mientras bailaban en una discoteca. Y cuando ella se volvió, él, el gran camello, el rey de la calle, se ruborizó.

Evidentemente, ella no sabía nada de sus trapicheos. Por la mañana Abbas le dejaba cartas de amor en la puerta de la nevera. Les decía a sus amigos que, cuando Stefanie bebía, podía ver cómo el agua le bajaba por la garganta. Ella se convirtió en su patria, no tenía nada más. Echaba de menos a su madre, a sus hermanos y el cielo estrellado sobre Beirut. Pensaba en su padre, en cómo lo había abofeteado por haber robado una manzana en un puesto de fruta. Tenía por entonces siete años.

—En nuestra familia no somos delincuentes —había dicho el padre.

Había regresado donde el frutero y pagado la manzana. A Abbas le hubiera gustado ser mecánico de coches. O pintor. O carpintero. O cualquier otra cosa. Pero se había convertido en camello. Y ahora ya ni siquiera era eso.

Hacía un año había estado por vez primera en un salón recreativo. Al principio sólo

iba acompañado de sus amigos; fanfarroneaban, se las daban de James Bond y tonteaban con las camareras guapas. Pero un día empezó a ir solo, a pesar de que todos se lo habían advertido. Las máquinas tragaperras ejercían un poder de atracción sobre él. Llegado a cierto punto comenzó a hablar con ellas, cada una tenía su carácter; como los dioses, decidían su destino. Sabía que era adicto al juego. Llevaba cuatro meses perdiendo todos los días. Incluso mientras dormía oía la musiquilla de las tragaperras que anunciaba el premio. No podía evitarlo, tenía que jugar.

Sus amigos dejaron de llamarlo para traficar con drogas, para ellos no era más que un adicto, exactamente igual que sus clientes, los yonquis. Acabaría robándoles dinero, sabían qué futuro le esperaba y Abbas sabía que tenían razón. Pero eso no era ni de lejos lo peor.

Lo peor era Danninger. Abbas le había pedido prestado dinero, 5000 euros, y tenía que devolverle 7000. Danninger era un hombre amable, le había dicho que todo el mundo puede tener algún problema. Abbas no sintió miedo en ningún momento, estaba seguro de que iba a recuperar el dinero, era imposible que las máquinas lo hicieran perder siempre. Se equivocaba. El día que vencía el préstamo, Danninger fue a verlo y le tendió la mano. Luego sucedió todo muy deprisa. Danninger sacó unas tenazas del bolsillo, Abbas miró el mango, recubierto de un plástico amarillo y brillante a la luz del sol. Instantes después, el dedo meñique de la mano derecha de Abbas estaba sobre el bordillo. Mientras él gritaba de dolor, Danninger le alcanzó un pañuelo y le indicó el camino más corto al hospital. Danninger seguía siendo amable, aunque añadió que la deuda se había incrementado. Si Abbas no le pagaba 10 000 euros a lo largo de los tres meses siguientes, se vería obligado a cortarle primero el pulgar, luego la mano, y así sucesivamente hasta llegar a la cabeza. Le dijo que lo sentía, que le caía bien y le parecía un buen tipo, pero que había unas reglas y nadie podía cambiarlas. Abbas no dudó un solo instante de que Danninger hablara en serio.

Stefanie lloró más por el dedo que por el dinero perdido. No sabían qué hacer. Pero ahora al menos eran dos. Ya encontrarían una solución. Los dos últimos años habían encontrado una solución para todo. Stefanie dijo que Abbas debía empezar una terapia cuanto antes. Pero eso no resolvía el problema económico. Stefanie quería volver a trabajar de camarera. Con las propinas, eran 1800 euros al mes. A Abbas no le convencía la idea de que ella trabajara en una cervecería, estaba celoso de los clientes. Pero no había alternativa posible. Él no podía meterse de nuevo a traficar con drogas, le darían una paliza y lo mandarían a tomar viento.

Al cabo de un mes se hizo evidente que de aquella manera no iban a reunir el dinero. Stefanie estaba desesperada. Tenía que encontrar una solución, temía por Abbas. No sabía nada de Danninger, pero llevaba dos semanas cambiándole a Abbas el vendaje de la mano.

Stefanie quería a Abbas. Era distinto al resto de los chicos que había conocido hasta entonces, más serio y reservado. Abbas le hacía bien, pese a los comentarios desagradables de sus amigas. Ahora era el momento de hacer algo por él, de salvarlo. Pensó que aquella idea era incluso un poco romántica.

Stefanie no tenía nada que pudiera vender, pero sabía que era muy guapa. Y, como todas sus amigas, había leído más de una vez los anuncios de contactos en el periódico de la ciudad y se había reído de ellos. Ahora iba a contestar a uno de esos anuncios, por Abbas, por su amor.

Durante el primer encuentro con el hombre en el hotel de lujo estaba tan nerviosa que temblaba. Se mostró arisca, pero el hombre era amable y en modo alguno como se lo

había imaginado. Tenía incluso buen aspecto e iba atildado. Ciertamente le dio asco cómo la tocaba y cómo hubo de satisfacerlo, pero, sin saber exactamente cómo, se desenvolvió bien. No era distinto al resto de hombres que había conocido antes de Abbas, sólo mayor. Al acabar, se pasó treinta minutos en la ducha y estuvo cepillándose los dientes hasta que le sangraron las encías. Ahora había quinientos euros en el escondrijo de la lata de café.

Estaba en su casa, echada en el sofá, y se había aovillado en el albornoz. Debía hacerlo solamente un par de veces más y habría reunido el dinero. Pensó en el hombre del hotel, que vivía en otro mundo. El hombre quería verla una o dos veces por semana y pagarle cada vez quinientos euros. Aguantaría. Estaba segura de que no le haría daño. Pero Abbas no podía enterarse. Iba a darle una sorpresa y entregarle el dinero. Le contaría que se lo había dado su tía.

~ ~ ~

Percy Boheim estaba cansado. Miró por la ventana del hotel. Había llegado el otoño, el viento arrancaba las hojas de los árboles, atrás quedaban los días radiantes, y en breve Berlín volvería a sumirse en la grisura invernal durante unos buenos cinco meses. La estudiante se había marchado, era una chica simpática, algo tímida tal vez, pero todas lo eran al principio. Era una cosa clara, sin medias tintas: un trato. Pagaba y a cambio recibía el sexo que necesitaba. Nada de amor, nada de llamaditas nocturnas ni demás bobadas. Si ella se acercaba demasiado, él pondría fin al asunto.

A Boheim no le gustaban las prostitutas, lo había probado años atrás y le pareció repugnante. Pensaba en Melanie, su mujer. Era conocida públicamente como campeona de doma clásica, y como muchas Amazonas vivía exclusivamente para sus caballos. Melanie era fría; hacía ya mucho tiempo que no tenían nada que decirse, pero eran corteses el uno con el otro y habían llegado a un arreglo. Se veían poco. Él sabía que ella no iba a tolerar lo de sus estudiantes. Y de momento no podía recurrir a una separación, aunque sólo fuera por Benedikt, el hijo de ambos. Tendría que esperar unos años, hasta que el chico hubiera crecido. Benedikt quería a su madre.

Percy Boheim era uno de los industriales más conspicuos del país; había heredado de su padre la mayoría accionarial de una empresa de componentes para automóviles, formaba parte de numerosos consejos de administración y era asesor del gobierno en materia económica.

Pensaba en la inminente adquisición de una fábrica de tornillos alsaciana. Sus auditores de cuentas se lo habían desaconsejado, pero eran gente que nunca entendía nada. Hacía ya algún tiempo que tenía la sensación de que los abogados y auditores creaban constantemente problemas, pero nunca los resolvían. Quizá simplemente debería venderlo todo e irse a pescar. «Algún día —pensó Boheim—, algún día, cuando Benedikt sea suficientemente mayor». Luego se durmió.

~ ~ ~

Abbas estaba alarmado, en los últimos tiempos Stefanie hacía preguntas raras. Si alguna vez pensaba en otras chicas, si seguía gustándole, si aún la quería. Nunca antes le había preguntado esa clase de cosas. Hasta entonces, ella se había mostrado un tanto insegura en el sexo pero dominante en la relación; ahora parecía que se invertían los términos. Después de hacer el amor, se le arrimaba largo rato, e incluso mientras dormía se aferraba a él. También eso era nuevo.

Cuando ella se hubo dormido, Abbas se levantó y le registró el móvil. Ya se lo

había controlado muchas veces. Ahora había un nuevo contacto: «PB». Fue repasando mentalmente todos los conocidos, pero no le vino a la cabeza nadie con esas iniciales. Luego leyó los mensajes guardados. «Miércoles 12:00 h Parkhotel. Habitación 239 como siempre». El SMS era de «PB». Abbas fue a la cocina y se sentó en una de las sillas de madera. De la rabia que sentía apenas podía respirar. «Como siempre», de manera que no era la primera vez. Cómo podía hacerle eso. Justamente ahora, cuando su vida atravesaba la peor crisis. Él la quería, ella lo era todo para él, había pensado que juntos lo superarían. Abbas no daba crédito.

Al miércoles siguiente, a las doce en punto, estaba frente al Parkhotel. Era el mejor hotel de la ciudad. Y eso, para él, constituía un problema. El portero de la entrada no lo había dejado entrar. Abbas no se lo tomó como algo personal, no tenía precisamente pinta de hospedarse en el hotel. Estaba acostumbrado a las reservas que suscitaba su aspecto árabe. Así que se sentó en un banco y se puso a esperar. Esperó más de dos horas. Finalmente, Stefanie salió del hotel. Abbas fue a su encuentro y observó su reacción. Ella se asustó y se ruborizó.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Te estaba esperando.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí? —Stefanie se preguntaba qué más sabía.

—Te he seguido.

—¿Que me has seguido? ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué lo has hecho?

—Hay otro, lo sé. —Abbas tenía lágrimas en los ojos, la cogió por el brazo.

—No seas ridículo.

Stefanie se zafó de él y se dispuso a cruzar la plaza. Creía estar en una película.

Abbas corrió tras ella y la alcanzó en dos zancadas. Volvió a agarrarla.

—Stefanie, ¿qué hacías en el hotel?

Ella tuvo que concentrarse. «Piénsalo bien», se dijo.

—He venido a pedir trabajo. Pagan mejor que en la cervecería.

No se le ocurrió nada mejor.

Abbas, por supuesto, no le creyó. Discutieron a gritos en medio de la plaza. Stefanie pasó vergüenza, Abbas hablaba a voz en cuello, ella tiraba de él para llevárselo de allí. Al cabo de un rato se calmó. Fueron al piso de ella. Abbas se sentó a la mesa de la cocina, tomó té y no abrió la boca.

~ ~ ~

Boheim llevaba ya dos meses viéndose con Stefanie, que había perdido la timidez. Se entendían bien, acaso un poco demasiado. Stefanie le había contado que, dos semanas atrás, su novio la había seguido. Boehim estaba intranquilo, sabía que debía poner fin a aquella historia. Eso era lo engorroso de esa clase de relaciones. Un novio celoso era sinónimo de problemas.

Aquel día se retrasó, la reunión se había alargado más de la cuenta. Encendió el teléfono del coche y marcó el número de Stefanie. Era agradable oír su voz. Le dijo que llegaba enseguida. Ella se alegró y le confió que ya estaba desnuda.

Cuando entró en el garaje del hotel, colgó el teléfono. Le diría que se había acabado. A poder ser, ese mismo día. Boehim no era de los que se andan con rodeos.

~ ~ ~

El sumario estaba abierto sobre el escritorio. Hasta entonces constaba solamente de

dos legajos cosidos en la cartulina roja que suele usarse para las causas penales, pero iría aumentando en volumen. Al fiscal superior Schmied no le gustaba aquel sumario. Cerró los ojos y se reclinó en la silla. «Me faltan sólo ocho meses para la jubilación», pensó. Schmied era desde hacía doce años el jefe de la Unidad de Delitos Contra la Vida de la Fiscalía de Berlín. Y ya estaba harto. Su padre era oriundo de Breslavia, Schmied se sentía prusiano hasta la médula. No odiaba a los criminales que perseguía, sencillamente era su trabajo. Ya no quería ningún gran caso, prefería un par de homicidios simples, dramas familiares, casos que pudieran dilucidarse rápidamente. Pero, por favor, ningún caso más de los que exigen informes que luego hay que elevar al fiscal general.

Schmied tenía enfrente la solicitud para que se dictara orden de prisión preventiva contra Boheim. Aún no la había firmado. «No bien la firme, empezarán a salir disparates en la prensa», pensaba. Los periódicos sensacionalistas ya aparecían llenos de historias sobre la estudiante hallada desnuda en el hotel de lujo. Podía imaginarse a grandes rasgos qué iba a suceder si Percy Boheim, presidente y principal accionista de la Boheim-Werke, era detenido. Se armaría la de Dios es Cristo y el portavoz de la fiscalía recibiría todos los días órdenes acerca de qué tendría que decir.

Schmied suspiró y volvió a examinar las anotaciones que había redactado su nuevo colega. El nuevo era un buen tipo, todavía un tanto entusiasta, pero eso se arreglaría con el tiempo.

Las anotaciones resumían el sumario en estricto orden.

Stefanie Becker fue hallada muerta a las 15:26 h. Le habían destrozado la cabeza con violencia extrema y un gran número de golpes. El arma del crimen era la base de una lámpara de hierro colado que formaba parte de la decoración habitual de la habitación. «Politraumatismos causados por objeto contundente», según la jerga de la medicina forense.

Percy Boheim había sido el último en llamar al teléfono móvil de la víctima. Un día después de los hechos, dos inspectores de la brigada de homicidios fueron a verlo a su despacho de Berlín.

—Serán sólo unas preguntas rutinarias —dijeron.

Boheim solicitó a uno de los abogados de la empresa que asistiera a la conversación. En el informe policial se decía que no había mostrado ninguna reacción extraña. Le habían enseñado una foto de la chica muerta y él había negado conocerla. La llamada la había justificado diciendo que se había equivocado al marcar; la situación de su teléfono, arguyendo que había pasado con el coche frente al hotel. Los policías habían transcrito su declaración directamente en su oficina. Él la había leído de principio a fin y había estampado su firma en ella.

A esas alturas ya estaba claro que la conversación telefónica había durado casi un minuto, demasiado tiempo para una llamada hecha por error. Eso, sin embargo, los policías no se lo echaron en cara. Todavía no. Tampoco le revelaron que su número estaba memorizado en la agenda del teléfono de la víctima. Boheim se había convertido en sospechoso.

Al día siguiente llegaron los análisis de la policía científica: se habían encontrado restos de esperma en el cabello y en los pechos de la víctima. El ADN no concordaba con ninguno de los que había registrados en la base de datos. Boheim fue requerido para que entregara voluntariamente una muestra de saliva. Analizaron su ADN con urgencia: coincidía con el del esperma.

Ése era, en esencia, el informe.

A Schmied, como siempre, el legajo amarillo con las fotografías de la autopsia le resultó desagradable. Lo ojeó por encima: imágenes demasiado explícitas sobre un fondo azul que sólo podían soportarse si uno se obligaba a contemplarlas largo rato.

Pensó en la cantidad de horas que había pasado en el Instituto Forense. Allí todo transcurría a media voz, sólo se oía el ruido de los escalpelos y las sierras, los médicos hablaban concentrados en los dictáfonos, trataban a los muertos con respeto. Los chistes en la mesa de disección eran cosa de novela negra. Sólo al olor, a aquel típico olor putrefacto, nunca terminaría de acostumbrarse: en eso no era distinto de la mayoría de los forenses. Tampoco podía untarse mentol debajo de la nariz, algunas pistas se descubrían solamente por el olor de los muertos. En sus tiempos de joven fiscal, Schmied sentía repugnancia cuando la sangre del cuerpo era extraída con un cucharón y se pesaba, o cuando, tras examinar el cadáver, se colocaban de nuevo los órganos en el cuerpo. Con el tiempo comprendió que es todo un arte, después de una autopsia, saber suturar bien un cadáver de forma que nada se filtre y no haya pérdidas, y se había dado cuenta de que los médicos forenses departían sobre ello muy en serio. Era un mundo paralelo, como también lo era el suyo. Schmied era amigo del director del Instituto Forense; tenían casi la misma edad, y en privado nunca hablaban de sus respectivos oficios.

El fiscal superior Schmied suspiró por segunda vez. Luego firmó la petición de prisión provisional y la llevó al juez de instrucción.

Apenas dos horas más tarde, el juez dictaba la orden de prisión; a las seis horas, Boheim era detenido en su domicilio. A la misma hora se registraban los apartamentos, despachos y casas que Boheim tenía en Düsseldorf, Múnich, Berlín y en la isla de Sylt. La policía lo había organizado todo muy bien.

A la notificación de la orden de prisión asistieron tres abogados. En el pequeño despacho del juez parecían tres cuerpos extraños. Eran abogados civilistas, profesionales muy bien remunerados y especialistas en adquisición de empresas y arbitraje internacional. Hacía años que ninguno de ellos comparecía ante un tribunal; la última vez que se habían ocupado del derecho penal había sido cuando estudiaban. No sabían qué recursos debían presentar, y uno de ellos dijo amenazante que iba a hacer intervenir la política. El juez, no obstante, permaneció impasible.

Melanie Boheim aguardaba sentada en el banco de madera que había enfrente de la puerta de la sala de sesiones. Nadie le había dicho que no podría ver a su marido: la comparecencia no era pública. Siguiendo el consejo de sus abogados, Boheim permaneció en silencio. Los abogados llevaban un cheque en blanco y un documento del banco en el que se confirmaba que disponía de hasta 50 millones de euros para pagar una fianza. El juez de instrucción se mostró molesto por semejante suma, olía a justicia de clase. Rechazó la petición de libertad bajo fianza.

—No estamos en América —dijo, y preguntó a los abogados si querían presentar un recurso contra la orden de prisión.

El fiscal superior Schmied apenas había abierto la boca durante la sesión; creía haber oído el gong que anunciaba el combate.

~ ~ ~

Percy Boheim causaba una honda impresión. Un día después de su detención, fui a verlo al establecimiento penitenciario; el asesor jurídico de su empresa me había solicitado que me encargara de la defensa. Boheim estaba sentado a la mesa de la sala de visitas como si estuviera en su despacho, y me saludó muy cordialmente. Hablamos de la errada política

fiscal del gobierno y del futuro del sector automovilístico. Se comportó como si estuviéramos en una recepción y no en mitad de un procedimiento penal.

Cuando llegamos al tema que nos ocupaba, enseguida me confesó que en el interrogatorio de la policía había mentido. Que había querido proteger a su mujer y salvar su matrimonio. El resto de las preguntas las contestó con precisión, concentrado y sin titubear.

Me dijo que claro que conocía a Stefanie Becker, que había sido su amante, que la había conocido a través de un anuncio en una revista de Berlín. Le pagaba a cambio de sexo. Dijo que era una chica simpática, una estudiante. Que había considerado la posibilidad de ofrecerle, una vez finalizara la carrera, un puesto de prácticas en su empresa. Que nunca le había preguntado por qué se prostituía, pero que estaba seguro de que él era su único cliente. Que era tímida y sólo con el tiempo se había soltado.

—Ahora todo suena terrible, pero era lo que era.

Le había cogido cariño.

El día de los hechos había estado reunido hasta las 13.20, y había llegado al hotel poco después, sobre las 13.45. Dijo que Stefanie estaba esperándolo y que mantuvieron relaciones sexuales. Luego se había duchado y marchado enseguida, quería estar un poco a solas y preparar la siguiente cita. Stefanie se había quedado en la habitación, quería darse un baño antes de marcharse. Le dijo que se iría sobre las 15.30. Él le había metido los quinientos euros en el bolso, tal como estaba acordado.

En el ascensor que había junto a la habitación, Boheim había bajado directamente de la *suite* al *parking* subterráneo; hasta llegar a su coche había tardado un minuto, a lo sumo dos. Había salido del hotel sobre las 14.30, había ido en coche hasta el Tiergarten, el parque más grande de Berlín, y paseado cerca de media hora. Pensó en su relación con Stefanie y tomó la decisión de que debía ponerle fin. Había apagado el teléfono móvil, no quería que lo molestaran.

A las 16.00 tuvo una reunión en el Kurfürstendamm, en la que participaron otros cuatro señores. Entre las 14.30 y las 16.00 no se había encontrado ni llamado a nadie. Tampoco al salir del hotel se cruzó con nadie.

Clientes y abogados defensores mantienen una relación curiosa. Un abogado no siempre quiere saber qué ha ocurrido en realidad. Ello tiene su motivo en nuestro ordenamiento penal: si el defensor sabe que su cliente ha asesinado a alguien en Berlín, no puede solicitar la comparecencia de «testigos de descargo» que afirmen que el acusado estaba ese día en Múnich. Es moverse por el filo de la navaja. En otros casos es indispensable que el abogado sepa la verdad. Conocer la verdad de los hechos puede suponer entonces la ventaja mínima que libre a su cliente de una condena. Que el abogado esté convencido de la inocencia de su cliente no tiene la menor importancia. Su cometido es defender al cliente. Ni más ni menos.

Si las explicaciones de Boheim eran ciertas, esto es, si había salido de la habitación a las 14.30 y la mujer de la limpieza había encontrado el cadáver a las 15.26, quedaba casi una hora. Era tiempo de sobra. En sesenta minutos, el verdadero autor del crimen habría podido entrar en la habitación, matar a la chica y desaparecer antes de que llegara la mujer de la limpieza. No había pruebas que pudieran respaldar la declaración de Boheim. Si hubiera callado durante el primer interrogatorio, habría sido más fácil. Sus mentiras habían empeorado la situación, y no había el menor rastro de otro posible culpable. Aunque consideraba improbable que el tribunal lo condenara al término del juicio oral, tenía mis dudas acerca de si el juez iba a revocar a esas alturas la orden de prisión: no se habían

disipado las sospechas.

~ ~ ~

Dos días después, el juez de instrucción me llamó para concertar una entrevista a efectos de hablar sobre la revisión de la orden de prisión. La acordamos para el día siguiente. Pude mandar a un recadero del bufete a recoger los folios de la causa, la fiscalía había levantado el secreto de sumario.

El sumario contenía nuevas diligencias. Todas las personas que figuraban en la agenda del teléfono móvil de la víctima habían sido interrogadas. Una amiga a la que Stefanie Becker se había confiado explicó a la policía por qué se había prostituido.

Mucho más interesante, sin embargo, resultó saber que en el ínterin la policía había encontrado a Abbas. Tenía antecedentes por robo con fuerza y tráfico de drogas, y dos años antes lo habían condenado por un delito de lesiones, una reyerta delante de una discoteca. La policía lo había interrogado. Dijo que una vez, por celos, había seguido a Stefanie hasta el hotel, pero que ella había sabido explicarle el motivo de su visita. El interrogatorio se extendía a lo largo de muchas páginas, la desconfianza de los policías se advertía en cada línea. Al final sólo tenían un móvil y ninguna prueba.

A última hora de la tarde visité al fiscal superior Schmied en su despacho. Como siempre, me recibió con aire amable y profesional. Tampoco él las tenía todas consigo respecto de Abbas, los celos eran siempre un impulso fuerte. No había que descartarlo como posible culpable: conocía el hotel y la víctima era su novia, que se había acostado con otro. De haber estado allí, también él podría haberla matado. Le expliqué a Schmied por qué Boheim había mentido, y luego añadí:

—A fin de cuentas, acostarse con una estudiante no es ningún delito.

—Ya, pero tampoco es que sea muy bonito.

—Gracias a Dios, esto no es ahora lo importante —repuse—. El adulterio ya no está penado por ley.

El propio Schmied había tenido años atrás una aventura con una fiscal; en Moabit, sede del Tribunal Penal, todo el mundo estaba al corriente.

—No veo por qué motivo Boheim iba a querer matar a su amante —dije.

—Yo tampoco, de momento. Pero ya sabe usted que a mí los móviles me importan más bien poco. Lo cierto es que durante el interrogatorio mintió como un bellaco.

—Admito que eso lo convierte en sospechoso, aunque en última instancia no prueba nada. Además, es probable que su primera declaración sea declarada nula en el juicio oral.

—¿Cómo dice?

—En el momento de la declaración, los policías ya habían analizado las llamadas. Sabían que Boheim había hablado un momento con la víctima por teléfono. Sabían que su coche había estado cerca del hotel por la estación base a la que en ese momento estaba conectado su teléfono. Sabían que había reservado la habitación en que se cometió el crimen —dije—. Los policías, por tanto, tenían que haberlo interrogado como inculpado. Pero le tomaron declaración sólo como testigo y lo informaron sólo como testigo.

Schmied hojeó el interrogatorio.

—Tiene usted razón —admitió al final, apartando el sumario.

Aquellos jueguitos de la policía lo sacaban de quicio, en realidad nunca llevaban a ninguna parte.

—Por lo demás, en el arma del crimen, la lámpara con que golpearon a la estudiante hasta causarle la muerte, no se hallaron huellas dactilares —dije.

La policía científica sólo había encontrado el ADN de la chica.

—Es verdad —dijo Schmied—. Pero el esperma hallado en el pelo de la muchacha es de su cliente.

—Oh, vamos, señor Schmied, eso es un disparate. ¿Eyacula sobre la chica y luego se pone los guantes para matarla? Boheim no es tan idiota.

Schmied enarcó las cejas.

—Y el resto de las huellas que se hallaron en los vasos de agua, en las manijas de puertas y ventanas, etcétera, se explican simplemente por su presencia en el hotel —añadió.

Estuvimos discutiendo casi una hora. Al final, el fiscal superior Schmied dijo:

—A condición de que su cliente, en la comparecencia, explique con todo detalle cuál es la relación que mantenía con la víctima, estaré de acuerdo en que mañana se revoque la orden de prisión.

Se levantó y me tendió la mano para despedirse. Cuando me hallaba en el quicio de la puerta, añadió:

—Pero Boheim deberá entregar su pasaporte, depositar una fianza elevada y presentarse en comisaría dos veces por semana. ¿De acuerdo?

Vaya si estaba de acuerdo.

Cuando salí del despacho, Schmied se quedó satisfecho: parecía que la cosa se iba apaciguando. A decir verdad, él nunca había creído que Boheim fuera culpable. Percy Boheim no parecía un maniaco violento capaz de golpear repetidamente a una estudiante en la cabeza. Aunque, pensaba Schmied, ¿quién conoce al ser humano? De ahí que los móviles de un crimen rara vez fueran decisivos para él.

Cuando, al cabo de dos horas, se disponía a cerrar con llave la puerta de su despacho y marcharse a casa, sonó el teléfono. Schmied soltó una maldición, dio media vuelta, levantó el auricular y se dejó caer en el sillón. Era el inspector jefe de homicidios encargado del caso. Cuando, seis minutos más tarde, colgó el teléfono, Schmied miró la hora. Sacó su vieja estilográfica de la chaqueta, escribió una breve anotación sobre el asunto de la llamada y, con un clip, la colocó en lo alto del sumario. Apagó la luz y permaneció un rato sentado a oscuras. Sabía que Percy Boheim era el asesino.

~ ~ ~

Al día siguiente, Schmied volvió a convocarme en su despacho. Casi parecía triste cuando me alcanzó las fotografías deslizándolas sobre el escritorio. En las instantáneas se distinguía claramente a Boheim detrás del parabrisas de su coche.

—En la salida del garaje del hotel hay instalada una cámara de vídeo de alta resolución —dijo—. Su cliente fue filmado cuando abandonaba el *parking*. He recibido las imágenes esta mañana, los de homicidios me llamaron ayer a última hora, después de nuestra charla. Me resultó imposible localizarlo.

Lo miré con aire de interrogación.

—Las imágenes muestran al señor Boheim saliendo del garaje del hotel. Fíjese en la hora de la primera foto, por favor, aparece siempre sobreimpresionada en las grabaciones, abajo a la izquierda. Marca las 15.26:55. Hemos comprobado la hora de la cámara y está bien —dijo Schmied—. La mujer de la limpieza encontró a la víctima a las 15.26. También esa hora es correcta. Se ha confirmado con la primera llamada a la policía, que se realizó a las 15.29. Lo siento, pero el autor del crimen no puede ser otro.

No tuve más remedio que retirar el recurso de revisión de las medidas cautelares. Boheim permanecería en prisión provisional hasta que empezara el juicio.

~ ~ ~

En los meses siguientes preparamos el juicio. Todos los abogados del bufete se habían movilizado, se repasaban una y otra vez todos los detalles del sumario, el teléfono móvil, el análisis de ADN, la cámara del *parking*. La brigada de homicidios había hecho un buen trabajo, apenas podían encontrarse defectos procesales. La Boheim-Werke contrató una agencia de detectives, pero tampoco ellos averiguaron nada nuevo. Pese a que todas las pruebas apuntaban lo contrario, Boheim se mantuvo fiel a su versión de los hechos. Y aún a pesar de las pésimas perspectivas, no perdió la calma ni el buen humor.

A la hora de realizar su labor, la policía parte del supuesto de que no existe la casualidad. El noventa y cinco por ciento de las pesquisas consiste en trabajo de oficina, análisis de las pruebas materiales e interrogatorios a los testigos. En las novelas policíacas, el culpable confiesa en cuanto se le pegan cuatro gritos; en la vida real no resulta tan sencillo. Y si un hombre con un cuchillo ensangrentado en la mano aparece inclinado sobre un cadáver, entonces es el asesino. Ningún policía con dos dedos de frente pensaría que el hombre pasaba casualmente por ahí y extrajo el cuchillo del cadáver para ayudar. Aquella frase de un comisario que afirma que la solución es demasiado simple es un invento de los guionistas. Lo contrario sí es verdad. Lo que es evidente es probable. Y, casi siempre, también correcto.

Los abogados, en cambio, tratan de buscar una brecha en el edificio de pruebas erigido por la acusación pública. Sus aliados son el azar y la casualidad; su misión, impedir que arraigue prematuramente una verdad sólo aparente. Un agente de policía le dijo una vez a un magistrado de la Corte Federal que los defensores no son más que frenos en el coche de la justicia. El juez respondió que un coche sin frenos no sirve para nada. Un proceso penal funciona solamente en el marco de este juego de fuerzas.

Nos pusimos, pues, a buscar la casualidad que debía salvar a nuestro cliente.

Boheim tuvo que pasar la Navidad y el fin de año en prisión. El fiscal superior Schmied, generoso como era, le había concedido permisos especiales para hablar con los directivos de sus compañías, los auditores de cuentas y los abogados civilistas. Los recibía cada dos días y llevaba las empresas desde la celda. Sus compañeros de los consejos de administración y el personal de plantilla hicieron una declaración pública de apoyo a Boheim. También su mujer acudía a visitarlo con regularidad. Boheim solamente renunció a las visitas de su hijo; Benedikt no debía ver a su padre entre rejas.

Seguíamos sin atisbar un rayo de esperanza de cara a la vista oral, que había de empezar a los cuatro días. Salvo algunos recursos procesales, nadie tenía una idea sólida que pudiera garantizar una defensa exitosa. La posibilidad de un acuerdo, que suele ser frecuente en la justicia penal, quedaba descartada de raíz. El asesinato se castiga con cadena perpetua; el homicidio, con penas que van de los cinco a los diez años de prisión. No había nada que nos sirviera para negociar con el juez.

La impresión de las imágenes grabadas por la cámara de vídeo estaba sobre la mesa de la biblioteca del bufete. Boheim había sido captado con una nitidez pasmosa. Era como un folioscopio en seis imágenes. Boheim acciona con la mano izquierda el dispositivo de salida. La barrera se abre. El coche pasa por delante de la cámara.

Y entonces, de repente, todo estaba clarísimo. La solución llevaba cuatro meses en el sumario. Era tan simple que no pude evitar reírme. Nos había pasado a todos por alto.

~ ~ ~

El juicio se celebró en la sala 500 de Moabit. La fiscalía había presentado cargos por homicidio. El fiscal superior Schmied representaba personalmente el ministerio público; mientras leía los cargos que se imputaban, se hizo el silencio en la sala. Boheim fue escuchado en calidad de acusado. Se había preparado a conciencia, habló más de una hora sin apuntes ni guiones. Su voz sonaba simpática, la gente lo escuchaba complacida. Habló con máxima concentración de su relación con Stefanie Becker. No se dejó nada en el tintero, no quedó un solo punto por esclarecer. Describió el transcurso del encuentro en el día de los hechos y dijo que había salido del hotel a las 14.30. Acto seguido, respondió a las preguntas del tribunal y de la fiscalía con precisión y todo lujo de detalles. Explicó que pagaba a Stefanie Becker por mantener relaciones sexuales y expuso los motivos. Era absurdo, observó, suponer que había matado a una chica con la que no tenía más vínculo que ése.

Boheim estuvo magnífico. Se notaba cómo entre las partes implicadas en el juicio cundía el malestar. Era una situación extraña. Nadie quería imputarle aquel homicidio, aunque lo cierto es que no podía haber sido nadie más. Los testigos no estaban citados hasta la siguiente sesión.

Al día siguiente, la prensa sensacionalista abrió con el siguiente titular: «¿DE VERDAD FUE EL MILLONARIO QUIEN MATÓ A LA ESTUDIANTE?». Era otra forma de resumirlo.

~ ~ ~

El segundo día de la vista oral fue llamada a testificar Consuelo, la mujer de la limpieza. El hallazgo del cadáver la había afectado bastante. Sus indicaciones sobre la hora eran fehacientes. Ni el ministerio público ni la defensa plantearon preguntas.

El segundo testigo fue Abbas. Iba de luto. El tribunal le preguntó por su relación con la víctima, en particular por si Stefanie había hablado en alguna ocasión del acusado y qué le había dicho. Abbas no tenía información alguna que ofrecer al respecto.

Luego el presidente del tribunal le preguntó por el encontronazo que tuvo con Stefanie delante del hotel, por sus celos, por el hecho de haberla seguido y espiado. El juez estuvo correcto, hizo todo lo posible por averiguar si el día de los hechos Abbas había estado en el hotel. Abbas respondió negativamente a todas las preguntas que apuntaban en esa dirección. Explicó que era adicto al juego, que tenía deudas, que ya se había curado y que disponía de un permiso temporal de trabajo para saldar las deudas y que trabajaba en una pizzería como friegaplatos. Nadie del tribunal creyó que Abbas mintiera: quien habla espontáneamente de cuestiones tan íntimas no puede decir más que la verdad.

El fiscal superior Schmied también lo intentó todo, pero Abbas mantuvo su versión. A esas alturas llevaba ya casi cuatro horas en el banquillo de los testigos.

Yo no le pregunté nada. El presidente me miró con cara de asombro: al fin y al cabo, Abbas era el único culpable alternativo a Boheim. Pero me había propuesto otra cosa. La regla más importante que debe observar un defensor a la hora de interrogar a un testigo es no hacer preguntas cuya respuesta no conozca. Las sorpresas no son siempre agradables, y con el destino de un cliente no se juega.

Por lo demás, el juicio oral apenas reveló novedades; se siguió punto por punto el contenido del sumario. Sólo la amiga de Stefanie, a la que ésta había confesado la razón por la cual se prostituía, arrojó algunas sombras sobre Boheim, que al fin y al cabo se había aprovechado de la situación de la chica. Una escabina a la que creía de nuestra parte se revolvió inquieta en su asiento.

El cuarto día de la vista oral, como duodécimo testigo, fue llamado el policía al que nosotros esperábamos. No llevaba mucho en la brigada de homicidios. Su tarea había sido recuperar el vídeo de la cámara de vigilancia del *parking*. El presidente pidió que le explicara cómo había conseguido que los servicios de seguridad del hotel le entregaran la cinta. Sí, claro. Dijo que había cotejado *in situ* la hora que aparecía sobreimpresionada en los monitores del despacho de seguridad del hotel. Que había apreciado una diferencia de sólo un minuto respecto de la hora real. Que había redactado una nota sobre esta circunstancia.

Cuando llegó el turno de preguntas de la defensa, lo primero que pedí fue que me confirmara que el día que había obtenido el vídeo era en efecto el 29 de octubre. Dijo que sí, que era correcto, que era un lunes sobre las 17.00 horas.

—Y, dígame, ¿le preguntó al guardia del hotel si el 28 de octubre había cambiado la hora al horario de invierno? —inquirí.

—¿Qué? No. Si la hora estaba bien. Ya le he dicho que lo comprobé...

—El vídeo es del 26 de octubre. Ese día regía todavía el horario de verano. No fue hasta dos días más tarde, el 28 de octubre, cuando se hizo el cambio al horario de invierno.

—No entiendo... —dijo el policía.

—Es muy sencillo. Podría ser que el reloj de la cámara de vigilancia marcara siempre la hora de invierno. Si ese reloj marcara las 15.00 horas en verano, serían en realidad las 14.00; mientras que si marcara las 15.00 en invierno, sería la hora correcta.

—Cierto.

—El día de los hechos, el 26 de octubre, estaba vigente el horario de verano. El reloj marcaba las 15.26. Si no hubieran cambiado la hora, serían las 14.26. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo el policía—. Pero eso sólo en teoría.

—De esa teoría se trata, precisamente. La pregunta, pues, es si el reloj había sido debidamente ajustado. Porque, en caso contrario, el acusado habría salido de la habitación una hora antes de que la mujer de la limpieza encontrara el cadáver. Durante esa hora, cualquier otra persona podría haber matado a la víctima. Es por eso, oficial, que la pregunta al personal de seguridad del hotel hubiera sido decisiva. ¿Por qué no la hizo?

—No recuerdo si la hice o no. Puede que los de seguridad me lo dijeran...

—Tengo aquí una declaración del jefe de seguridad que tomamos hace unos días. Dice que nunca han tocado el reloj. Que desde que se instaló la cámara ha seguido siempre el mismo horario, el de invierno, por más señas. ¿Recuerda ahora mejor si le hizo la pregunta?

Entregué una copia de la declaración al tribunal y otra a la fiscalía.

—Creo... creo que no la hice —reconoció entonces el policía.

—Señoría, ¿sería tan amable de mostrar al testigo, del legajo de fotografías B, los folios que van del doce al dieciocho? Se trata de las imágenes en las que se ve cómo el imputado sale del garaje.

El presidente rebuscó en el legajo amarillo y extendió ante sí la impresión en papel de las imágenes grabadas por la cámara. El testigo se acercó a la mesa del juez y las examinó.

—¿Lo ve? Ahí lo tiene. 15.26:55. Ésa es la hora —dijo el policía.

—Sí, la hora equivocada. ¿Puedo pedirle que dirija su atención al brazo del acusado en la fotografía número cuatro? Por favor, fíjese bien. Se aprecia perfectamente la mano izquierda, pues en ese momento está accionando el botón. El señor Boheim llevaba ese día un Patek Philippe. ¿Puede usted distinguir las cifras que aparecen en la fotografía?

—Sí, son fácilmente reconocibles.

—Dígame, ¿qué hora lee usted?

—Las 14.26 —respondió el policía.

En el banco ocupado por la prensa, lleno a rebosar, cundió la alarma. El fiscal superior Schmied se acercó entonces a la mesa del juez para ver las fotos originales. Se tomó su tiempo, cogió las fotos una por una y las observó atentamente. Al final asintió con la cabeza. Eran los sesenta minutos que le faltaban para aceptar la posibilidad de un culpable alternativo y absolver con ello a Boheim. Llegados a este punto, el juicio terminaría enseguida, no disponían de más pruebas contra mi cliente. El presidente anunció que el tribunal necesitaba un receso.

A instancias de la fiscalía, media hora más tarde se revocó la orden de prisión que pesaba sobre Boheim; en la siguiente sesión, fue absuelto sin necesidad de más pruebas.

~ ~ ~

El fiscal superior Schmied felicitó a Percy Boheim por la absolución. Luego volvió sobre sus pasos, enfiló el largo pasillo que lo llevaba a su despacho, ultimó unas notas sobre el desenlace del proceso y abrió el siguiente sumario que lo aguardaba sobre la mesa. Tres meses más tarde se jubiló.

Abbas fue detenido aquella misma noche. El policía encargado de interrogarlo procedió muy hábilmente. Le dijo que Stefanie sólo se había prostituido para salvarlo a él, y le leyó la declaración de la amiga a la que Stefanie había contado todo. Cuando Abbas comprendió el sacrificio que ella había hecho, se vino abajo. Pero tenía experiencia con la policía y no confesó nada: los hechos siguen a día de hoy sin esclarecer. Abbas no pudo ser imputado, no había pruebas suficientes.

Un mes después del juicio, Melanie Boheim interpuso una demanda de divorcio.

Schmied no comprendió el asunto de la hora hasta pasados unos meses desde su jubilación; y como hacía un apacible día de otoño, negó con la cabeza. No bastaría para que se reabriera el procedimiento, ni explicaría la hora que marcaba el reloj de Boheim. De un puntapié, apartó una castaña del camino y bajó a paso lento por la alameda, mientras pensaba en lo extraña que es la vida.

Legítima defensa

Lenzberger y Beck merodeaban por el andén. Cabezas rapadas, pantalones y botas militares, andares desgarrados. En la chaqueta de Beck se leía «THOR STEINAR»; en la camiseta de Lenzberger, «PITBULL GERMANY».

Beck era un poco más bajo que Lenzberger. Lo habían condenado en once ocasiones por delitos de agresión. La primera lesión la había infligido con catorce años, cuando salió de ronda con los mayores y los ayudó a dar una paliza a un vietnamita. Luego la cosa fue a peor. A los quince años estuvo por primera vez en un correccional de menores, a los dieciséis se hizo un tatuaje. En la primera falange de los cuatro dedos de la mano derecha había una letra; juntas, formaban la palabra «O-D-I-O»; en el pulgar de la mano izquierda lucía una esvástica.

Lenzberger tenía solamente cuatro condenas en su certificado de antecedentes penales, pero llevaba consigo un nuevo bate de béisbol de metal. En Berlín se venden quince veces más bates que pelotas.

~ ~ ~

Beck increpó a una señora mayor, que se asustó. Él rió y dio dos zancadas hacia ella con los brazos en alto. La mujer, que iba al trote corto, aceleró el paso y, agarrando bien el bolso, se esfumó.

Lenzberger golpeó una papelería con el bate de béisbol. El ruido metálico reverberó en toda la estación; no necesitó mucha fuerza para abollar la chapa. El andén estaba casi desierto, faltaban cuarenta y ocho minutos para que saliera el siguiente tren, uno de alta velocidad con destino a Hamburgo. Se sentaron en un banco. Beck, con los pies sobre el asiento; Lenzberger, sobre el respaldo. Aburridos como estaban, tiraron la última botella de cerveza a las vías. Se rompió en mil pedazos, y la etiqueta se despegó lentamente hacia arriba.

Entonces lo avistaron. El hombre estaba sentado dos bancos más allá, tendría unos cuarenta y cinco años, medio calvo, gafas baratas de montura negra, traje gris. Un contable o funcionario, pensaron, un sosaina cuyos mujer e hijos lo esperaban en casa. Beck y Lenzberger intercambiaron una sonrisa burlona; era la víctima ideal, alguien a quien poder amedrentar. Hasta ese momento, la noche no había ido bien, ninguna mujer, muy poco dinero para cosas realmente buenas. La novia de Beck lo había dejado el viernes, estaba harta de tanto griterío y del alcohol. Aquel lunes por la mañana la vida era una mierda... hasta que descubrieron a aquel hombre. Se engolfaron en fantasías de violencia, se dieron el uno al otro unas palmaditas en el hombro y fueron hacia él del brazo.

Beck se dejó caer en el banco, al lado del hombre, y le eructó en el oído. Olía a alcohol y mala digestión.

—¿Qué, viejo, hoy ya hemos follado?

El hombre sacó una manzana del bolsillo de la chaqueta y la limpió con la manga.

—Eh, gilipollas, estoy hablando contigo.

Beck le quitó la manzana de un manotazo y la aplastó; la pulpa de la fruta salpicó las botas militares.

El hombre no miró a Beck. Permaneció impasible, la mirada baja. Beck y Lenzberger lo interpretaron como una provocación. Beck le clavó con fuerza el índice en el

pecho.

—Vaya, uno que no quiere responder —dijo, y le dio una bofetada.

Al hombre se le resbalaron las gafas, pero no se las ajustó. Como seguía sin moverse, Beck se sacó un cuchillo de la bota. Era largo, con una hoja de punta afilada por ambos lados y dentada en la base. Lo blandió delante de la cara del hombre, que se limitaba a mirar al frente. Beck lo pinchó un poco en el dorso de la mano, no mucho, un mero rasguño. Miró con expectación al hombre, en cuya mano asomó una gota de sangre. Lenzberger aguardaba impaciente lo que iba a suceder, y, de pura excitación, golpeó el banco con el bate de béisbol. Beck posó un dedo en la gota de sangre y la extendió sobre el dorso de la mano del hombre.

—¿Qué, gilipollas? ¿Va mejor?

El hombre seguía sin reaccionar. Beck se puso hecho una furia. El cuchillo cortó el aire, dos veces de derecha a izquierda, a apenas unos centímetros del pecho del hombre. A la tercera, el cuchillo acertó. Rasgó la camisa y rajó al hombre en la piel, una herida de veinte centímetros de longitud, casi horizontal; un poco de sangre impregnó el tejido y formó una ondulada línea roja.

En el andén opuesto había un médico que esperaba el primer tren de la mañana para acudir a un congreso de urología en Hannover. Más tarde declararía que el hombre apenas se había movido, que todo había ido muy deprisa. La cámara de la estación, que grabó lo ocurrido, no mostró más que algunas imágenes fijas en blanco y negro.

Beck volvió a tomar impulso, Lenzberger lo jaleaba. El hombre cogió a Beck por la mano en la que blandía el cuchillo al tiempo que lo golpeaba en el pliegue del codo derecho. El golpe cambió la dirección del cuchillo sin atajar el impulso. La hoja describió una parábola. El hombre dirigió la punta del cuchillo entre la tercera y la cuarta costilla de Beck, que se hirió a sí mismo en el pecho. Cuando el acero penetraba en la piel, el hombre golpeó con fuerza el puño de Beck. Fue todo un solo movimiento realizado con soltura, casi un paso de baile. La hoja se hundió por completo en el cuerpo de Beck y le partió el corazón. Beck vivió todavía cuarenta segundos. Se mantuvo en pie y se miró de arriba abajo. Tenía aferrada la empuñadura del cuchillo y dio la impresión de que leía el tatuaje que tenía en los dedos. No sintió ningún dolor, las sinapsis de los nervios no enviaban ya ningún impulso. No se dio cuenta de que se estaba muriendo.

El hombre se volvió hacia Lenzberger y lo miró. No había adoptado ninguna actitud especial, estaba ahí sin más. Esperando. Lenzberger no sabía si escapar o enzarzarse en una pelea, y como el hombre seguía teniendo aspecto de contable, tomó la decisión equivocada. Levantó el bate de béisbol. El hombre le asestó un solo golpe, un breve movimiento hacia el cuello de Lenzberger, tan rápido que las imágenes fijas de la cámara de la estación no pudieron registrarlo. Luego volvió a sentarse y ya no prestó más atención a sus agresores.

Fue un golpe preciso en el seno carotídeo, una pequeña dilatación del tracto de salida de la arteria carótida interna. Allí, en ese punto minúsculo, se concentra todo un haz de terminaciones nerviosas que interpretaron la sacudida como un aumento extremo de la presión arterial y mandaron al cerebro de Lenzberger la señal de bajar el ritmo cardíaco. El corazón le latía cada vez más lentamente, la circulación sanguínea se colapsó. Lenzberger se hincó de rodillas, el bate de béisbol cayó al suelo, a su espalda, rebotó un par de veces, rodó por el andén y fue a parar a las vías. El golpe había sido tan fuerte que desgarró la delicada pared del seno carotídeo. La sangre se infiltró y sobreexcitó los nervios, que entonces lanzaron sin interrupción la señal de detener el ritmo cardíaco. Lenzberger cayó de bruces en el andén; un hilo de sangre fue a colarse en las ranuras claras del pavimento y se

estancó junto a una colilla. Lenzberger murió, su corazón había dejado simplemente de latir.

Beck se mantuvo en pie dos segundos más. Entonces también él se desplomó, golpeándose la cabeza contra el banco y dejando en él una estría roja. Yacía en el suelo con los ojos abiertos; parecía mirar los zapatos del hombre. Éste se enderezó las gafas, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y esperó a que lo detuvieran.

La primera en llegar al escenario del crimen fue una sargento de policía. La habían mandado junto con un compañero cuando los dos cabezas rapadas habían accedido al andén. Vio los cadáveres, el cuchillo en el pecho de Beck, la camisa rasgada del hombre, y se percató de que estaba fumando. En su cerebro todos los datos cobraron la misma urgencia. Sacó el arma de servicio, apuntó al hombre y le dijo:

—Está prohibido fumar en todo el recinto de la estación.

~ ~ ~

—Un *key client* nos ha pedido ayuda. Por favor, ocúpate tú del caso, nosotros asumimos los costes —me dijo el abogado por teléfono.

Dijo que llamaba desde Nueva York, pero lo oía como si estuviera a mi lado. Se trataba de un asunto urgente. Era socio mayoritario de uno de esos bufetes mercantiles que cuentan al menos con una sede en cada país industrializado. Un *key client* es un cliente con el que el bufete gana mucho dinero, un cliente con derechos especiales. Le pregunté de qué se trataba, pero él no sabía nada. Dijo que su secretaria había recibido una llamada de la policía, que sólo le habían dicho que habían detenido a un hombre en la estación. No le habían dado ningún nombre. Que probablemente era un caso de «homicidio o algo así», que no sabía nada más. Se trataba de un *key client* porque aquel número de teléfono sólo lo facilitaban a esa clase de clientes.

Fui a la brigada de homicidios de la Keithstrasse. No importa si las comisarías están ubicadas en modernos rascacielos de acero y cristal o en un cuartel de doscientos años de antigüedad: todas se parecen. El suelo de los pasillos está cubierto de un linóleo de un gris verdoso, huele a productos de limpieza y en las salas de interrogatorios cuelgan pósters de gatos sobredimensionados y postales que los compañeros mandan cuando están de vacaciones. En los monitores y en las puertas de los armarios hay pegadas frases divertidas. Se sirve café tibio de filtro hecho con unas cafeteras de color naranja amarillento y con la placa requemada. Sobre las mesas hay tazas gruesas con inscripciones del tipo «I LOVE HERTHA», portalápices de plástico verde claro (marca Helit), y a veces en las paredes cuelgan portafotos de cristal, sin marco, con fotografías de puestas de sol realizadas por algún agente. El mobiliario es funcional y gris claro; los despachos, demasiado estrechos; las sillas, demasiado ergonómicas, y en los alféizares de las ventanas las plantas crecen en arlita.

El comisario principal Dalger, de la policía criminal, había llevado a cabo cientos de interrogatorios. Cuando, dieciséis años atrás, había ingresado en la brigada de homicidios, ésa era la cúspide de todo el aparato policial. Se sentía orgulloso de haberlo conseguido y sabía que fundamentalmente debía su ascenso a una de sus cualidades: la paciencia. Escuchaba, si era necesario, durante horas y horas, para él nunca nada era demasiado, y tras muchos años de servicio todo seguía pareciéndole interesante. Dalger evitaba el interrogatorio inmediato a la detención, cuando los hechos eran aún recientes y sabía poco. Él era el hombre de las confesiones. No recurría a trucos, chantajes o humillaciones. El primer interrogatorio se lo dejaba gustoso a los más jóvenes; él prefería no preguntar hasta

que creía saberlo todo sobre el caso. Tenía una memoria prodigiosa para los detalles. No se dejaba llevar por la intuición, aunque jamás hasta entonces le había fallado. Dalger sabía que las historias más absurdas podían ser ciertas, y las más creíbles, inventadas. Los interrogatorios, les decía a sus colegas más jóvenes, son un trabajo duro. Y nunca se olvidaba de añadir:

—Sigan el dinero o el esperma. Todos los asesinatos se explican por una cosa o la otra.

A pesar de que casi siempre teníamos intereses divergentes, nos respetábamos. Y cuando, finalmente, después de haber preguntado por él, entré en la sala de interrogatorios, parecía poco menos que contento de verme.

—No hay manera de salir de aquí —fue lo primero que dijo.

Dalger quiso saber quién me había encomendado la defensa. Le di el nombre del bufete mercantil, Dalger se encogió de hombros. Pedí a todos los presentes que abandonaran la habitación para poder hablar tranquilamente con mi representado. Dalger sonrió sarcástico.

—Pues nada, que haya suerte.

El hombre no levantó la vista hasta que estuvimos solos. Me presenté y él asintió cortésmente con la cabeza, pero no dijo nada. Lo intenté en alemán, en inglés y en un francés bastante malo. No hacía más que mirarme, pero no decía una palabra. Apartó el lápiz que le puse delante. No quería hablar. Le mostré un impreso de poder para pleitos, bien tenía que acreditar de alguna manera que iba a representarlo. Pareció reflexionar, y de pronto hizo algo curioso: abrió la almohadilla de tinta que había sobre la mesa y presionó con el pulgar derecho primero en el color azul y luego en la casilla del impreso destinada a la firma del poder.

—Es otra posibilidad —admití, y cogí el impreso.

Fui al despacho de Dalger, que me preguntó quién era el hombre. Esta vez fui yo quien se encogió de hombros. Luego me explicó con todo detalle qué había ocurrido.

Dalger se había hecho cargo del hombre el día antes; se lo había entregado la policía federal, que es la responsable de velar por la seguridad en las estaciones ferroviarias. El hombre no abrió la boca ni durante la detención, ni durante el transporte ni durante la primera tentativa de interrogatorio en la Keithstrasse. Lo habían intentado con varios intérpretes; antes de interrogarlo, le habían puesto delante la lista de sus derechos en dieciséis idiomas. Nada.

Dalger había ordenado que lo registraran, pero no encontraron nada. No llevaba cartera, tampoco documentación ni llaves. Dalger me mostró el acta del registro efectuado (parte B), que recogía en una lista los objetos hallados. Había siete entradas.

1. Pañuelos de la marca Tempo con una etiqueta con el precio de la farmacia de la estación.

2. Una cajetilla de tabaco con seis cigarrillos, precinta alemana.

3. Un mechero de plástico amarillo.

4. Un billete de segunda para la Estación Central de Hamburgo (sin reserva de asiento).

5. 16 540 euros en billetes.

6. 3,62 euros en monedas.

7. Una tarjeta de visita del bufete de abogados Lorguis, Metcalf & Partner, Berlín, con un número de teléfono directo.

Lo más curioso, sin embargo, era que en su ropa no se halló ninguna etiqueta

(pantalones, chaqueta y camisa podían estar hechas por un sastre, pero no hay mucha gente que se mande hacer calcetines y ropa interior a medida). Sólo los zapatos tenían un origen claro; eran de la marca Heschung, un fabricante de zapatos alsaciano, aunque fuera de Francia podían adquirirse también en tiendas buenas.

Se inició el proceso de identificación del hombre. Lo fotografiaron y le tomaron las huellas dactilares. Dalger ordenó que se consultaran todas las bases de datos. No se obtuvo ningún resultado: el hombre era un desconocido de las autoridades policiales. Tampoco la procedencia del billete aportó nada, lo había sacado en una de las máquinas del vestíbulo.

Entretanto habían visionado la cinta de vídeo de la estación y tomado declaración al médico del andén opuesto y a la señora mayor que se había llevado un susto. La policía había trabajado tan a conciencia como infructuosamente.

El hombre había sido detenido de forma preventiva y había pasado la noche en comisaría. Al día siguiente, Dalger había llamado al teléfono que aparecía en la tarjeta de visita. Había esperado el máximo de tiempo posible. Los abogados nunca facilitan estas cosas, había pensado.

Estábamos sentados en el despacho de Dalger y tomábamos café tibio de filtro. Vi dos veces la videograbación y le dije a Dalger que se trataba clarísimamente de un caso de legítima defensa, era casi de manual. Dalger no quería poner en libertad al hombre.

—Hay algo en él que no me cuadra.

—Sí, claro, eso es evidente. Pero, aparte de su intuición, no existe ningún motivo para retenerlo, lo sabe usted bien.

—Si ni siquiera sabemos cuál es su identidad...

—No, comisario Dalger. Eso es lo único que usted no sabe.

Dalger llamó al fiscal Kesting. Era lo que suele denominarse un «caso vital», es decir, un procedimiento competencia de la Unidad de Delitos Contra la Vida de la Fiscalía. Kesting conocía ya el caso por el primer informe de Dalger. No sabía qué hacer, pero fue resolutivo: una cualidad que a veces ayuda al ministerio público. Y por eso decidió llevar al hombre ante el juez de instrucción. Después de algunas llamadas telefónicas, conseguimos una citación para esa misma tarde a las cinco.

El juez de instrucción se llamaba Lambrecht y llevaba un jersey nórdico pese a que era primavera. Sufría de hipotensión, llevaba toda la vida pasando frío y más o menos el mismo tiempo de mal humor. Tenía cincuenta y dos años y exigía claridad, las cosas debían estar en orden, no quería llevarse fantasmas a casa.

Lambrecht era profesor invitado en la universidad, donde daba clases de Derecho Procesal Penal que eran legendarias por los ejemplos que citaba. Decía a los estudiantes que era un error creer que a los jueces les gustaba imponer condenas. «Lo hacen cuando es su deber, pero no cuando tienen dudas». Que el verdadero sentido de la independencia judicial era que también los jueces aspiraban a dormir tranquilos. En este punto los estudiantes siempre se reían. Sin embargo, era la verdad: apenas había conocido excepciones.

La posición del juez de instrucción es acaso la más interesante dentro de la justicia penal. Puede echar un vistazo a cada caso, no tiene que soportar aburridas vistas orales y no debe obedecer a nadie. Pero ésa es sólo una de las dos caras de la moneda. La otra es la soledad. El juez de instrucción decide solo. Todo depende de él, manda a la gente a la cárcel o la pone en libertad. Hay maneras más fáciles de ganarse la vida.

A Lambrecht le traían sin cuidado los defensores. Y tampoco le importaban los fiscales. A él lo que le interesaba era el caso, y dictaba sentencias difíciles de prever. La

mayor parte de la gente echaba pestes de él; las gafas, demasiado grandes, y los labios, lívidos, le daban un aire extraño, pero inspiraba respeto a todo el mundo. Para conmemorar sus veinte años de servicio, el presidente del Juzgado de Primera Instancia le había hecho entrega de un diploma y le había preguntado si, después de tantos años, seguía gustándole su profesión. Lambrecht le había contestado que nunca durante todo ese tiempo le había cogido el gusto. Era un hombre independiente.

Lambrecht leyó las declaraciones de los testigos, y después de que tampoco él fuera capaz de hacer hablar al hombre, pidió ver el vídeo. Tuvimos que verlo con él unas cien veces seguidas, podría haber dibujado cada una de las imágenes de memoria; duró una eternidad.

—Desconecte el cacharro —le dijo finalmente al oficial; luego se volvió hacia nosotros—. Bien, caballeros, les escucho.

Naturalmente, Kesting ya había entregado el borrador de la solicitud de la orden de encarcelamiento, sin la cual aquella audiencia no hubiera sido posible. Pedía el ingreso en prisión por dos casos de homicidio; existía riesgo de fuga, por cuanto el hombre no disponía de una identidad comprobable. Kesting dijo:

—Podría pensarse, ciertamente, que se trata de una situación de legítima defensa. Pero en ese caso se habría incurrido en desproporción manifiesta.

La fiscalía, pues, pretendía aducir desproporción en la legítima defensa. Si uno resulta agredido, tiene el derecho de defenderse y no existen limitaciones en la elección de los medios empleados. Puede responder a un puñetazo con una porra, defenderse de un cuchillo con una pistola, no tiene por qué escoger el medio más débil. Pero tampoco puede excederse: al atacante al que se ha disparado y dejado fuera de combate no se le puede cortar luego la cabeza. La ley no tolera esta clase de excesos.

—La desproporción estaría en el hecho de que el hombre golpeó el cuchillo cuando éste estaba ya en el pecho de la víctima —dijo Kesting.

—Ajá —dijo Lambrecht. Por la voz parecía sorprendido—. Letrado, le escucho.

—Todos sabemos que eso no tiene ni pies ni cabeza —dije—. Nadie tiene por qué tolerar una agresión con un arma blanca, y está claro que era legítimo que se defendiera como lo hizo. A la fiscalía no le importa eso, lo que está en juego es otra cuestión. El fiscal Kesting tiene demasiada experiencia como para creer que semejante acusación podría prosperar ante un jurado. Lo único que quiere es averiguar la identidad del hombre, y para eso necesita tiempo.

—¿Es eso cierto, señor Kesting? —inquirió Lambrecht.

—No —dijo Kesting—. El ministerio público nunca solicita el ingreso en prisión si no está plenamente convencido.

—Ajá —repitió el juez. Esta vez sonó irónico. Se volvió hacia mí—. Y usted, ¿puede decirnos quién es ese hombre?

—Ya sabe, señoría, que no estoy autorizado a revelarlo, aunque lo supiera.

—Entretanto había hablado por teléfono con el abogado que me había contratado—. El hombre puede recibir la citación en un bufete, le garantizo de palabra la autorización del abogado.

Facilité la dirección.

—¿Lo ve? —exclamó Kesting—. No lo quiere decir. Sabe mucho más, pero no lo quiere decir.

—Este procedimiento no es contra mí —dije—. Pero, veamos, las cosas están así: no sabemos por qué el imputado no suelta prenda. Es posible que no entienda nuestra

lengua. Pero también puede que calle por otros motivos...

—Con ello infringe el artículo 111 de nuestra Ley sobre Protección de la Seguridad Ciudadana —me interrumpió Kesting—. Está clarísimo que lo contraviene.

—Caballeros, les agradecería que hablaran uno después del otro —dijo Lambrecht—. El artículo 111 dice que toda persona está obligada a identificarse. Ahí le doy la razón a la fiscalía. —Lambrecht se pasaba todo el tiempo poniéndose y quitándose las gafas—. Pero es evidente que dicha disposición no justifica una orden de encarcelamiento. Según la ley, puede detenerse a una persona para su identificación un máximo de doce horas. Y hace ya mucho, fiscal Kesting, que se ha superado ese plazo de doce horas.

—Además —dije—, el imputado no siempre está obligado a identificarse. Si identificándose y reconociendo su verdadera identidad se arriesgara a ser perseguido por la vía penal, tiene derecho a permanecer en silencio. Es decir, si el hombre dijera quién es y eso llevara a su detención, es evidente que puede permanecer en silencio.

—Ahí lo tiene —dijo Kesting al juez de instrucción—. No nos dice quién es el hombre y nosotros no podemos hacer nada.

—Usted lo ha dicho: no pueden hacer nada —ratifiqué.

El hombre, impertérrito, seguía sentado en el banco. Llevaba una camisa con mis iniciales bordadas; se la había hecho llegar. Le iba bien de talla, pero en su piel quedaba rara.

—Señor fiscal —dijo Lambrecht—, ¿existía alguna relación entre el imputado y las víctimas?

—No. Al menos que sepamos —dijo Kesting.

—¿Se hallaban las víctimas en estado de embriaguez?

También en eso tenía Lambrecht razón; en una situación de legítima defensa, es preferible evitar enfrentarse a una persona ebria.

—Cero coma cuatro y cero coma cinco miligramos por litro.

—No es suficiente —dijo el juez—. ¿Ha encontrado cualquier otra información sobre el imputado que no figure aún en el sumario? ¿Existe algún indicio de otro delito u otra orden de arresto?

Lambrecht parecía estar punteando una lista.

—No —dijo Kesting, consciente de que a cada «no» se alejaba más y más de su objetivo.

—¿Hay diligencias en curso?

—Sí. Los informes completos de la autopsia aún no están listos. —Kesting estaba contento de haber encontrado algo a lo que agarrarse.

—Bueno, no parece muy probable que esos dos hayan muerto por un golpe de calor, señor Kesting. —Lambrecht suavizó el tono, una mala señal para la causa de la fiscalía—. Si la fiscalía no puede aportar nada más de lo que tengo sobre la mesa, decidiré ahora.

Kesting negó con la cabeza.

—Caballeros —dijo Lambrecht—, ya he oído bastante. —Se reclinó en la silla—. La situación de legítima defensa es más que evidente. Si a una persona la amenazan con un cuchillo y con un bate de béisbol, si llegan incluso a hierirla y a golpearla, está en su derecho de defenderse. Y puede defenderse de forma que ponga término a la agresión, que es exactamente lo que hizo el imputado. —Lambrecht hizo una breve pausa. Luego prosiguió—: Estoy de acuerdo con la fiscalía en que se trata de un caso inusitado. No puedo por menos de juzgar espantosa la sangre fría con que el imputado se enfrentó a las víctimas, pero no alcanzo a ver dónde está la desproporción manifiesta de que se hablaba. Que esta

reflexión es justa lo prueba también el hecho de que, si ahora estuvieran frente a mí y no en la mesa de disección del Instituto Forense, habría decretado sin dudarle orden de prisión para esos dos matones.

Kesting cerró su copia del sumario. Hizo un ruido excesivo.

Lambrecht dictó el auto:

—La petición de prisión provisional efectuada por la fiscalía queda desestimada. Ordeno la puesta en libertad inmediata del imputado. —Luego se volvió hacia Kesting y hacia mí—: Eso es todo. Buenas noches.

Mientras la secretaria judicial preparaba el auto de libertad, me acerqué a la puerta. Dalger estaba sentado en el banco destinado a las visitas, esperando.

—Hola, ¿qué hace usted aquí? —le pregunté.

No es habitual que un policía tenga tanto interés en conocer el desenlace de una comparecencia ante el juez.

—¿Lo han soltado?

—Sí, era un caso clarísimo de legítima defensa.

Dalger negó con la cabeza.

—Me lo figuraba —dijo.

Era un buen policía que llevaba veintiséis horas sin pegar ojo. Era evidente que aquella situación lo fastidiaba, tampoco a eso estaba acostumbrado.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, usted no se ha enterado de lo otro.

—¿De qué? —pregunté.

—La misma mañana en que su cliente fue detenido, encontramos un cadáver en Wilmersdorf. Una puñalada en el corazón. Ni huellas dactilares, ni restos de ADN, ni fibras, nada. Todas las personas del entorno de la víctima tienen una coartada, y las setenta y dos horas van pasando.

La regla de las setenta y dos horas dice que las probabilidades de esclarecer un asesinato o un homicidio caen en picado transcurridas setenta y dos horas desde los hechos.

—¿Qué está usted diciéndome?

—Que ha sido un profesional.

—Pero si las puñaladas en el corazón están a la orden del día... —aduje.

—Sí y no. En cualquier caso, rara vez son tan precisas. La mayoría tienen que asestar varias puñaladas, o el cuchillo se queda clavado en las costillas. Normalmente fallan.

—¿Y?

—Tengo una corazonada... Su cliente...

Evidentemente, era más que una mera corazonada: en Alemania se registran todos los años cerca de 2400 casos de homicidio, de los cuales cerca de 140 tienen lugar en Berlín. Son más de los que se producen en las ciudades de Frankfurt, Hamburgo y Colonia juntos; pero con un porcentaje de resolución del 95 por ciento, eso arroja exactamente siete casos en que no se logra dar con el culpable. Y allí acababan de poner en libertad a un hombre que encajaba a la perfección con la teoría de Dalger.

—Señor Dalger, su corazonada... —comencé, pero no me dejó terminar.

—Sí, sí, lo sé —dijo, y dio media vuelta.

Mientras se marchaba, le grité que me llamara si había novedades. Dalger masculló algo incomprensible, algo así como «sin ningún motivo... abogados... siempre igual...», y se fue a casa.

~ ~ ~

El hombre fue puesto en libertad en la misma sala de audiencias, le devolvieron el dinero y el resto de los efectos personales, y yo firmé en su nombre. Fuimos a buscar mi coche. Lo llevé a la estación, al mismo lugar donde treinta y cinco horas antes había matado a dos hombres. Bajó del coche sin decir una palabra y desapareció entre la multitud. Nunca he vuelto a verlo.

Una semana después tuve una comida con el jefe del bufete mercantil.

—Oye, ¿y quién es ese *key client* vuestro que quería que alguien se ocupara del desconocido? —le pregunté.

—No estoy autorizado a decírtelo, lo conocerías. Ni yo mismo sé quién es el desconocido. Pero tengo algo para ti —dijo, y sacó una bolsa.

Era la camisa que le había prestado al hombre. Limpia y planchada.

De camino al aparcamiento, la tiré a la basura.

Verde

Habían vuelto a traer una oveja. Los cuatro hombres, con sus botas de goma, estaban de pie alrededor del animal y lo miraban fijamente. Lo habían transportado en la trasera de una camioneta pickup hasta el patio de la casa solariega, y allí yacía ahora, bajo la llovizna, sobre una hoja de plástico azul. La oveja había sido degollada, y en el pelaje, manchado de barro, presentaba numerosas heridas de arma blanca. La sangre encostrada volvía a disolverse poco a poco en la lluvia, corría sobre el plástico formando unos hilos rojos e iba filtrándose entre los adoquines.

La muerte no era nada extraño para ninguno de los hombres; eran granjeros y todos habían sacrificado alguna res. Pero aquel cadáver les daba miedo: era una oveja Bleu-du-Maine, una raza muy prolífica, de cabeza azulada y ojos prominentes. Le habían arrancado los globos oculares, y en el borde de las cuencas de los ojos se apreciaban los restos filamentosos de los nervios ópticos y las fibras musculares.

El conde de Nordeck saludó a los hombres con un movimiento de cabeza, nadie estaba de humor para hablar. Echó una breve ojeada al animal y sacudió la cabeza en gesto de resignación. Sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta, contó cuatrocientos euros y entregó el dinero a uno de los hombres. Era más del doble de lo que valía la oveja. Uno de los granjeros dijo:

—Esto no puede continuar así. —Y expresó con ello lo que todos pensaban.

Cuando los hombres se marcharon del patio con la camioneta, Nordeck se subió el cuello del abrigo. «Los granjeros tienen razón —pensó—, debo hablar con él».

~ ~ ~

Angelika Petersson era una mujer gruesa, satisfecha. Hacía veintidós años que era policía en Nordeck; en el distrito de su jurisdicción jamás se había producido delito de sangre alguno, y tampoco hasta entonces se había visto obligada a sacar el arma estando de servicio. Ese día ya había terminado su jornada laboral, el informe sobre el conductor ebrio estaba concluido. Se balanceaba en su silla, feliz, pese a la lluvia, de que llegara el fin de semana. Por fin tendría ocasión de pegar en el álbum las fotos de las últimas vacaciones.

Cuando sonó el timbre, Petersson dio un bostezo. Apretó el pulsador. Como nadie apareció por la puerta, se levantó entre suspiros y maldiciones y salió a la calle, dispuesta a tirar de las orejas a esos chiquillos del pueblo, que seguían encontrando divertido ese estúpido juego de llamar a los timbres.

Casi no reconoció a Philipp von Nordeck. Estaba en la acera, delante del puesto de policía. Llovía a cántaros. El pelo mojado le caía en mechones gruesos por la frente, la chaqueta estaba empapada de sangre y barro. Empuñaba el cuchillo de cocina con tanta fuerza que los nudillos destacaban blancos sobre el resto de la mano. El agua resbalaba por la hoja.

Philipp tenía diecinueve años, Petersson lo conocía desde que era un niño. Se acercó a él lentamente, hablándole a media voz y en tono apacible, igual que en su día se había dirigido a los caballos de la granja de su padre. Le quitó el cuchillo de la mano y le acarició la cabeza; él se dejó. Luego le pasó el brazo por los hombros y, subiendo los dos escalones, lo condujo al interior de la casita. Lo acompañó al baño.

—Primero lávate, tienes un aspecto horrible —le dijo.

No era inspectora de la brigada criminal, y sencillamente sentía lástima por Philipp. Éste dejó correr un buen rato el agua caliente sobre sus manos, hasta que se le pusieron rojas y el espejo se empañó. Entonces se inclinó y se lavó la cara; la sangre y la suciedad corrieron por el lavamanos y obstruyeron el desagüe. Philipp miró fijamente la pila y susurró:

—Dieciocho.

Petersson no le entendió. Lo llevó al pequeño despacho, junto a la mesa. Olía a té y cera para suelos.

—Ahora, por favor, cuéntame qué ha pasado —pidió, y lo sentó en la silla de las visitas.

Philipp apoyó la frente en el canto de la mesa, cerró los ojos y guardó silencio.

—¿Sabes qué? Llamaremos a tu padre.

Nordeck acudió enseguida, pero lo único que dijo Philipp fue:

—Dieciocho. Era una dieciocho.

Petersson explicó al padre que debía informar a la fiscalía, que no sabía si había ocurrido algo malo y Philipp no decía nada sensato. Nordeck asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo, y pensó: «Ya ha llegado el día».

~ ~ ~

La fiscalía envió dos agentes de la policía judicial de la capital del distrito. Cuando llegaron, Petersson y Nordeck estaban en la oficina tomando té. Philipp se había sentado frente a la ventana y miraba hacia fuera, abstraído por completo.

Los policías le comunicaron oficialmente que estaba detenido de forma preventiva y lo dejaron bajo custodia de Petersson. Querían ir con Nordeck a la casa solariega para registrar la habitación de Philipp. Nordeck les mostró las dos estancias del primer piso que ocupaba su hijo. Mientras uno de los policías miraba alrededor y las inspeccionaba, Nordeck estaba con el otro en el vestíbulo. En las paredes colgaban cientos de cuernas de animales autóctonos y trofeos de África. Hacía frío.

El policía estaba delante de la enorme cabeza disecada de un búfalo negro de África oriental. Nordeck trató de aclarar el asunto de las ovejas.

—Le cuento —dijo, buscando las palabras apropiadas—. En los últimos cuatro meses, Philipp ha matado algunas ovejas. Bueno, las ha degollado. Los granjeros lo pillaron una vez y me lo contaron.

—Oh, vaya, así que las ha degollado —dijo el policía—. Estos búfalos pesan más de mil kilos, ¿verdad?

—Sí, son bastante peligrosos. Un león no tiene nada que hacer frente a un ejemplar adulto.

—A ver, el chico ha matado unas ovejas, ¿es eso? —El policía apenas podía separarse del búfalo.

Nordeck lo consideró una buena señal.

—Por supuesto, he pagado las ovejas; y queríamos hacer algo con Philipp, pero de alguna manera todos confiábamos en que las cosas volvieran a la normalidad... Es probable que nos equivocáramos. —«Lo de las puñaladas y los ojos mejor me lo ahorro», pensó.

—¿Por qué hace algo así?

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Suenas raro, ¿verdad?

—Sí, suena raro. Tenemos que hacer algo con él —repitió Nordeck.

—Eso parece. ¿Usted sabe qué ha pasado hoy?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿ha sido otra vez una oveja? —El policía no conseguía apartarse del búfalo; le tocó los cuernos.

—Sí, uno de los granjeros me ha llamado al móvil. Ha encontrado otra.

Ausente, el policía asintió con la cabeza. Le fastidiaba tener que pasar la noche de un viernes con un asesino de ovejas, pero el búfalo no estaba nada mal. Preguntó a Nordeck si el lunes por la mañana podía personarse en la jefatura de policía de la capital del distrito, para tomarle una breve declaración. No tenía ganas de más papeleos, quería irse a su casa.

—Por supuesto —respondió Nordeck.

El segundo policía bajó las escaleras. En la mano llevaba una caja de puros vieja con una etiqueta amarillo oscuro: «VILLIGER KIEL».

—Tenemos que incautarnos de esta caja —dijo.

Nordeck advirtió que la voz del policía cobraba de pronto un tono oficial. También los guantes de látex que llevaba puestos daban de alguna manera una impresión de oficialidad.

—Si usted lo dice... —dijo Nordeck—. ¿Qué hay dentro? Philipp no fuma.

—He encontrado la caja debajo de una baldosa suelta del baño —explicó el policía.

Nordeck se irritó con sólo pensar que en la casa hubiera alguna baldosa suelta. El policía abrió la caja con cuidado. Su compañero y Nordeck se inclinaron hacia delante e inmediatamente retrocedieron un paso.

La caja estaba forrada de plástico y dividida en dos compartimentos; en cada uno de ellos había un ojo algo deforme, y todavía húmedo, que los miraba. En el lado interior de la tapa había pegada una foto de una chica. Nordeck la reconoció enseguida: era Sabine, la hija de Gerike, el maestro de primaria. El día anterior había celebrado su decimosexto cumpleaños. Philipp había ido a la fiesta, y anteriormente había hablado de ella a menudo. Nordeck había supuesto que su hijo se había enamorado de Sabine. Pero en ese instante palideció: la chica de la foto no tenía ojos, se los habían recortado.

Nordeck buscó el número de teléfono del maestro en su agenda, le temblaba el pulso. Sostenía el auricular de tal modo que los policías también pudieran oír. Gerike se sorprendió de la llamada. Le dijo que no, que Sabine no estaba en casa. Que justo después de la fiesta se había ido a visitar a una amiga a Múnich. No, no había dicho nada todavía, pero eso no era raro.

Gerike trató de tranquilizar a Nordeck:

—Seguro que no pasa nada, Philipp la acompañó a coger el tren nocturno.

~ ~ ~

La policía hizo preguntas a dos empleados de la estación, revolvió la casa de Nordeck e interrogó a todas las personas que habían asistido a la fiesta de cumpleaños. No había ningún indicio del paradero de Sabine.

El médico forense analizó los ojos hallados en la caja de puros; eran ojos de oveja. También la sangre de la ropa de Philipp era de origen animal.

Unas horas después de la detención de Philipp, un granjero encontró otra oveja detrás de su casa de labranza. Se la echó a los hombros y, bajo la lluvia, la llevó por la calle del pueblo hasta el puesto de policía. El pelaje del animal estaba empapado, pesaba mucho; la sangre y el agua resbalaban por la chaqueta impermeable del granjero. La dejó caer en los escalones del puesto de policía; la lana mojada golpeó contra la puerta y dejó una

mancha oscura en la madera.

A medio camino entre la casa solariega y el pueblo, compuesto por unas doscientas casitas bajas, arrancaba una senda que llevaba a la casa frisia con techado de caña construida sobre el dique, una casa abandonada a la que todos se referían como la «choza del malecón». De día era el punto de encuentro de los niños, que iban a jugar; por la noche, las parejas se daban cita bajo la pérgola. Desde allí podía verse el mar y oírse los chillidos de las gaviotas.

Los policías encontraron el móvil de Sabine entre la avena húmeda, y, no muy lejos de allí, una diadema. Sabine la llevaba puesta la tarde de su cumpleaños, dijo su padre. Acordonaron la zona y un centenar de policías peinaron las marismas con perros adiestrados en la búsqueda de cadáveres. Se reclamó la presencia de agentes de la policía científica, que, con sus monos blancos de Tyvek, buscaron nuevas pruebas. Pero no encontraron nada más.

El ejército de policías hizo que también la prensa acudiera a Nordeck, y cualquiera que se dejara ver por la calle era entrevistado. Nadie salía apenas de casa, la gente echaba las cortinas y la taberna del pueblo quedó desierta. Sólo los periodistas con sus bandoleras de colores llenaban el bar. Tenían los portátiles abiertos, maldecían la lentitud de la conexión a internet y se contaban unos a otros noticias que no existían.

~ ~ ~

Llevaba días lloviendo sin parar, la bruma se posaba por la noche sobre los tejados de las casas bajas, e incluso el ganado parecía haberse vuelto desabrido. Los lugareños discutían sobre el caso y dejaron de saludar a Nordeck cuando se cruzaban con él.

A los cinco días de la detención de Philipp, el portavoz de la fiscalía ordenó la difusión de una foto de Sabine y la publicación en los periódicos de un anuncio de búsqueda. Al día siguiente, alguien pintarrajeó en rojo la palabra ASESINO en la puerta de la casa solariega.

Philipp estaba en la cárcel. Los tres primeros días apenas habló, y lo poco que decía era incomprensible. Al cuarto día volvió en sí. Los policías lo interrogaron; Philipp colaboró y respondió a todas las preguntas. Sólo cuando sacaron a colación el tema de las ovejas agachó la cabeza y guardó silencio. Los agentes, por supuesto, estaban más interesados en Sabine, pero Philipp sostenía una y otra vez que la había dejado en la estación. Antes de eso, dijo, habían ido a la choza del malecón y habían hablado.

—Como amigos —añadió.

Dijo que quizá fue entonces cuando ella perdió el teléfono y la diadema. Que él no le había hecho nada. No lograron sacarle nada más. Se negó a hablar con el psiquiatra.

~ ~ ~

El fiscal Krauther llevaba las diligencias. Por aquellos días dormía tan mal que, durante el desayuno, su mujer le dijo que por las noches le rechinaban los dientes. Su problema era que, en realidad, hasta ese momento no había ocurrido nada. Philipp von Nordeck había matado algunas ovejas, pero eso no era más que daños materiales y una violación de la Ley de Protección de Animales. No había perjuicios económicos, su padre se había encargado de pagar las ovejas y ningún granjero había presentado una denuncia. Cierto que Sabine no había llegado a casa de su amiga en Múnich.

—Pero es una chica joven, y que no haya dado señales de vida puede obedecer a cientos de razones sin importancia —le dijo Krauther a su mujer.

La caja de puros no bastaba para concluir que Philipp había matado a la chica, aun cuando el juez de instrucción hubiera accedido a su petición de prisión provisional y la mantuviera hasta entonces. Krauther se sentía incómodo.

Como en el campo no había muchos casos que suscitara esa clase de cuestiones, el reconocimiento médico de Philipp fue al menos rápido. No se encontraron malformaciones cerebrales, ninguna enfermedad del sistema nervioso central, tampoco ninguna alteración cromosómica. «Pero es evidente que está como una cabra», pensaba Krauther.

Habían transcurrido seis días desde la detención cuando me reuní por primera vez con el fiscal; la vista para la revisión de la orden de prisión provisional estaba programada para el día siguiente. Krauther tenía aspecto cansado, pero parecía contento de poder compartir sus quebraderos de cabeza con alguien.

—Según Rasch —dijo—, las perversiones tienden a ir a más. Si hasta el momento sus víctimas eran sólo ovejas, ¿no podría ser que ahora fueran también personas?

Hasta el final de sus días, Wilfried Rasch fue considerado el decano de la psiquiatría forense. La idea de que las perversiones se agudizan con el tiempo es una de sus teorías científicas. Sin embargo, después de todo lo que hasta ese momento sabíamos de los actos de Philipp, me parecía improbable que se tratara de una perversión.

Antes de la conversación con Krauther, había hablado con el veterinario que, por orden de Nordeck, se había encargado de destruir los cadáveres de los animales. La policía tenía cosas mejores que hacer que interrogar a ese hombre, o quizá es que a nadie se le había ocurrido. El veterinario era un observador atento, y los episodios le habían parecido tan singulares que había redactado un breve informe sobre cada una de las ovejas muertas. Hice llegar esas anotaciones a la fiscalía, que les echó una ojeada. Cada oveja presentaba dieciocho puñaladas. Krauther me miró. También la agente de policía había mencionado que Philipp no hacía más que pronunciar la palabra «dieciocho». Podía ser, pues, que la cosa tuviera que ver con ese número.

Dije que no creía que Philipp sufriera un trastorno de la sexualidad. El médico forense había analizado la última oveja y no había encontrado indicio alguno de que a Philipp le excitara matar animales. No se halló esperma, ni indicios de que hubiera penetrado a la oveja.

—No creo que Philipp sea un perverso —dije.

—Entonces, ¿qué es?

—Probablemente sea esquizofrénico.

—¿Esquizofrénico?

—Sí, tiene miedo de algo.

—Es posible. Pero no quiere hablar con el psiquiatra.

—No está obligado —repliqué—. Es muy sencillo, señor Krauther. No tiene usted nada. No tiene ningún cadáver, no tiene prueba de delito alguno. Por no tener, ni siquiera tiene indicios. Usted ha mandado encerrar a Philipp von Nordeck por haber matado unas ovejas. Pero la orden de prisión se ha dictado por el asesinato de Sabine Gericke. Es absurdo. Si está en la cárcel es sólo porque usted tiene un mal presentimiento.

Krauther sabía que yo tenía razón. Y yo sabía que lo sabía. A veces es más fácil ser abogado defensor que fiscal. Mi cometido era actuar con parcialidad y ponerme del lado de mi cliente. Krauther debía obrar con neutralidad. Pero no podía.

—Ojalá aparezca la chica —dijo.

Krauther estaba sentado de espaldas a la ventana. La lluvia azotaba los cristales y resbalaba por ellos formando anchos regueros. Se volvió en su silla giratoria y siguió mi

mirada hacia fuera, hacia el cielo gris. Estuvimos cerca de cinco minutos así, viendo caer la lluvia; ninguno de los dos abrió la boca.

~ ~ ~

Pasé la noche en casa de los Nordeck; habían transcurrido diecinueve años desde la última vez que había dormido allí, cuando el bautizo de Philipp. Mientras cenábamos, rompieron una ventana de una pedrada. Nordeck dijo que era la quinta vez en lo que iba de semana, que no tenía sentido llamar a la policía. Pero que era mejor que metiera el coche en uno de los graneros del patio, que si no a la mañana siguiente me encontraría con los neumáticos rajados.

Hacia medianoche, cuando ya me había acostado, entró en mi habitación Viktoria, la hermana de Philipp. Tenía cinco años y llevaba un pijama muy colorido.

—¿Puedes hacer que Philipp vuelva a casa? —preguntó.

Me levanté, me la subí a hombros y la llevé de nuevo a su cama. Las puertas eran suficientemente altas como para que no chocara la cabeza, una de las pocas ventajas de una casa antigua. Me senté en su cama y la arrebujé.

—¿Has tenido alguna vez un resfriado? —le pregunté.

—Sí.

—Bien, pues Philipp tiene una especie de resfriado en la cabeza. Está enfermito y tiene que curarse.

—¿Y cómo estornuda en la cabeza?

Estaba claro que la comparación no era particularmente afortunada.

—No se puede estornudar en la cabeza. Lo que pasa es que Philipp está confuso. Quizá un poco como tú cuando tienes pesadillas.

—Pero cuando me despierto todo vuelve a estar bien.

—Exacto. Philipp tiene que despertarse por completo.

—¿Lo traerás de nuevo a casa?

—No lo sé —dije—. Voy a intentarlo.

—Nadine ha dicho que Philipp hizo algo malo.

—¿Quién es Nadine?

—Nadine es mi mejor amiga.

—Philipp no es malo, Viktoria. Y ahora a dormir.

Viktoria no quería dormir. No le convencía que yo supiera tan poco. Se preocupaba por su hermano. Luego me pidió que le contara un cuento. Tuve que inventar uno en que no aparecieran ni ovejas ni enfermedades. Cuando se hubo dormido, fui a buscar el sumario y el portátil, y trabajé en su habitación hasta la madrugada. Se despertó dos veces más, se incorporó en la cama y luego siguió durmiendo. Sobre las seis, cogí un par de botas de goma que había en el vestíbulo y salí al patio a fumar un cigarrillo. Hacía frío y el ambiente estaba húmedo; había pasado la noche en blanco y sólo faltaban ocho horas para la revisión de la orden de prisión.

Tampoco aquel día hubo noticias de Sabine. Ya llevaba una semana desaparecida. El fiscal Krauther solicitó una prórroga de la prisión provisional.

~ ~ ~

Las audiencias de revisión de las medidas cautelares suelen ser desagradables. La ley exige que se acrediten motivos fundados suficientes para atribuir razonablemente la responsabilidad penal del delito a la persona contra quien se haya de dictar el auto de

prisión. Suena claro e inequívoco, pero en la realidad es muy difícil lidiar con ello. A menudo, a estas alturas acaban de iniciarse las investigaciones, el procedimiento no ha hecho más que empezar y la mayor parte de los hechos siguen sin aclarar. El juez no puede actuar a la ligera, debe pronunciarse sobre la privación de libertad de una persona que quizá es inocente. Este tipo de vistas son mucho menos formales que un juicio oral, no son públicas; jueces, fiscales y abogados no llevan toga, y en la práctica consiste en una conversación seria sobre la prórroga de la prisión provisional.

El juez instructor de la causa contra Philipp von Nordeck era un hombre joven que acababa de superar el período de prueba. Estaba nervioso, no quería cometer errores. A la media hora dijo que ya había oído todos los argumentos y que emitiría su dictamen una vez hubiera consultado en el departamento administrativo competente. Eso significaba que quería agotar el plazo de catorce días para esperar nuevas diligencias. Fue insatisfactorio para ambas partes.

Cuando salí del juzgado, seguía lloviendo a cántaros.

~ ~ ~

Sabine estaba sentada en un banco de madera en la entrecubierta del transbordador que unía Kollund y Flensburg. Venía de pasar una semana feliz y lluviosa en compañía de Lars, en esa localidad costera danesa que, aparte de tiendas de muebles y una pequeña playa, no tiene mucho que ofrecer. Lars era un joven obrero de la construcción que llevaba tatuado en la espalda el nombre de su equipo de fútbol. Sabine había ocultado a sus padres que iba a pasar la semana con él; a su padre no le gustaba el tal Lars. En casa confiaban en ella, y ella estaba convencida de que, si de ellos dependía, no iban a llamarla.

Lars la había acompañado al *ferry* y ahora Sabine tenía miedo. Desde el mismo momento en que había embarcado, el hombre de la chaqueta deshilachada no le quitaba el ojo de encima. Seguía mirándola a la cara, y ahora incluso se acercaba a ella. Sabine se disponía a levantarse para alejarse de allí cuando el hombre dijo:

—¿Eres Sabine Gerike?

—Pues... sí.

—Por el amor de Dios, hija, llama a tu casa. Te están buscando por todas partes. Mira aquí, en el periódico.

Poco después sonaba el teléfono en casa de los padres de Sabine, y media hora más tarde yo recibía una llamada del fiscal Krauther. Me dijo que Sabine se había escapado con su novio, que eso era todo, y que la esperaban después de mediodía. Philipp fue puesto en libertad, pero debía seguir sin falta un tratamiento psiquiátrico. De todos modos, ya lo habíamos convenido con el propio Philipp y su padre. Krauther me hizo prometer que me ocuparía de ello.

~ ~ ~

Fui a buscar a Philipp al centro penitenciario, que parecía uno de esos castillos que los niños levantan con sus juegos de construcción. Philipp, por supuesto, estaba contento de quedar en libertad y de que Sabine estuviera sana y salva. De vuelta a casa de sus padres, le pregunté si le apetecía dar un paseo. Nos detuvimos junto a un camino vecinal. Sobre nosotros se abovedaba uno de esos cielos de los cuadros de Emil Nolde; había dejado de llover y se oía chillar a las gaviotas. Hablamos de su internado, de su afición por las motos y de la música que escuchaba por entonces. De repente, sin que viniera a cuento, me contó lo que no había querido decirle al psiquiatra:

—Veo las personas y los animales como números.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando veo un animal, tiene un número. Esa vaca, por ejemplo, es un treinta y seis. La gaviota, un veintidós. El juez era un cincuenta y uno; el fiscal, un veintitrés.

—¿Lo calculas?

—No; lo veo. Lo veo enseguida. Igual que otros ven una cara. No tengo que calcularlo, simplemente está ahí.

—¿Yo también tengo un número?

—Sí, el cinco. Un buen número.

No pudimos evitar reírnos. Era la primera vez desde que lo habían detenido. Seguimos caminando un rato más, en silencio.

—Philipp, ¿qué me dices del dieciocho?

Me miró aterrorizado.

—¿Cómo que el dieciocho?

—Es el número que mencionaste a la policía, y mataste a las ovejas con dieciocho puñaladas.

—No, eso no es verdad. Primero las maté y luego les asesté seis puñaladas en cada costado y otras seis en el lomo. También tuve que sacarles los ojos. Fue muy complicado, las primeras veces se me rompieron. —Se estremeció y luego balbució—: Tengo miedo del dieciocho. Es el diablo. Tres por seis, dieciocho. ¿Lo entiendes?

Lo miré con aire inquisitivo.

—El Apocalipsis, el Anticristo. Es el número de la bestia y del diablo —dijo poco menos que gritando.

En efecto, el 666 es un número que aparece en la Biblia, en el Apocalipsis de san Juan. Allí se lee: «En esto consiste la sabiduría. El que tenga entendimiento, calcule el número de la bestia, pues es número de un ser humano: seiscientos sesenta y seis». La creencia popular decía que el evangelista se refería con ello al diablo.

—Si no mato a las ovejas, sus ojos quemarán la tierra. Los globos oculares son los pecados, las manzanas del árbol de la ciencia del bien y del mal, que lo destruirán todo.

Philipp se echó a llorar como un niño, a moco tendido; le temblaba todo el cuerpo.

—Philipp, por favor, escúchame. Tienes miedo de las ovejas y de sus ojos horribles. Eso puedo entenderlo. Pero toda esta historia con el Apocalipsis de san Juan no tiene ni pies ni cabeza. Con el 666, san Juan no se refería al diablo, sino que era una alusión velada a Nerón, el emperador romano.

—¿Cómo?

—Si sumamos el valor numérico de las letras hebreas que se usan para escribir «emperador Nerón», obtenemos el 666. Eso es todo. San Juan no podía escribir el nombre del emperador, debía cifrarlo. No tiene nada que ver con el Anticristo.

Philipp seguía llorando. No serviría de nada decirle que en la Biblia no hay ningún pasaje que hable de un manzano. Philipp habitaba su propio mundo. Al cabo se tranquilizó y regresamos al coche. El aire, que la lluvia había aclarado, sabía a sal.

—Tengo otra pregunta —dijo pasado un rato.

—¿Sí?

—¿Qué pinta Sabine en todo esto? ¿Por qué hiciste eso con sus ojos?

—Unos días antes de su cumpleaños, vi sus ojos en mi habitación. Se le habían puesto ojos de oveja. Y entonces lo comprendí. Se lo dije la noche de su cumpleaños en la choza del malecón, pero no quiso escucharme. Estaba asustada.

—¿Qué es lo que comprendiste?
—Tanto su nombre como su apellido tienen cada uno seis letras.
—¿Querías matarla?
Philipp me miró largo rato. Luego dijo:
—No, no quiero matar a ninguna persona.

~ ~ ~

Una semana más tarde lo llevé a una clínica psiquiátrica de Suiza. No quiso que su padre lo acompañara. Después de que hubiéramos deshecho sus maletas, nos recibió el director del centro, que nos enseñó las instalaciones, luminosas y modernas. Philipp estaba en un buen sitio, en la medida en que pueda afirmarse tal cosa de un sanatorio neuropsiquiátrico.

Yo ya había hablado largo y tendido por teléfono con el director de la clínica. También él, a distancia, era de la opinión de que todo apuntaba a una esquizofrenia paranoide. No es una enfermedad rara, se estima que un uno por ciento de la población la sufrirá alguna vez a lo largo de la vida. A menudo se manifiesta en brotes que llevan a trastornos del pensamiento y la percepción, con alteraciones que afectan tanto la forma como el contenido de los mismos. La mayoría de los pacientes oye voces, muchos creen que los persiguen, que son responsables de catástrofes naturales, o, como en el caso de Philipp, sufren alucinaciones. La enfermedad se trata con medicación y con psicoterapia prolongada. Es imprescindible que los pacientes confíen en ella y se abran. Las probabilidades de una curación completa rondan el treinta por ciento.

~ ~ ~

Al final de la visita, Philipp me acompañó hasta la puerta principal. No era más que un joven solitario, triste, temeroso.

—Nunca me has preguntado qué número soy yo.
—Tienes razón. Y bien, ¿qué número eres?
—Verde —dijo.
Luego dio media vuelta y regresó a la clínica.

La espina

Feldmayer había tenido muchos trabajos en su vida. Había sido cartero, camarero, fotógrafo, pizzero y, durante seis meses, herrero. Con treinta y cinco años se presentó a una plaza de vigilante en el Museo de Arte Antiguo de la ciudad y, para su sorpresa, lo contrataron.

Una vez hubo rellenado todos los impresos, respondido a las preguntas y entregado las fotografías para la credencial de identificación, en el guardarropa le hicieron entrega de tres uniformes grises, seis camisas de un azul intermedio y dos pares de zapatos negros. Uno de sus futuros compañeros lo acompañó para mostrarle el edificio, le enseñó la cantina, la habitación de descanso y los baños, y le explicó cómo funcionaba la máquina de fichar. Para terminar, le mostró la sala que habría de vigilar.

Mientras Feldmayer recorría el museo, la señora Truckau, una de las dos empleadas del departamento de personal, ordenaba los papeles del recién incorporado, mandaba una parte a contabilidad y abría una carpeta. Los nombres de los vigilantes se escribían en unas fichas que se metían en un fichero. Cada seis semanas se cambiaba el orden de las mismas, de forma que los trabajadores eran destinados a otro museo de la ciudad para hacer que su servicio fuera variado.

La señora Truckau se puso a pensar en su novio. El día anterior, en el café donde llevaban viéndose casi seis meses después del trabajo, le había pedido que se casara con él. Se le había trabado la lengua y se había puesto rojo; le habían sudado las manos, que dejaron su contorno dibujado en la mesa de mármol. Ella había dado un brinco de alegría y lo había besado delante de todo el mundo; luego habían corrido al piso de él. Ahora estaba cansada y rebosante de planes; enseguida volvería a verlo, él le había prometido que iría a buscarla al trabajo. La señora Truckau se pasó media hora en el baño, sacó punta a los lápices, clasificó clips de oficina y se entretuvo en el pasillo hasta que al final consiguió que el tiempo transcurriera. Se puso la chaqueta sobre los hombros, bajó corriendo las escaleras que llevaban a la salida y se echó a los brazos de él. La señora Truckau había olvidado cerrar la ventana.

Más tarde, cuando la mujer de la limpieza abrió la puerta del despacho, una ráfaga de aire alcanzó la ficha a medio rellenar, que fue a dar en el suelo y posteriormente barrida. Al día siguiente, la señora Truckau pensó en todo lo imaginable, salvo en la ficha de Feldmayer. Su nombre no fue incluido en el fichero de rotaciones, y cuando, un año después, la señora Truckau renunció a su puesto de trabajo para cuidar de su bebé, todos se habían olvidado de Feldmayer.

Feldmayer nunca se quejó.

~ ~ ~

La sala estaba casi vacía, tenía ocho metros de altura y unos ciento cincuenta metros cuadrados. Las paredes y el techo abovedado eran de ladrillo, cuyo rojo, atenuado por una capa de cal, daba a la estancia un aire cálido. El suelo era de un mármol azul plumizo. Era la última de doce salas interconectadas en una de las alas del museo. En el centro de la misma se erguía la estatua, montada sobre un pedestal de piedra gris. Había tres ventanales; a los pies del central se encontraba la silla; en el alféizar del izquierdo, un higrómetro cubierto por una campana de cristal que emitía un suave tictac. Los ventanales daban a un

patio interior con un castaño solitario. El vigilante más cercano se hallaba cuatro salas más allá; a veces Feldmayer oía el crujido lejano de las suelas de goma sobre el piso de piedra. Por lo demás, reinaba el silencio. Feldmayer se sentaba y esperaba.

Las primeras semanas estuvo inquieto. Se levantaba cada cinco minutos, iba de un lado a otro de la sala, contaba sus pasos y se alegraba de ver a cualquier visitante. Feldmayer se buscó una ocupación. Midió la sala con la sola ayuda de una regla de madera que se había traído de casa. Primero midió el ancho y el largo de una de las losas de mármol del suelo y, a partir de esos datos, calculó la superficie total. Luego reparó en que había olvidado las juntas, que también midió y sumó al cómputo total. Las paredes y el techo eran más difíciles, pero Feldmayer tenía tiempo de sobra.

Llevaba un cuaderno en el que anotaba todos los cálculos. Midió las puertas y sus marcos, los huecos de los pestillos, el largo de las manijas, los zócalos, los cubrerradiadores, los tiradores de los ventanales, la distancia entre las dos hojas, el perímetro del higrómetro y de los interruptores. Sabía cuántos metros cúbicos de aire había en la estancia, hasta dónde entraban y sobre qué losa caían los rayos de sol cada día del año, conocía la humedad media del aire y sus variaciones por la mañana, al mediodía y por la tarde. Consignó que la duodécima junta contando desde la puerta de entrada era medio milímetro más estrecha. El segundo tirador por la izquierda tenía en la parte inferior una mancha de pintura azul que no podía explicar, pues no había nada azul en la sala. El cubrerradiador presentaba una zona que no se había esmaltado por completo, y en los ladrillos de la pared posterior había tres agujeros del tamaño de un alfiler.

Feldmayer contaba los visitantes. Cuánto tiempo pasaban en su sala, desde qué ángulo observaban la estatua, con qué frecuencia miraban por la ventana, quién lo saludaba con un movimiento de cabeza. Hacía estadísticas sobre los visitantes masculinos y femeninos, sobre niños, grupos de escolares y maestros, sobre los colores de las chaquetas, las camisas, los abrigos, los jerséis, los pantalones, las faldas y las medias de los visitantes. Contaba cuántas veces respiraba una persona en su sala, cuántas veces pisaban una u otra losa, cuántas y qué palabras se pronunciaban. Había una estadística para el color de pelo, de ojos y de piel, otra para bufandas, bolsos y cinturones, y aún una última para calvas, barbas y anillos de boda. Contaba las moscas y trataba de comprender el sistema de sus maniobras de vuelo y sus campos de aterrizaje.

~ ~ ~

El museo cambió a Feldmayer. Todo empezó cuando una noche no pudo soportar más el volumen de su televisor. Estuvo medio año viéndolo sin sonido, luego dejó de encenderlo y acabó por regalárselo a la parejita de estudiantes que se habían mudado al piso de enfrente, en el mismo rellano. Lo siguiente fueron los cuadros. Tenía algunas litografías, *Manzanas y servilleta*, *Los girasoles* y *El Watzmann*. En algún momento los colores empezaron a irritarlo, descolgó los cuadros y los bajó a la basura. Poco a poco fue vaciando su piso: revistas ilustradas, jarrones, ceniceros decorados, posavasos, un cubrecama morado y dos platos con motivos de Toledo. Feldmayer lo tiró todo. Arrancó el empapelado, alisó las paredes y las blanqueó; quitó la moqueta y pulió el suelo de madera.

Al cabo de unos años, la vida de Feldmayer seguía un ritmo constante. Se levantaba todas las mañanas a las seis. Luego, sin preocuparse por el tiempo que hiciera, cruzaba el parque de la ciudad recorriendo un camino circular que exigía exactamente cinco mil cuatrocientos pasos. Iba tranquilo, sin prisas, y sabía cuándo el semáforo del paso de peatones iba a cambiar a verde. Si alguna vez no conseguía mantener el ritmo, se sentía a

disgusto el resto del día.

Todas las noches se ponía unos pantalones viejos y, de rodillas, pulía las tablas del suelo entarimado de su piso (un trabajo agotador que se prolongaba casi una hora y le resultaba gratificante). Realizaba las tareas domésticas con mucho esmero y dormía plácida, profundamente. Los domingos acudía siempre al mismo restaurante, pedía pollo asado y lo acompañaba con dos cervezas. La mayoría de las veces, además, charlaba un rato con el dueño, un ex compañero de colegio.

Antes de trabajar en el museo, Feldmayer salía asiduamente con chicas; con el tiempo, empezaron a interesarle cada vez menos. Simplemente, como le decía al dueño del restaurante, eran «demasiado» para él.

—Hablan alto y hacen preguntas a las que no sé responder. Y del trabajo tampoco tengo mucho que contar.

El único pasatiempo de Feldmayer era la fotografía. Tenía una Leica estupenda que había comprado de segunda mano a muy buen precio; en uno de sus trabajos había aprendido a revelar fotos. En el cuarto trastero de su piso había montado un laboratorio, pero después de tantos años en el museo era incapaz de pensar en nuevos temas.

Hablaba regularmente con su madre por teléfono y la visitaba cada tres semanas. Cuando ella murió, se quedó sin familia. Feldmayer se dio de baja del teléfono.

Su vida discurría tranquila, evitaba toda agitación. No era ni feliz ni infeliz: Feldmayer estaba satisfecho con su vida.

Hasta que se ocupó de la escultura.

~ ~ ~

Era lo que se conoce como un *Spinario*, un motivo del arte antiguo. Un muchacho desnudo sentado en una roca, la espalda inclinada hacia delante, la pierna izquierda doblada y apoyada sobre el muslo derecho. Con la mano izquierda se coge el empeine del pie izquierdo, mientras con la derecha se saca una espina de la planta del pie. La figura de mármol de la sala de Feldmayer era una estilización romana del original griego. No era especialmente valiosa, existen numerosas copias.

Hacía mucho que Feldmayer había medido la figura, había leído sobre ella todo lo que había encontrado, e incluso habría sido capaz de dibujar de memoria la sombra que la figura proyectaba en el suelo. Pero hubo un día, entre el séptimo y el octavo año en el museo, no lo recordaba con detalle, en que empezó todo. Feldmayer estaba sentado en su silla y miraba la estatua sin verla en realidad, cuando de repente se preguntó si el muchacho habría encontrado la espina. No sabía de dónde venía la pregunta; sencillamente estaba allí y no conseguía quitársela de la cabeza.

Se acercó a la figura y la examinó. No logró hallar la espina en el pie. Feldmayer se puso nervioso, una sensación que llevaba años sin experimentar. Cuanto más se fijaba, menos claro tenía que el muchacho hubiera logrado prender la espina. Esa noche durmió mal. A la mañana siguiente, suspendió la vuelta por el parque y derramó el café. Llegó al museo demasiado pronto y tuvo que esperar media hora a que abrieran el acceso del personal. Llevaba una lupa en el bolsillo. Poco menos que se precipitó en su sala y, con la lupa, examinó la estatua milímetro a milímetro. No encontró ninguna espina, ni entre el pulgar y el índice ni en el pie. Feldmayer se preguntó si tal vez el muchacho la habría dejado caer. Se deslizó de rodillas en torno a la estatua y rebuscó por el suelo. Luego se sintió indispuerto y fue a vomitar al baño.

Feldmayer deseó no haber descubierto el asunto de la espina.

En las semanas siguientes todo fue de mal en peor. Se pasaba toda la jornada sentado con el muchacho en la sala y devanándose los sesos. Se imaginaba al muchacho jugando, acaso al escondite o al fútbol. «No puede ser —pensaba entonces Feldmayer, que había leído sobre el tema—, debió de tratarse de una carrera. En Grecia se pasaban el día haciendo esa clase de cosas». Y entonces el muchacho había pisado una espina microscópica. Le dolió, no pudo volver a apoyar el pie. Los otros cogieron la delantera y él tuvo que sentarse en la piedra. Y aquella maldita espina invisible llevaba siglos metida en su pie y no se dejaba extraer. Feldmayer estaba cada vez más desasosegado. Al cabo de unos meses empezó a despertarse presa de la ansiedad. Por las mañanas, daba vueltas y más vueltas por la sala de descanso, y era él, al que los compañeros llamaban «el monje» a sus espaldas, el que aprovechaba el rato en la cantina para charlar con cualquiera y hacía cuanto podía para retrasar al máximo su llegada a la sala. Finalmente, cuando estaba con el muchacho, era incapaz de mirarlo.

Las cosas empeoraron. Feldmayer tenía accesos de sudor, sufría palpitaciones y se mordía las uñas. Apenas pegaba ojo; si echaba una cabezada, tenía pesadillas y despertaba empapado en sudor. Su vida exterior no era más que una cáscara. Pronto empezó a creer que la espina estaba en su cabeza, donde crecía sin cesar. Le raspaba la pared interior del cráneo, Feldmayer oía el ruido. Todo lo que hasta entonces en su vida había sido huero, tranquilo y ordenado se transformó en un caos de pinchos y púas. Y no había modo de librarse. Había perdido el olfato y tenía problemas de respiración. A veces notaba que le faltaba tanto el aire que abría uno de los ventanales de par en par, lo cual estaba terminantemente prohibido. Sólo comía porciones pequeñas porque temía atragantarse. Se convenció de que al muchacho se le había infectado el pie, y cuando se volvía a echarle un vistazo, estaba seguro de que iba creciendo a cada día que pasaba. Debía liberarlo, redimirlo de aquel dolor. Y así fue como se le ocurrió la idea de las chinchetas.

~ ~ ~

En una tienda de artículos de oficina, compró una caja de chinchetas con la cabeza de un amarillo chillón. Compró las más pequeñas, no quería que dolieran demasiado. A tres calles de allí había una zapatería. Feldmayer no tuvo que esperar mucho: un hombre flaco se probó el zapato, gritó de dolor, saltó a la pata coja hasta el banco y, entre blasfemias, se sacó la chincheta amarilla del pulpejo del pie. Sosteniéndola entre el índice y el pulgar, la examinó a contraluz y se la mostró al resto de los clientes.

Con la visión de la chincheta extraída, el cerebro de Feldmayer liberó tantas endorfinas que por poco se desploma allí mismo. Durante horas lo inundó una felicidad pura, toda la ansiedad y la sensación de impotencia desaparecieron de golpe, tenía ganas de abrazar al hombre herido y al mundo entero. Con aquel éxtasis, después de muchos meses, volvía a dormir todas las noches de un tirón y tenía un sueño recurrente: el muchacho se sacaba la espina, se levantaba, reía y le guiñaba un ojo.

Transcurrieron sólo diez días hasta que el *Spinario* volvió a mostrarle el pie herido con aire de reproche. Feldmayer suspiró, aunque sabía qué debía hacer; conservaba la caja de chinchetas en el bolsillo.

~ ~ ~

Llevaba ya veintitrés años trabajando en el museo, y sus días allí iban a terminar en cuestión de minutos. Feldmayer se puso en pie y sacudió las piernas; en los últimos tiempos se le dormían cada vez más del rato que pasaba sentado. Faltaban tan sólo dos minutos para

que todo acabara. Puso la silla debajo del ventanal del centro, igual que la había encontrado en su primer día de trabajo, la colocó debidamente y la limpió con la manga de la chaqueta. Luego se acercó por última vez a la estatua.

Nunca en veintitrés años había tocado al muchacho de la espina. Ni planeado nada de lo que iba a ocurrir. Se vio a sí mismo agarrando la estatua con las manos; sintió el mármol pulido, frío, cuando lo cogió del pedestal. Pesaba más de lo que esperaba. Lo sostuvo a la altura de los ojos (ahora sí lo tenía cerca) y luego lo levantó y levantó, cada vez más alto, por encima de su cabeza, se puso de puntillas y estiró los dedos de los pies lo máximo que pudo. Permaneció en esta posición durante casi un minuto, hasta que empezó a temblar. Respiró hondo, lo más hondo de que fue capaz, arrojó con todas sus fuerzas la estatua al suelo y gritó. Feldmayer gritó como nunca había gritado en su vida. El grito retumbó en la sala, se propagó de pared en pared; fue tan desgarrado que, nueve salas más allá, en el café del museo, una de las camareras dejó caer una bandeja llena. La escultura impactó en el suelo y, con un estallido sordo, se hizo añicos; una losa de mármol se resquebrajó.

Y entonces sucedió algo extraño. Feldmayer tuvo la sensación de que la sangre de sus venas cambiaba de color, de que mudaba a un rojo pálido. Notaba cómo salía del estómago y se extendía por todo el cuerpo hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies, iluminándolo por dentro. La losa resquebrajada, las muescas en las paredes de ladrillo y las motas de polvo se hicieron esculturales, todo se cernía sobre él, daba la impresión de que los fragmentos de mármol estaban suspendidos en el aire. Entonces distinguió la espina. Brillaba con una luz singular, la vio simultáneamente desde todos los ángulos, hasta que se disolvió y la perdió de vista.

Feldmayer se hincó de rodillas. Alzó lentamente la cabeza y miró por la ventana. El castaño se elevaba con ese verde suave que sólo se da en los primeros días de primavera; el sol de la tarde proyectaba sombras móviles en el suelo de la sala. Se habían acabado los dolores. Feldmayer notaba el calor en el rostro, le picaba la nariz; y entonces se echó a reír. Rió y rió, se llevó la mano a la barriga, y ya no pudo parar.

~ ~ ~

Los dos policías que lo acompañaron a casa se quedaron asombrados de la austeridad de su piso. Lo sentaron en una de las dos sillas que había en la cocina y se dispusieron a esperar hasta que se tranquilizara y pudiera tal vez explicarles algo.

Uno de los agentes fue a buscar el baño. Abrió por error la puerta del dormitorio, entró en la habitación, que estaba a oscuras, y buscó a tientas el interruptor de la luz. Entonces lo vio: paredes y techo estaban empapelados con miles de fotografías, unas pegadas sobre otras, no quedaba un milímetro por cubrir. Había fotografías hasta en el suelo y en la mesilla de noche. Todas mostraban el mismo motivo, sólo cambiaba la ubicación: hombres, mujeres y niños sentados en escalones, en sillas, en sofás y alféizares, sentados en piscinas, en zapaterías, en praderas y a orillas de lagos. Todos sacándose del pie una chincheta amarilla.

~ ~ ~

La dirección del museo presentó una denuncia contra Feldmayer por daños materiales y expresó su intención de solicitar una indemnización por daños y perjuicios. La fiscalía abrió diligencias por cientos de casos de lesiones. El jefe de la unidad competente de la fiscalía resolvió someter a Feldmayer al examen de un perito psiquiatra. Salió un

informe curiosísimo. El psiquiatra no acababa de decidirse: por un lado, decía, Feldmayer había sufrido una psicosis; por el otro, no descartaba que se hubiera curado a sí mismo gracias al destrozo de la estatua. Podía ser que Feldmayer fuera peligroso, y que algún día las chinchetas se convirtieran en cuchillos. Pero también podía ser que no.

Finalmente, la fiscalía formuló una querrela criminal ante un tribunal de escabinos. Eso significaba que el fiscal solicitaba una pena que iba de los dos a los cuatro años.

Cuando se formula una querrela, es el tribunal quien debe decidir si la admite o no a trámite. El juez inicia el procedimiento cuando considera más probable una condena que una absolución. O al menos eso es lo que dicen los manuales. Porque en la realidad concurren cuestiones de índole muy diversa. A ningún juez le gusta dejar su decisión en manos de un tribunal superior, de ahí que muchos procedimientos se inicien pese a que el juez, en el fondo, crea que va a terminar absolviendo al acusado. Si el juez no quiere iniciarlo, suele tratar de dialogar con la fiscalía para cerciorarse de que ésta no presentará un recurso.

El juez, el fiscal y yo estábamos reunidos en el despacho del primero y discutíamos el caso. Las pruebas de la fiscalía me parecían insuficientes: no había más que las fotografías, la acusación no disponía de testigos y tampoco estaba claro de cuándo eran las fotos (quién sabe, a lo mejor los delitos habían prescrito). El informe del perito no revelaba gran cosa, y Feldmayer no había hecho ninguna confesión. Quedaban los daños ocasionados a la estatua. Yo tenía claro que el principal responsable era la dirección del museo. Habían encerrado a Feldmayer durante veintitrés años en una habitación y se habían olvidado de él.

El juez era de mi parecer. Estaba indignado. Dijo que preferiría ver en el banco de los acusados a la dirección del museo, que al fin y al cabo había sido la administración municipal la que había arruinado la vida de aquel hombre. El juez quería el archivo de la causa por tratarse de un hecho no constitutivo de delito. Fue muy explícito. Sin embargo, dicho archivo exige la anuencia del ministerio público, y nuestro fiscal no estaba por la labor.

Con todo, al cabo de unos días recibí la notificación del archivo de las actuaciones. Cuando telefoneé al juez, me comentó que, para sorpresa de todos, el superior de nuestro fiscal había accedido. El motivo, por supuesto, nunca se hizo oficial, pero estaba más claro que el agua: de haber continuado el procedimiento, la dirección del museo se habría visto sometida a preguntas no precisamente agradables en un juicio público. Y un juez indignado habría tenido la manga muy ancha con la defensa. Feldmayer habría salido con una pena mínima, pero la ciudad y el museo habrían sido llevados ante un tribunal.

Al final, la misma dirección del museo se abstuvo de interponer una demanda civil. En el almuerzo que tuvimos, el director dijo que se alegraba de que Feldmayer no fuera el vigilante de la sala donde estaba la Salomé.

Feldmayer conservó el derecho a percibir una pensión; el museo emitió un comunicado, que apenas tuvo eco, en el que informaba que una estatua había resultado dañada por un accidente; no se mencionó el nombre de Feldmayer, que jamás volvió a tener una chincheta en la mano.

~ ~ ~

Habían recogido los fragmentos de la estatua en una caja de cartón y los habían llevado a los talleres del museo. Una restauradora recibió el encargo de reconstruirla. Extendió los pedazos sobre una mesa cubierta con una tela negra. Sacó fotografías de todas

las esquivas y consignó más de doscientos fragmentos en una libreta.

Cuando se puso a trabajar, en el taller reinaba el silencio. Había abierto una ventana, el calor de la primavera se adueñó de la habitación; la restauradora observaba los fragmentos mientras fumaba un cigarrillo. Estaba feliz de poder trabajar allí después de terminar la carrera, el *Spinario* era su primer trabajo importante. Sabía que la reconstrucción podía durar mucho tiempo, tal vez años.

Enfrente de la mesa había una pequeña cabeza de Buda, tallada en madera, procedente de Kioto. Era antiquísima y presentaba una grieta en la frente. El Buda sonreía.

Amor

Estaba adormilada, la cabeza reposada sobre el muslo de él. Era una tarde de un caluroso día de verano, las ventanas estaban abiertas, se sentía a gusto. Se conocían desde hacía dos años, ambos estudiaban Ciencias Empresariales en Bonn y asistían a las mismas clases. Ella sabía que él la quería.

Patrik le acariciaba la espalda. El libro lo aburría, no le gustaba Hermann Hesse, y si leía los poemas en voz alta era sólo porque ella se lo había pedido. Contemplaba su piel desnuda, la columna vertebral y los omóplatos, recorría su silueta con los dedos. En la mesilla de noche estaba la navaja suiza, con ella había cortado la manzana que se habían comido. Dejó el libro a un lado y cogió la navaja. Con los ojos entornados, ella vio que él tenía una erección. No pudo evitar sonreír, acababan de hacer el amor. Él abrió la navaja. Ella levantó la cabeza en dirección a su pene. Y entonces sintió el corte en la espalda. Gritó, le apartó la mano de un golpe y se puso en pie de un salto. La navaja cayó al suelo de *parquet*. Ella sentía cómo la sangre le resbalaba por la espalda. Él la miró desconcertado, ella le dio una bofetada, cogió la ropa de la silla y se precipitó al baño. El piso de estudiantes en el que vivía Patrik estaba en la planta baja de un edificio antiguo. Ella se vistió a toda prisa, saltó por la ventana y escapó.

Cuatro semanas más tarde, la policía mandó la citación para prestar declaración al domicilio en el que Patrik estaba empadronado. Y puesto que él, como tantos otros estudiantes, no había cambiado el padrón, la carta no llegó a Bonn, sino que acabó en el buzón de la casa de sus padres en Berlín. Su madre creyó que se trataba de una multa y la abrió. Esa misma noche, sus progenitores discutieron largamente y se preguntaron qué habían hecho mal; luego, el padre telefoneó a Patrik. Al día siguiente, la madre concertó una cita con mi secretaria, y al cabo de una semana la familia vino a mi despacho.

Eran gente decente. El padre era director de obras, un hombre fornido, sin mentón, de brazos y piernas cortos; la madre tendría cuarenta y largos, antigua secretaria, una mujer imperiosa que rebosaba energía. Patrik no armonizaba con sus padres. Era un chico extraordinariamente guapo, de manos delicadas y oscuros ojos castaños. Expuso su versión de los hechos. Explicó que llevaba dos años con Nicole, que jamás habían discutido. Su madre, que lo interrumpía cada dos frases, dijo que se había tratado sin duda de un accidente. Patrik añadió que lo lamentaba, que amaba a la chica, que quería pedirle disculpas pero no la localizaba.

La madre alzó un poco la voz:

—Pues mejor. No quiero que vuelvas a verla. Además, el año que viene irás a St. Gallen, a la universidad.

El padre hablaba poco. Al término de la entrevista preguntó si Patrik iba a salir mal parado.

~ ~ ~

Creí que era un caso sin importancia que se resolvería enseguida. La policía lo había puesto ya en manos de la fiscalía. Hablé por teléfono con la fiscal superior encargada de incoar diligencias. Era la jefa de una unidad enorme, la denominada VG, responsable de los delitos de violencia de género. Miles de casos anuales motivados principalmente por el alcohol, los celos y las disputas por los niños. Enseguida accedió y me permitió consultar el

sumario.

Al cabo de dos días, tenía las casi cuarenta páginas en mi ordenador. La fotografía de la espalda de la chica mostraba un corte de 15 cm de longitud, los labios de la herida lisos; se curaría fácilmente y no dejaría cicatriz alguna. Sin embargo, estaba convencido de que aquel corte no había sido un accidente. Una navaja que cae provoca otra clase de herida.

Pedí a la familia una segunda entrevista; como el asunto no era urgente, acordamos una cita para tres semanas más tarde.

Cinco días después, la noche de un jueves, cuando cerraba con llave la puerta del despacho y encendía la luz del rellano, me encontré a Patrik sentado en la escalera. Le dije que pasara, pero él negó con la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y un cigarrillo sin encender entre los dedos. Volví a entrar en el despacho, cogí un cenicero y le di fuego. Luego me senté a su lado. El temporizador de la luz hizo clic; nos quedamos a oscuras, fumando.

—Patrik, ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunté cuando hubo transcurrido un rato.

—Es difícil —dijo.

—Siempre es difícil —asentí, y esperé.

—Nunca se lo he contado a nadie.

—Tómate tu tiempo, aquí se está a gusto.

Hacía frío y estábamos incómodos.

—Quiero a Nicole como nunca he querido a nadie. No tengo noticias de ella, lo he intentado todo. Incluso le escribí una carta, pero no me ha contestado. Tiene el móvil apagado. Su mejor amiga me colgó cuando la llamé.

—Esas cosas pasan.

—¿Qué tengo que hacer?

—La causa penal no es un problema irresoluble. No irás a la cárcel. He leído las diligencias y...

—¿Qué?

—Con toda franqueza: tu versión no se sostiene. No fue un accidente.

Patrik titubeó. Encendió otro cigarrillo.

—Sí, es verdad. En realidad no fue un accidente. No sé si puedo decirle qué fue en realidad.

—Los abogados tenemos el deber de mantener el secreto profesional —dije—. Todo lo que me digas quedará entre nosotros. Sólo tú decides si puedo contarlo y a quién. Tampoco tus padres sabrán nada de esta conversación.

—¿Vale lo mismo para la policía?

—Sobre todo para la policía y para el resto de las autoridades responsables de la aplicación de la ley. Estoy obligado a guardar silencio; de lo contrario, incurriría en un delito.

—De todos modos, no puedo contárselo —dijo.

De pronto se me ocurrió una idea.

—En el bufete hay un abogado que tiene una hija de cinco años. Hace poco estaba contándole algo a otra niña, las dos sentadas en el suelo. Es una niña muy activa y no paraba de hablar; y mientras hablaba se iba acercando cada vez más a su amiga. Estaba tan entusiasmada con su propia historia que hubo un momento en que por poco se sienta sobre la otra niña. Siguió con la chachara hasta que al final no pudo resistirlo más: abrazó a su amiga y, de pura felicidad y excitación, la mordió en el cuello.

Me di cuenta de que iba obrando efecto en Patrik, que luchaba consigo mismo.

Finalmente, dijo:

—Quería comérmela.

—¿A tu novia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Usted no la conoce, debería haberle visto la espalda. Tiene los omóplatos acabados en punta, la piel blanca y tersa. La mía está llena de poros que casi parecen agujeros, pero la suya es compacta y lisa. Y cubierta por un vello rubio muy fino.

Traté de recordar la fotografía de la espalda que había visto en el sumario.

—¿Era la primera vez que sentías ese deseo? —pregunté.

—Sí. Bueno, hubo otra vez, pero no fue tan fuerte. Fue durante nuestras vacaciones en Tailandia, un día que estábamos en la playa. La mordí un poco demasiado fuerte.

—Y esta vez, ¿cómo querías hacerlo?

—No lo sé. Creo que sólo quería cortar un trocito.

—¿Alguna vez has tenido ganas de comerte a otra persona?

—No, claro que no. Me pasa con ella, sólo con ella. —Dio una calada—. ¿Estoy loco? No soy una especie de Hannibal Lecter, ¿verdad?

Tenía miedo de sí mismo.

—No, no lo eres. No soy médico, pero creo que te has dejado llevar demasiado por tu amor. Tú lo sabes, Patrik; es más: tú mismo lo dices. Creo que estás muy enfermo. Tienes que dejar que te ayuden. Y tienes que hacerlo pronto.

Existen distintas clases de canibalismo. Las personas se comen a otras personas por hambre, por cuestiones rituales o, como era el caso, por trastornos graves de la personalidad que a menudo cobran un marcado carácter sexual. Patrik creía que Hannibal Lecter era un invento de Hollywood, pero existe desde tiempos inmemoriales. En Estiria, en el siglo XVIII, Paul Reisinger se comió «seis corazones palpitantes de vírgenes» (creía que si se merendaba nueve se haría invisible). Peter Kürten se bebía la sangre de sus víctimas, Joachim Kroll se comió en los años setenta a por lo menos ocho personas a las que había matado, y Bernhard Oehme, en 1948, devoró a su propia hermana.

La historia del derecho está llena de ejemplos inverosímiles. Cuando Karl Denke fue detenido en 1924, hallaron en su cocina restos humanos de toda clase: trozos de carne en vinagre, un cubo repleto de huesos, ollas con grasa derretida y un saco con cientos de dientes. Llevaba unos tirantes fabricados con jirones de piel humana en los que podía distinguirse algún que otro pezón. A fecha de hoy se desconoce el número de sus víctimas.

—Patrik, ¿has oído hablar de un japonés llamado Issei Sagawa?

—No. ¿Quién es?

—Sagawa es hoy crítico gastronómico en Tokio.

—Ya, ¿y?

—En 1981 se comió a su novia en París. Dijo que la quería demasiado.

—¿Se la comió toda?

—Al menos algunos trozos.

—Y... —a Patrik le temblaba la voz— ¿dijo cómo fue?

—No recuerdo exactamente. Creo que dijo que sabía a atún.

—Ah...

—Los médicos de entonces le diagnosticaron un trastorno psicótico grave.

—¿Es lo que tengo yo?

—No lo sé con certeza, pero quiero que vayas a ver a un médico. —Encendió la

luz—. Espera un momento, por favor, voy a buscarte el número del servicio de urgencias psiquiátricas. Si quieres, puedo llevarte en coche.

—No —dijo—. Antes me gustaría pensar.

—Yo no puedo obligarte. Pero, por favor, mañana a primera hora ven aquí al despacho. Te acompañaré a ver a un psiquiatra muy bueno.

Titubeó. Luego dijo que acudiría, y nos levantamos.

—¿Puedo preguntarle algo? —añadió. Y en voz muy baja—: ¿Qué pasa si no voy a un psiquiatra?

—Me temo que la cosa empeorará —respondí.

Volví a abrir la puerta del despacho para buscar el número de teléfono y dejar el cenicero. Cuando regresé al rellano, Patrik ya no estaba.

Al día siguiente no se presentó. Una semana más tarde recibí una carta de su madre con un cheque. Me retiraba la representación legal de su hijo, y como la carta también la firmaba Patrik, tenía validez. Llamé a Patrik, pero no quiso hablar conmigo. Finalmente, renuncié a su defensa.

Dos años más tarde, me hallaba en Zúrich dando una conferencia. Durante la pausa, se acercó a hablarme un abogado penalista ya mayor, de St. Gallen. Mencionó el nombre de Patrik y me preguntó si había sido mi cliente, que Patrik así lo había sugerido. Pregunté qué había pasado. Mi colega dijo:

—Patrik mató hace dos meses a una camarera, el motivo sigue siendo a fecha de hoy todo un misterio.

El etíope

El hombre pálido estaba sentado en medio del césped. Tenía un rostro singularmente asimétrico, orejas de soplillo y cabello pelirrojo. Tenía las piernas estiradas, las manos en el regazo, agarrando un fajo de billetes. Miraba fijamente una manzana que se estaba pudriendo a su lado. Observaba las hormigas, que arrancaban trocitos a mordiscos y los transportaban a otra parte.

Pasaban pocos minutos de las doce de uno de esos días terriblemente calurosos del verano berlinés en que nadie en su sano juicio pondría a esa hora los pies en la calle. La estrecha plaza había sido construida artificialmente por los urbanistas entre los rascacielos; los edificios de acero y cristal reflejaban el sol, y el calor abrasador se estancaba sobre el suelo. El sistema de aspersores estaba estropeado, la hierba se quemaría antes del anochecer.

Nadie reparó en el hombre, ni siquiera cuando saltó la sirena de la alarma del banco que había al otro lado de la calle. Los tres coches patrulla que llegaron poco después pasaron de largo a toda velocidad. Algunos policías se precipitaron en el banco, otros bloquearon el acceso a la plaza; cada vez llegaban más efectivos.

Una mujer vestida con traje chaqueta salió del banco acompañada de varios agentes. Se puso la mano a la altura de las cejas para protegerse del sol, oteó el césped y señaló finalmente hacia el hombre pálido. De inmediato, una oleada de uniformes verdes y azules formó en la dirección que señalaba la mano extendida. Dieron voces al hombre, alguno desenfundó el arma y le gritó que pusiera las manos en alto.

El hombre no reaccionó. Un suboficial que se había pasado toda la mañana en comisaría redactando informes y aburriéndose corrió hacia él; quería ser el primero. Se abalanzó sobre el hombre, le tiró del brazo derecho y se lo retorció a la espalda. Los billetes volaron por el aire, se gritaron órdenes que nadie obedeció y al cabo estaban todos alrededor de él recogiendo el dinero. El hombre estaba tumbado boca abajo; el policía le había hincado la rodilla en la espalda y le apretaba la cara contra el césped. La tierra estaba caliente. Por entre las botas, el hombre alcanzó a ver de nuevo la manzana. Las hormigas proseguían su labor, imperturbables. Inspiró el olor de la hierba, de la tierra y la manzana podrida. Cerró los ojos y estaba de nuevo en Etiopía.

~ ~ ~

Su vida había empezado como en una fábula terrible: fue abandonado. Una palangana de plástico verde apareció en los escalones de la casa parroquial de un pequeño municipio cercano a Giessen. El recién nacido descansaba sobre una manta apelmazada y presentaba síntomas de hipotermia. Quienquiera que lo hubiera abandonado, no le había dejado nada: ninguna carta, ninguna foto, ningún recuerdo. La palangana podía encontrarse en cualquier supermercado, la manta era propiedad del ejército.

El párroco informó inmediatamente a la policía, pero no dieron con la madre. El bebé ingresó en un hospicio y, a los tres meses, las autoridades permitieron la adopción.

Los Michalka, que no tenían hijos, lo adoptaron y lo bautizaron con el nombre de Frank Xaver. Eran gente taciturna, recia, campesinos dedicados al cultivo del lúpulo en una región apacible de la Alta Franconia; no tenían experiencia con niños. Su padre adoptivo solía decir:

—La vida no es una fiesta llena de piruletas. —Y sacaba su lengua azulada y se relamía.

Trataba personas, ganado y rodrigones de lúpulo con el mismo respeto e igual severidad. Se enfadaba con su esposa cuando ésta se mostraba demasiado blanda con el niño.

—Me lo estás echando a perder —decía, y pensaba en los pastores, que jamás acariciaban a sus perros.

En el parvulario se burlaban de él; empezó la escuela a los seis años. Nada le salía bien. Era feo, demasiado alto y, sobre todo, excesivamente revoltoso. Le costaba estudiar, su ortografía era un desastre, sacaba la peor nota en casi todas las asignaturas. Las niñas le tenían miedo o sentían repulsión por su aspecto. Era inseguro y, en consecuencia, un bocazas. Su cabello lo convertía en un marginado. La mayoría de la gente lo consideraba tonto, sólo su maestra de alemán decía de él que tenía otras aptitudes. A veces le encargaba pequeñas reparaciones en su casa, y fue ella quien le regaló su primera navaja. Por Navidad, Michalka la obsequió con un molino de viento tallado en madera. Si uno soplabla, las aspas se movían. La maestra se casó con un hombre de Núremberg y se fue del pueblo en las vacaciones de verano. No le había dicho nada al chico, y la siguiente vez que él fue a hacerle una visita, encontró el molino delante de la casa, en un contenedor de escombros.

Michalka repitió dos cursos. Cuando hubo terminado la primaria, abandonó la escuela y empezó la formación profesional de carpintero en la ciudad vecina. Por entonces ya nadie se burlaba de él, medía 1,97 de estatura. Si superó el examen oficial fue sólo gracias a que sobresalió en la parte práctica. Hizo el servicio militar en una unidad de telecomunicaciones, muy cerca de Núremberg. Se peleó con sus mandos y se pasó un día entero arrestado en el calabozo.

Después de licenciarse, viajó a Hamburgo en autostop. Había visto una película ambientada en la ciudad; había mujeres guapas, amplias avenidas, un puerto y una vida nocturna de verdad. Allí todo iba a mejorar; «en Hamburgo habita la libertad», había leído en alguna parte.

El propietario de una carpintería de obra en el barrio de Fuhlsbüttel le dio trabajo y le proporcionó una habitación en la nave industrial. La habitación estaba limpia, Michalka tenía buenas manos y estaban contentos con su trabajo. Aunque a menudo le faltaban los conceptos, entendía los dibujos técnicos, los corregía y era capaz de llevarlos a la práctica. Un día desapareció dinero de una taquilla y lo despidieron. Había sido el último en llegar y hasta entonces no se había producido ningún robo en la empresa. Dos semanas después, la policía encontró la caja del dinero en el piso de un toxicómano: Michalka no había tenido nada que ver.

En el Reeperbahn se encontró a un compañero del servicio militar, que le consiguió un trabajo de portero en un burdel. Michalka se convirtió en el chico para todo. Conoció los márgenes de la sociedad, proxenetas, usureros, prostitutas, toxicómanos, sicarios. Trató de mantenerse apartado lo mejor que pudo. Vivió dos años en un cuartucho oscuro situado en el sótano del burdel y se dio a la bebida. No soportaba la miseria que lo rodeaba. Las chicas del burdel lo apreciaban mucho y le contaban sus desdichas. No pudo con todo. Contrajo deudas con las personas equivocadas. Como no podía pagar, se incrementaron los intereses. Le dieron una paliza, lo dejaron tirado en un portal y fue detenido por la policía. Michalka sabía que, de seguir así, se arruinaría la vida.

Decidió probar suerte en el extranjero, el país era lo de menos. No se lo pensó dos veces y le cogió unas medias a una de las chicas del burdel. Entró en la caja de ahorros, se

las puso en la cabeza tal como había visto en una película, amenazó a la cajera con una pistola de plástico y se hizo con un botín de 12 000 marcos. La policía cortó las calles y controló a todos los transeúntes, pero Michalka, casi en trance, había cogido el autobús que llevaba al aeropuerto. Compró un billete en clase turista a Adís Abeba porque creía que la ciudad estaba en Asia, muy lejos en cualquier caso. Nadie lo detuvo. Cuatro horas después del atraco, estaba sentado en el avión con una bolsa de plástico como único equipaje. Cuando el avión despegó, tuvo miedo.

Tras diez horas de vuelo, el primero en su vida, aterrizó en la capital de Etiopía. En el aeropuerto compró un visado de seis meses.

Cinco millones de habitantes, sesenta mil niños en las calles, prostitución, pequeña delincuencia, pobreza, infinidad de mendigos, tullidos mostrando sus discapacidades en las aceras a fin de inspirar lástima... A las tres semanas, Michalka lo tuvo claro: la miseria de Hamburgo y la miseria de Adís Abeba no se diferenciaban en nada. Se encontró a algunos alemanes, una colonia de fracasados. Las condiciones de salubridad eran pésimas; Michalka contrajo el tifus, tuvo fiebre, erupciones cutáneas y diarrea, hasta que un conocido hizo acudir a una especie de médico que le suministró antibióticos. De nuevo estaba acabado.

Por entonces se había convencido de que el mundo era un vertedero. No tenía amigos ni perspectivas de futuro, nada que pudiera retenerlo. Después de seis meses en Adís Abeba decidió poner fin a su vida, cometer suicidio premeditado. Eso sí: no quería morir rodeado de inmundicia. Le quedaban todavía cerca de 5000 marcos. Tomó un tren con destino a Yibuti. Pasados unos kilómetros de Dire Dawa, empezó su peregrinaje por las praderas. Durmió en el suelo o en pensiones de mala muerte; le picó un mosquito que lo infectó con la malaria. Cogió un autobús hacia la altiplanicie. La malaria se declaró de camino, le entraron escalofríos. Se bajó en algún punto del trayecto; confuso y enfermo, cruzó las plantaciones de café, el mundo se desvanecía ante sus ojos. Perdió el equilibrio y cayó al suelo, entre árboles de café. Antes de perder la conciencia, su último pensamiento fue: «Todo esto ha sido una gran mierda».

Despertó entre dos accesos de fiebre. Se dio cuenta de que yacía en una cama y de que a su alrededor había un médico y muchos desconocidos. Eran todos negros. Comprendió que esa gente estaba ayudándolo, y se dejó caer de nuevo en las pesadillas propias de la fiebre. La malaria era brutal. Allí, en la altiplanicie, no había mosquitos, pero la gente conocía bien la enfermedad y sabía cómo tratarla. El curioso forastero que había aparecido en el cafetal iba a sobrevivir.

La fiebre fue remitiendo poco a poco y Michalka durmió casi veinticuatro horas de un tirón. Cuando despertó, se hallaba a solas en una habitación enjalbegada. Alguien había lavado su chaqueta y sus pantalones, que estaban debidamente doblados sobre la única silla que había en la estancia; la mochila estaba al lado. Cuando intentó levantarse, las piernas le fallaron, todo a su alrededor se tornó negro. Se sentó en la cama y permaneció un cuarto de hora en esa posición. Entonces hizo un segundo intento. Necesitaba ir al lavabo con urgencia. Abrió la puerta y salió al pasillo. Una mujer se le acercó gesticulando vehementemente con los brazos y negando con la cabeza: «No, no, no». Lo tomó del brazo y lo obligó a volver a la habitación. El le dio a entender cuál era su necesidad, ella asintió y señaló un cubo que había debajo de la cama. Encontró hermosa a la mujer y volvió a dormirse.

La siguiente vez que despertó, se encontraba mejor. Miró en su mochila; el dinero seguía allí, no faltaba un céntimo. Podía abandonar la habitación. Estaba sólo en aquella

casita, compuesta de dos habitaciones y una cocina. Todo estaba limpio y ordenado. Salíó fuera y se encontró en una pequeña plaza de pueblo. El aire era puro y de un frescor agradable. Los niños se abalanzaron sobre él. Reían. Querían tocarle el cabello pelirrojo. Cuando lo hubo comprendido, se sentó en una piedra y se dejó hacer. Los niños se divertían. Al cabo llegó la mujer hermosa en cuya casa se alojaba. Lo regañó y tiró de él, llevándoselo de nuevo adentro, donde le dio unas tortas de cereales. No dejó una miga. Ella le sonrió.

Poco a poco, fue conociendo la aldea de los caficultores. Lo habían encontrado en el cafetal, lo habían subido hasta lo alto del cerro y habían mandado buscar un médico de la ciudad. Habían sido muy amables con él. Cuando hubo recobrado las fuerzas, se ofreció a ayudarlos. Los campesinos se quedaron pasmados, luego aceptaron.

~ ~ ~

Medio año más tarde seguía viviendo en casa de la mujer. Lentamente fue aprendiendo la lengua. Primero su nombre: Ayana. Escribía la transcripción fonética de las palabras en un cuaderno. Se reían cada vez que él cometía un error de pronunciación. A veces ella le pasaba la mano por el pelo rojo. Un día se besaron. Ayana tenía veintiún años. Su marido había muerto dos años atrás en un accidente en la capital de la provincia.

Michalka se puso a pensar en el cultivo del café. La cosecha era laboriosa y se realizaba a mano entre los meses de octubre y marzo. Enseguida comprendió cuál era el problema: la aldea era el último eslabón de la cadena comercial. El hombre que iba a recoger los granos secos de café ganaba más y trabajaba menos. Pero ese hombre tenía un viejo camión, y en el pueblo nadie sabía conducir. Michalka compró un vehículo mejor por 1400 dólares y llevó personalmente la cosecha a la fábrica. Obtuvo un precio nueve veces superior y repartió las ganancias entre los campesinos. Luego enseñó a conducir a Dereje, un joven de la aldea. Dereje y él pasaron entonces a recoger los granos de café también en las aldeas vecinas. Pagaban a los campesinos el triple de lo que recibían hasta entonces. Pronto pudieron permitirse comprar un segundo camión.

Michalka buscaba la manera de aligerar el trabajo. Fue a la capital de la provincia, adquirió un generador diésel y, con llantas usadas y cables de acero, montó un teleférico que unía el cafetal con la aldea. Construyó dos grandes cajas de madera que harían las veces de recipientes para el transporte. El teleférico se vino abajo en dos ocasiones, hasta que dio con la distancia justa entre los postes y los reforzó con puntales de acero. El anciano de la aldea observaba sus experimentos con recelo, pero cuando el teleférico funcionó, fue el primero que acudió a felicitarlo. Los granos de café podían entonces transportarse a mayor velocidad, los campesinos no tenían que cargarlos en la espalda hasta la aldea. Podían recolectarlos más deprisa y el trabajo era menos cansado. A los niños les encantaba el teleférico; en las cajas de madera pintaron caras, animales y un hombre pelirrojo.

Michalka quería seguir mejorando el rendimiento de la cosecha. Los campesinos extendían los granos de café en unos armazones e iban dándoles la vuelta durante cinco semanas, hasta que estaban casi secos. Los armazones estaban dispuestos delante de las cabañas o sobre los tejados. Los granos se estropeaban si se mojaban, debían secarse en capas muy finas porque de lo contrario se echaban a perder. Era un trabajo agotador que cada cual debía hacer por su cuenta. Michalka compró cemento, hizo una mezcla de hormigón, y en la entrada de la aldea construyó una superficie en la que todos los campesinos podían depositar la cosecha. Ideó unos rastrillos de gran tamaño para que los

campesinos, todos a la vez, pudieran dar la vuelta a los granos con más facilidad. Para proteger el café de la lluvia, tendieron sobre la superficie un plástico transparente, bajo el cual los granos se secaban más deprisa. Los campesinos estaban contentos; suponía menos trabajo y nunca más se echó a perder una cosecha.

Michalka entendió que la calidad del café podía mejorarse si, además de secar los granos, los trataba. La aldea estaba situada junto a un riachuelo de agua cristalina de manantial. Lavó a mano algunos granos de café recién recolectados y los separó en tres cisternas. Por muy poco dinero, y gracias a la mediación de un comerciante, consiguió una máquina que separaba la pulpa de los granos. Los primeros intentos salieron mal; los granos despulpados mediante este método tardaban demasiado en fermentar y luego se estropeaban. Aprendió que era cuestión de mantener las instalaciones absolutamente limpias; un solo grano olvidado de otras ocasiones podía echar a perder todo el proceso. Al final funcionó. Lavó el café tratado con agua y retiró los restos de la piel apergaminada de los granos. Delimitó una zona pequeña de la superficie de hormigón y los puso a secar. Cuando llevó un saco de estos granos al comerciante, le pagaron el triple. Michalka explicó el funcionamiento a los campesinos; con el teleférico, podían recolectar a una velocidad tal que a las doce horas los granos se someterían al proceso de lavado. A los dos años, la aldea producía los mejores granos de café de toda la región.

Ayana se quedó embarazada. Esperaban la llegada de la criatura con ilusión. Cuando la pequeña nació, la llamaron Tiru. Michalka se sentía orgulloso y feliz. Sabía que le debía la vida a Ayana.

La aldea prosperó. Al cabo de tres años había cinco camiones, la cosecha estaba organizada a la perfección, los cafetales de los campesinos iban creciendo, habían instalado un sistema de riego y plantado árboles para protegerlos del viento. Michalka era respetado, lo conocían en toda la comarca. Los campesinos destinaban una parte de sus ganancias a una caja común. Michalka había llevado de la ciudad a una joven maestra y velaba por que los niños de la aldea aprendieran a leer y escribir.

Si alguien de la aldea enfermaba, Michalka cuidaba de él. El médico había reunido un botiquín y le había enseñado rudimentos de medicina. Aprendió rápidamente, vio cómo se trataba la septicemia y ayudaba en los partos. Al atardecer, el médico solía pasar un rato en casa de Michalka y de Ayana, les contaba la larga historia de esa tierra bíblica.

En caso de disputas, pedían consejo al hombre pelirrojo. Michalka era insobornable; juzgaba como lo hace un buen juez, sin tener en cuenta el linaje o el lugar de procedencia. La gente confiaba en él.

Había encontrado su vida. Ayana y él se querían, Tiru crecía y gozaba de salud. Michalka no acababa de creerse la suerte que había tenido. Sólo de tarde en tarde, cada vez menos, tenía alguna pesadilla. Entonces Ayana se despertaba y lo acariciaba. Le decía que en su lengua no existía el pasado. Todos esos años a su lado habían hecho de Michalka una persona apacible y serena.

~ ~ ~

Un día las autoridades se fijaron en él. Querían ver su pasaporte. El visado había expirado hacía mucho tiempo, llevaba ya seis años viviendo en Etiopía. Fueron amables, pero insistieron en que debía ir a la capital para aclarar el asunto. Al despedirse, Michalka tuvo un mal presentimiento. Dereje lo llevó al aeropuerto; mientras se alejaba, su familia le decía adiós con la mano; Ayana lloraba.

En Adís Abeba lo mandaron a la embajada alemana. Allí, uno de los funcionarios

miró en el ordenador y desapareció con su pasaporte. Michalka tuvo que esperar una hora. Cuando el funcionario reapareció, lo hizo muy serio y acompañado de dos guardias. Lo detuvieron, el funcionario le leyó la orden de arresto dictada por un juez de Hamburgo. Por atracar un banco. Su culpabilidad quedaba probada por las huellas dactilares que había dejado en el mostrador de la oficina bancaria. Sus huellas estaban en la base de datos porque una vez se había visto involucrado en una reyerta. Michalka trató de zafarse. Lo derribaron y lo esposaron. Tras pasar una noche en el calabozo que había en el sótano de la embajada, voló a Hamburgo acompañado de dos guardias de seguridad y fue puesto a disposición del juez. A los tres meses, fue condenado a una pena mínima de cinco años. Fue una sentencia benigna porque el delito se había cometido mucho tiempo atrás y Michalka no tenía antecedentes penales.

No podía escribir a Ayana porque ni siquiera existía una dirección. La embajada alemana en Adís Abeba no pudo o no quiso ayudarlo. En la aldea, por supuesto, no había teléfono. Michalka no tenía ninguna foto. Apenas hablaba con nadie y se convirtió en un ser solitario. Se sucedieron los días, los meses, los años.

~ ~ ~

Por vez primera después de tres años, disfrutó de beneficios penitenciarios y le concedieron un permiso de salida. Quería volver inmediatamente a casa, no podía regresar a la cárcel, pero no tenía ni dinero para el vuelo ni pasaporte. Sabía, eso sí, cómo obtener ambas cosas. En la prisión había retenido la dirección de un falsificador en Berlín, y allá se fue, en autostop. Entretanto, volvió a dictarse contra él una orden de búsqueda y captura. Encontró al falsificador, que primero quiso ver el dinero. Michalka casi no tenía.

Estaba desesperado. Estuvo tres días vagando por la ciudad sin comer ni beber. Libraba una batalla consigo mismo, no quería cometer otro delito, pero necesitaba volver a su hogar, junto a su familia, con Ayana y Tiru.

Al final, con el último dinero que le quedaba de la cárcel, compró una pistola de juguete en la estación y entró en el primer banco que vio. Miró a la cajera, empuñaba la pistola con el cañón apuntando hacia abajo. Tenía la boca seca. En voz muy baja, dijo:

—Necesito dinero. Le ruego que me perdone. Lo necesito de veras.

Al principio, ella no le entendió, pero luego le dio el dinero. Más tarde afirmó que había sentido «lástima». Sacó el dinero de un montón preparado para los atracos y accionó con ello una alarma silenciosa. Él lo cogió, dejó la pistola en el mostrador y dijo:

—Lo siento muchísimo. Le ruego que me disculpe.

Delante del banco había un parterre de césped verde. Ya no tenía fuerzas para salir corriendo. Anduvo muy despacio, se sentó y se limitó a esperar. Por tercera vez, Michalka estaba acabado.

~ ~ ~

Fue un compañero de celda de Michalka quien me pidió que me encargara del caso; me dijo que lo conocía de Hamburgo y que él asumía las costas de la defensa. Visité a Michalka en la cárcel de Moabit. Me mostró la orden de detención, en el papel rojo habitual que la justicia emplea en estos casos: atraco a un banco, más los veinte meses que le quedaban por cumplir de la antigua condena de Hamburgo. Toda defensa parecía inútil, Michalka había sido cogido *in fraganti* y condenado ya anteriormente por el mismo delito. La única cuestión, pues, era el alcance de la pena, que sin lugar a dudas iba a ser elevadísima. Pero había en Michalka algo que me impresionaba, algo que me decía que

aquel caso era distinto. Aquel hombre no era el típico atracador de bancos. Asumí su defensa.

Durante las semanas que siguieron lo visité a menudo. Al principio apenas me hablaba. Daba la impresión de que había terminado con todo. Poco a poco fue abriéndose y empezó a contarme su historia. No quería revelar nada, creía que, pronunciando sus nombres en la cárcel, traicionaría a su mujer y a su hija.

La defensa puede solicitar que un psiquiatra o un psicólogo examinen al acusado. El tribunal accederá a dicha petición si de tal examen puede concluirse que el acusado padece alguna enfermedad psíquica o presenta un trastorno o una anomalía. Ni que decir tiene que el informe pericial no es vinculante para el tribunal: el psiquiatra no puede decidir si el acusado está exento de responsabilidad penal o tiene responsabilidad atenuada. Eso es algo que sólo puede dictaminar el tribunal. Pero el perito ayuda al tribunal, proporciona a los jueces el fundamento científico.

Era evidente que, en el momento de cometer el delito, Michalka sufría un trastorno; nadie se disculpa al atracar un banco, se sienta en una zona verde con el botín y espera a que lo detengan. El tribunal encargó un examen psiquiátrico forense, cuyo informe por escrito se presentó al cabo de dos meses. El psiquiatra sostenía que Michalka tenía mermada su capacidad de raciocinio. El resto de los detalles los expondría en la vista oral.

~ ~ ~

El juicio se celebró cinco meses después de la detención de Michalka. El tribunal lo formaban, además del presidente, un juez joven y dos escabinas. El presidente había dispuesto un solo día para la celebración de la vista oral.

Michalka reconoció la autoría del atraco. Hablaba entre titubeos y en voz excesivamente baja. Los policías refirieron cómo lo habían detenido. Describieron la posición en que se hallaba sentado. El suboficial que lo había «inmovilizado» dijo que no había opuesto resistencia.

La cajera dijo que no había pasado miedo, que el atracador más bien le había dado lástima, que parecía muy triste.

—Como un perro apaleado —agregó.

El fiscal le preguntó si desde entonces tenía miedo en el trabajo, si había solicitado una baja por ansiedad, si tenía que seguir una terapia especial para víctimas de estos casos. La cajera respondió a todo que no. Dijo que el atracador no era más que un pobre diablo, mucho más educado que la mayoría de los clientes. El fiscal estaba obligado a formular aquellas preguntas: si la testigo hubiera tenido miedo de verdad, habría sido motivo de una pena más elevada.

Se hizo una inspección ocular de la pistola de juguete, un modelo barato de fabricación china. Pesaba muy poco y no parecía peligrosa. Cuando una de las escabinas fue a cogerla, se le escurrió de las manos y cayó al suelo; se rompió una pieza. Era imposible tomarse en serio un arma como aquella.

Una vez se han esclarecido los hechos en el juicio, lo habitual es interrogar al acusado sobre sus «circunstancias personales».

Michalka había permanecido todo el tiempo completamente ausente; costó trabajo lograr, al menos en un principio, que relatar su vida. Sólo muy lentamente, paso a paso, trató de contar su historia. Apenas era capaz, le faltaban las palabras. Como muchas personas, tenía dificultades para expresar sus sentimientos. Parecía más fácil dejar que el psiquiatra forense presentara el informe sobre los antecedentes personales del acusado.

El psiquiatra lo había preparado a conciencia, expuso la vida de Michalka con todos los pormenores. El tribunal conocía esos detalles por el informe pericial, pero para las escabinas era nuevo. Prestaban mucha atención. El psiquiatra había hablado con Michalka a lo largo de numerosísimas sesiones. Cuando hubo terminado, el presidente se dirigió a Michalka y le preguntó si el psiquiatra lo había contado todo con arreglo a la verdad.

—Sí.

Luego le preguntaron al psiquiatra por su valoración científica del estado psíquico del acusado durante el asalto al banco. Explicó que los tres días errando por la ciudad, sin comer ni beber nada, habían mermado notablemente su capacidad de raciocinio. Que Michalka apenas sabía qué estaba haciendo, y que ya casi había perdido el control sobre sus actos. Se dio por concluida la audiencia de presentación de pruebas.

Durante un receso del juicio oral, Michalka dijo que nada de todo aquello tenía ningún sentido, que cómo podía ser que nos tomáramos tantas molestias si iban a condenarlo de todos modos.

En un juicio penal, el primero en presentar las conclusiones es la fiscalía. A diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos o Inglaterra, en Alemania la fiscalía no es una de las partes en liza, sino que obra con neutralidad. Es objetiva, investiga también las circunstancias eximentes, y por eso nunca gana ni pierde: la fiscalía no tiene más pasiones que la ley. Sirve exclusivamente al derecho y la justicia. Al menos en teoría. Y en general es así mientras se instruyen las diligencias preliminares. Después, en el acaloramiento del juicio oral, es frecuente que cambien las circunstancias y que la objetividad empiece a resentirse. Es humano, porque un buen fiscal nunca deja de fiscalizar, y es harto difícil fiscalizar al tiempo que se guarda neutralidad. Puede que se trate de una tara en el tejido de nuestra Ley de Enjuiciamiento Criminal, puede que la ley exija simplemente demasiado.

El fiscal solicitó una pena de nueve años. Dijo que no se creía la historia que Michalka había contado, que era «demasiado novelesca y probablemente inventada». Tampoco estaba dispuesto a aceptar una responsabilidad atenuada, por cuanto las explicaciones del psiquiatra se basaban exclusivamente en las afirmaciones realizadas por el acusado y carecían de todo fundamento. El único hecho demostrado era que Michalka había atracado un banco.

—La pena mínima por asaltar un banco es de cinco años —dijo—. Es ya la segunda vez que el acusado comete este delito. Las únicas circunstancias atenuantes que puedo admitir son que el botín fue recuperado y que el acusado confesó los hechos. De ahí que nueve años sean lo razonable, teniendo en cuenta la naturaleza del delito y la responsabilidad del acusado.

Evidentemente, la cuestión no es si uno se cree o no las afirmaciones del acusado. En un tribunal lo que importa son las pruebas. El acusado juega con ventaja: no tiene que probar nada. Ni su inocencia ni la veracidad de sus declaraciones. Pero para la fiscalía y el tribunal rigen otras reglas: no pueden afirmar nada de lo que no tengan pruebas. Suena mucho más fácil de lo que es. Nadie es tan objetivo como para poder distinguir siempre entre una conjetura y una prueba. Creemos que sabemos algo con certeza, nos dejamos llevar empecinados en ello y a menudo resulta todo menos fácil encontrar el camino de vuelta.

En nuestros días, los alegatos han dejado de ser decisivos para la resolución de un juicio. Fiscalía y defensa no se dirigen a un jurado, sino a jueces y escabinos. Cualquier voz impostada, cualquier amago de desgarrarse el pecho, cualquier formulación alambicada se consideran inaceptables. Los grandes discursos finales son cosa de los siglos pasados. A los

alemanes ya no les gusta la grandilocuencia, han tenido demasiada.

A veces, sin embargo, uno puede permitirse una breve escenificación, una última petición inesperada. Ni siquiera Michalka sospechaba nada.

Una conocida mía trabajaba en el servicio diplomático. Estaba destinada en Kenia y me echó una mano. A fuerza de dar no pocas vueltas, había localizado al amigo de Michalka, el médico de la capital de provincia. El médico tenía un inglés perfecto, hablamos por teléfono y le pedí que viniera a testificar. Cuando le comenté que yo asumiría los costes del viaje, se rió de mí. Me dijo que estaba tan feliz de saber que su amigo seguía vivo, que iría a donde fuera con tal de verlo. Y allí estaba, frente a la puerta de la sala de audiencias, esperando.

De pronto, Michalka estaba completamente despejado. Cuando el médico entró en la sala, se levantó de un salto y trató de salir a su encuentro; se le saltaban las lágrimas. Los guardias lo retuvieron, pero el juez hizo un gesto con la mano y lo dejó seguir. Se abrazaron en medio de la sala, Michalka levantando a aquel hombre pequeño y estrechándolo entre sus brazos. El médico traía un vídeo; mandaron a uno de los guardias a buscar un reproductor. Entonces vimos la aldea, el teleférico, los camiones, una legión de niños y adultos que saludaban a la cámara con una sonrisa permanente y gritaban «Frroank, Frroank». Y al final aparecieron también Ayana y Tiru. Michalka lloraba y reía y volvía a llorar. Estaba totalmente fuera de sí. Sentado al lado de su amigo, casi le aplasta los dedos con sus enormes manos. Al presidente y a una de las escabinas se les empañaron los ojos. Era cualquier cosa menos una escena típica de un tribunal.

Nuestro derecho penal se basa en el criterio de que no hay pena sin culpa. Imponemos una pena según la culpabilidad de una persona; nos preguntamos hasta qué punto podemos hacerla responsable de sus actos. Es un asunto complejo. En la Edad Media era más sencillo, se castigaba según el delito: a un ladrón se le cortaba la mano. Siempre y sin excepción. No importaba que hubiera robado por codicia o porque de lo contrario se habría muerto de hambre. La condena era entonces una suerte de aritmética, a cada delito le correspondía una pena determinada. Nuestro derecho penal es más sabio, hace más justicia a la vida, pero también es más complicado. El atraco a un banco no es siempre sólo el atraco a un banco. ¿De qué podíamos acusar a Michalka? ¿Acaso no hizo algo que es connatural a todos nosotros? ¿De verdad habríamos obrado de otra manera de haber estado en su lugar? ¿No albergamos todos el anhelo de volver con nuestros seres queridos?

Michalka fue condenado a dos años. Una semana después del juicio, me encontré al presidente en uno de los largos pasillos del Palacio de Justicia, en Moabit. Me dijo que las escabinas habían hecho una colecta para comprarle un billete de avión.

~ ~ ~

Después de que Michalka hubiera cumplido la mitad de la condena, le concedieron la libertad condicional. El juez de vigilancia penitenciaria —un hombre mayor que, por su mezcla de integridad, tolerancia y sentido del humor, parecía sacado del *Stechlin* de Fontane— se hizo contar de nuevo toda la historia y se limitó a refunfuñar:

—Qué pasada.

Luego ordenó la puesta en libertad.

A fecha de hoy, Michalka vuelve a vivir en Etiopía y ha adquirido la nacionalidad de ese país. Entretanto, Tiru ha tenido un hermano y una hermana. Michalka me llama de vez en cuando. Sigue diciendo que es feliz.

Ceci n'est pas une pomme.



FERDINAND VON SCHIRACH (Múnich, Alemania, 1964). Escritor y jurista alemán. Es hijo de un comerciante de Múnich, Robert von Schirach y de Elke Fähndrich, así como nieto del líder de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach. Su bisabuela estadounidense es descendiente de dos de los signatarios de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, y descende de los padres fundadores de los Estados Unidos, los peregrinos del Mayflower. Creció en Múnich y Trossingen y estudió en el Colegio de San Blas.

Tras sus estudios superiores en Bonn y su *Referendariat* en Colonia y en Berlín se graduó como abogado en 1994, con una especialización en derecho penal.

En agosto de 2009, Schirach publicó el libro de cuentos *Crímenes* (en alemán *Verbrechen*), que estuvo más de 50 semanas en la lista de libros más vendidos. Las historias del volumen se basan en casos que han pasado por su despacho como abogado defensor. En agosto de 2010, se publicó su segundo libro de cuentos, *Culpa* (*Schuld*), también basado en su experiencia legal. En septiembre de 2011, publicó su primera novela, *El caso Collini* (*Der Fall Collini*), que alcanzó el segundo puesto en la lista de los libros más vendidos. El libro se abre con el asesinato de Hans Meyer, un importante industrial con un oscuro pasado.

